

# **Evangelio según Marcos**

El Siervo Perfecto

Hamilton SMITH

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Introducción</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - Preparar el camino del Señor (cap. 1:1-20)</b> . . . . .	<b>3</b>
2.1 - Marcos 1:1 . . . . .	4
2.2 - Marcos 1:2-3 . . . . .	4
2.3 - Marcos 1:4-8 . . . . .	4
2.4 - Marcos 1:9-11 . . . . .	5
2.5 - Marcos 1:12-13 . . . . .	5
2.6 - Marcos 1:14 . . . . .	6
2.7 - Marcos 1:15 . . . . .	7
2.8 - Marcos 1:16-20 . . . . .	7
<b>3 - El siervo perfecto (cap. 1:21-45)</b> . . . . .	<b>8</b>
3.1 - Marcos 1:21-22 . . . . .	8
3.2 - Marcos 1:23-28 . . . . .	9
3.3 - Marcos 1:29-34 . . . . .	9
3.4 - Marcos 1:35 . . . . .	10
3.5 - Marcos 1:36-39 . . . . .	10
3.6 - Marcos 1:40-42 . . . . .	10
3.7 - Marcos 1:43-45 . . . . .	11
<b>4 - El ministerio del Señor (cap. 2)</b> . . . . .	<b>11</b>
4.1 - Marcos 2:1-2 . . . . .	12
4.2 - Marcos 2:3-4 . . . . .	12
4.3 - Marcos 2:5 . . . . .	12
4.4 - Marcos 2:6-7 . . . . .	13
4.5 - Marcos 2:8 . . . . .	13
4.6 - Marcos 2:9-12 . . . . .	13
4.7 - Marcos 2:13-15 . . . . .	14
4.8 - Marcos 2:16 . . . . .	14
4.9 - Marcos 2:17 . . . . .	15
4.10 - Marcos 2:18 . . . . .	15
4.11 - Marcos 2:19-22 . . . . .	15
4.12 - Marcos 2:23-28 . . . . .	16
<b>5 - El cambio de dispensación (cap. 3)</b> . . . . .	<b>16</b>

5.1 - Marcos 3:1-6 . . . . .	17
5.2 - Marcos 3:7-12 . . . . .	18
5.3 - Marcos 3:13-19 . . . . .	19
5.4 - Marcos 3:20-21 . . . . .	19
5.5 - Marcos 3:22 . . . . .	20
5.6 - Marcos 3:23-30 . . . . .	20
5.7 - Marcos 3:31-35 . . . . .	21
<b>6 - Los frutos para Dios y la luz para el hombre (cap. 4) . . . . .</b>	<b>21</b>
6.1 - Marcos 4:1-20 . . . . .	21
6.2 - Marcos 4:21 . . . . .	23
6.3 - Marcos 4:22 . . . . .	23
6.4 - Marcos 4:23 . . . . .	24
6.5 - Marcos 4:24-25 . . . . .	24
6.6 - Marcos 4:26-29 . . . . .	24
6.7 - Marcos 4:30-34 . . . . .	25
6.8 - Marcos 4:35-41 . . . . .	25
<b>7 - La bendición individual (cap. 5) . . . . .</b>	<b>26</b>
7.1 - Marcos 5:1-5 . . . . .	26
7.2 - Marcos 5:6-13 . . . . .	27
7.3 - Marcos 5:14-17 . . . . .	27
7.4 - Marcos 5:18-20 . . . . .	28
7.5 - Marcos 5:21-23 . . . . .	28
7.6 - Marcos 5:24 . . . . .	29
7.7 - Marcos 5:25 . . . . .	29
7.8 - Marcos 5:26 . . . . .	30
7.9 - Marcos 5:27-29 . . . . .	30
7.10 - Marcos 5:30-34 . . . . .	30
7.11 - Marcos 5:35-43 . . . . .	31
<b>8 - El servicio de Cristo después de su rechazo (cap. 6) . . . . .</b>	<b>31</b>
8.1 - Marcos 6:1-6 . . . . .	31
8.2 - Marcos 6:7-13 . . . . .	32
8.3 - Marcos 6:14-29 . . . . .	33
8.4 - Marcos 6:30-44 . . . . .	34
8.5 - Marcos 6:45, 46 . . . . .	36
8.6 - Marcos 6:47-52 . . . . .	36

8.7 - Marcos 6:53-56 . . . . .	37
<b>9 - El hombre desnudo y Dios revelado (cap. 7)</b> . . . . .	<b>37</b>
9.1 - Marcos 7:1-5 . . . . .	37
9.2 - Marcos 7:6-13 . . . . .	38
9.3 - Marcos 7:14-16 . . . . .	39
9.4 - Marcos 7:17-23 . . . . .	39
9.5 - Marcos 7:24-30 . . . . .	39
9.6 - Marcos 7:31-37 . . . . .	40
<b>10 - Cristo fuera (cap. 8)</b> . . . . .	<b>41</b>
10.1 - Marcos 8:1-9 . . . . .	42
10.2 - Marcos 8:10-13 . . . . .	42
10.3 - Marcos 8:14-21 . . . . .	43
10.4 - Marcos 8:22-26 . . . . .	44
10.5 - Marcos 8:27-33 . . . . .	44
10.6 - Marcos 8:34-38 . . . . .	46
<b>11 - El poder del mundo venidero (cap. 9)</b> . . . . .	<b>46</b>
11.1 - Marcos 9:2, 3 . . . . .	47
11.2 - Marcos 9:4 . . . . .	47
11.3 - Marcos 9:5-8 . . . . .	47
11.4 - Marcos 9:9, 10 . . . . .	48
11.5 - Marcos 9:11-13 . . . . .	49
11.6 - Marcos 9:14-19 . . . . .	49
11.7 - Marcos 9:20-27 . . . . .	50
11.8 - Marcos 9:28, 29 . . . . .	51
11.9 - Marcos 9:30-32 . . . . .	51
11.10 - Marcos 9:33, 34 . . . . .	52
11.11 - Marcos 9:35 . . . . .	52
11.12 - Marcos 9:36, 37 . . . . .	53
11.13 - Marcos 9:38-41 . . . . .	53
11.14 - Marcos 9:42-48 . . . . .	54
11.15 - Marcos 9:49, 50 . . . . .	54
<b>12 - Los sufrimientos y las glorias (cap. 10:1-45)</b> . . . . .	<b>55</b>
12.1 - Marcos 10:1-12 . . . . .	55
12.2 - Marcos 10:13-16 . . . . .	56

12.3 - Marcos 10:17-22 . . . . .	57
12.4 - Marcos 10:23-27 . . . . .	58
12.5 - Marcos 10:28-31 . . . . .	59
12.6 - Marcos 10:32-34 . . . . .	59
12.7 - Marcos 10:35-45 . . . . .	60
<b>13 - El rechazo del Rey (cap. 10:46 - 11:26) . . . . .</b>	<b>61</b>
13.1 - Marcos 10:46-52 . . . . .	61
13.2 - Marcos 11:1-6 . . . . .	62
13.3 - Marcos 11:7-11 . . . . .	62
13.4 - Marcos 11:12-14 . . . . .	63
13.5 - Marcos 11:15-19 . . . . .	63
13.6 - Marcos 11:20-26 . . . . .	64
<b>14 - Líderes rechazados (cap. 11:27 - 12:44) . . . . .</b>	<b>65</b>
14.1 - Marcos 11:27-33 . . . . .	65
14.2 - Marcos 12:1-12 . . . . .	66
14.3 - Marcos 12:13-17 . . . . .	67
14.4 - Marcos 12:18-27 . . . . .	69
14.5 - Marcos 12:28-34 . . . . .	70
14.6 - Marcos 12:35-37 . . . . .	71
14.7 - Marcos 12:38-40 . . . . .	71
14.8 - Marcos 12:41-44 . . . . .	72
<b>15 - La gran tribulación (cap. 13) . . . . .</b>	<b>72</b>
15.1 - Marcos 13:1-2 . . . . .	72
15.2 - Marcos 13:3-4 . . . . .	73
15.3 - Marcos 13:5-6 . . . . .	73
15.4 - Marcos 13:7-8 . . . . .	74
15.5 - Marcos 13:9-11 . . . . .	74
15.6 - Marcos 13:12 . . . . .	74
15.7 - Marcos 13:13 . . . . .	75
15.8 - Marcos 13:14-20 . . . . .	75
15.9 - Marcos 13:21-23 . . . . .	76
15.10 - Marcos 13:24-25 . . . . .	76
15.11 - Marcos 13:26 . . . . .	76
15.12 - Marcos 13:27 . . . . .	77
15.13 - Marcos 13:28-29 . . . . .	77

15.14 - Marcos 13:30-31 . . . . .	77
15.15 - Marcos 13:32-36 . . . . .	77
15.16 - Marcos 13:37 . . . . .	78
<b>16 - La sombra de la cruz (cap. 14) . . . . .</b>	<b>78</b>
16.1 - Marcos 14:1-2 . . . . .	78
16.2 - Marcos 14:3-9 . . . . .	79
16.3 - Marcos 14:10-11 . . . . .	80
16.4 - Marcos 14:12-16 . . . . .	81
16.5 - Marcos 14:17-21 . . . . .	81
16.6 - Marcos 14:22-24 . . . . .	82
16.7 - Marcos 14:25 . . . . .	82
16.8 - Marcos 14:26 . . . . .	82
16.9 - Marcos 14:27-31 . . . . .	83
16.10 - Marcos 14:32-42 . . . . .	84
16.11 - Marcos 14:43-45 . . . . .	85
16.12 - Marcos 14:46-47 . . . . .	86
16.13 - Marcos 14:48-49 . . . . .	86
16.14 - Marcos 14:50-52 . . . . .	86
16.15 - Marcos 14:53-65 . . . . .	87
16.16 - Marcos 14:66-72 . . . . .	88
<b>17 - La Cruz (cap. 15) . . . . .</b>	<b>90</b>
17.1 - Marcos 15:1-15 . . . . .	90
17.2 - Marcos 15:16-20 . . . . .	92
17.3 - Marcos 15:21 . . . . .	92
17.4 - Marcos 15:22-32 . . . . .	92
17.5 - Marcos 15:33-36 . . . . .	93
17.6 - Marcos 15:37-38 . . . . .	94
17.7 - Marcos 15:39 . . . . .	94
17.8 - Marcos 15:40, 41 . . . . .	94
17.9 - Marcos 15:42-47 . . . . .	95
<b>18 - La resurrección y la ascensión (cap. 16) . . . . .</b>	<b>95</b>
18.1 - Marcos 16:1-3 . . . . .	95
18.2 - Marcos 16:4-7 . . . . .	96
18.3 - Marcos 16:8 . . . . .	97
18.4 - Marcos 16:9-11 . . . . .	97

18.5 - Marcos 16:12, 13 . . . . .	97
18.6 - Marcos 16:14-18 . . . . .	97
18.7 - Marcos 16:19, 20 . . . . .	99

## 1 - Introducción

Dios, en su bondad, nos dio la historia de nuestro Señor Jesucristo durante su vida en este mundo; así tenemos un relato inspirado, y por lo tanto confiable, de los eventos en los que está involucrado el destino eterno de cada uno. A través de esta historia, Dios también quiere atraer nuestros corazones a un Cristo vivo, trayendo ante nosotros todas las glorias de su vida, muerte y resurrección.

Para hacernos apreciar estas glorias, Dios quiere que podamos discernir los diferentes tipos de relaciones en las que Cristo puede ser visto, así como los diferentes caracteres en los que es presentado. Para este propósito, tenemos cuatro evangelios, cada uno de los cuales ofrece un aspecto distinto de la gloria de Cristo. El estudio del Evangelio según Mateo muestra claramente que los detalles particulares dados en el relato de los acontecimientos, así como la enseñanza, tienen en mente la presentación del Señor como el Mesías largamente prometido –el Hijo de David en relación con Israel.

En el Evangelio según Lucas, también está claro que el Señor Jesús es presentado como el Hijo del hombre, que vino a dar a conocer la gracia de Dios a un mundo de pecadores perdidos.

En el Evangelio según Juan, la gloria divina del Hijo de Dios se nos muestra.

En el Evangelio según Marcos, todo el relato está de acuerdo con la presentación del Señor Jesús como Siervo de Jehová, sirviendo a los demás en el amor. Siglos antes de la venida de Cristo, Isaías había predicho que el Señor Jesús vendría al mundo como Siervo del Señor; en efecto, la palabra de Jehová había llegado al profeta, diciendo: «He aquí *mi siervo*, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones» (Is. 42:1). Todos los detalles de este evangelio tienen en mente la presentación de su servicio perfecto en respuesta a las necesidades del hombre: él es el Siervo de Jehová cumpliendo su voluntad.

## 2 - Preparar el camino del Señor (cap. 1:1-20)

En el evangelio según Marcos, el Espíritu Santo presenta al Señor Jesús en toda su gracia y humildad como el Siervo del Señor. Sin embargo, no debemos olvidar que Aquel que se humilló a sí mismo para convertirse en Siervo obediente nunca

deja de ser lo que es como Persona divina, aunque se haya convertido en un Siervo humilde, hecho a semejanza de los hombres. También, para salvaguardar su gloria, el evangelio comienza con un testimonio séptuple dado a la grandeza de su persona.

## 2.1 - Marcos 1:1

El **primer** testimonio es el del autor del evangelio. Marcos, a quien el Espíritu Santo usa para poner ante nosotros a Aquel que se despojó a sí mismo y tomó la forma de un esclavo, comienza su evangelio recordándonos que él es «Jesucristo, Hijo de Dios».

## 2.2 - Marcos 1:2-3

En **segundo** lugar, se cita a los profetas como testigos de la gloria de su persona. No solo predicen su venida, sino que anuncian su gloria. Jehová había declarado a Malaquías: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí». El Espíritu aplica estas palabras a Cristo diciendo aquí: «He aquí, yo envío mi mensajero delante de *tu faz*, que preparará tu camino». El Jesús del Nuevo Testamento es Jehová del Antiguo Testamento (**Mal. 3:1**). En la segunda cita, que es de Isaías, se habla de preparar el camino del Señor. Otra vez, es el camino de Jehová que está preparado –porque Jesús es Jehová (**Is. 40:3**).

## 2.3 - Marcos 1:4-8

**Tercero**, tenemos el testimonio de Juan, el Precursor, para la gloria del Siervo perfecto. Por un lado, da testimonio de la condición de pecado del hombre y de la necesidad de «arrepentimiento para la remisión de pecados», y por otro, de la gloria de Aquel que había venido en gracia como humilde siervo, para satisfacer las necesidades del hombre. Está en el desierto, y «llagaban a él todos los de la región de Judea y todos los de Jerusalén». Muchos siglos antes, Jehová había dicho al profeta: «He aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón» (**Oseas 2:14**). Como alguien dijo: “Dios no le había hablado a su corazón... en la floreciente y hermosa ciudad...; sino que la atrajo hacia el frío, árido y triste desierto”. Fue entonces cuando le habló a su conciencia y trató de ganarse el corazón. Y hoy, cuán a menudo esto no sucede a los pecadores, como sucede con los santos. Buscamos

nuestro consuelo y bienestar, y con demasiada frecuencia nuestros corazones se vuelven fríos e indiferentes; entonces el Señor interviene en nuestra vida tranquila a través de penas y pruebas, para hablar a nuestros corazones y atraernos a él.

Dirigiéndose a la conciencia, Juan muestra que nuestros pecados han transformado la creación en un desierto moral y han separado al hombre de Dios. Su modo de vida, en la separación del mundo, estaba en conformidad con su testimonio. Sobre todo, dio testimonio de la gloria de aquel que había de venir. Si aquel que «no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse» se rebaja para hacerse hombre y toma la forma de un esclavo, a Juan, el más grande de los profetas, le gusta reconocer que ha venido un Siervo aún más grande, de quien no es digno de desatar la correa de las sandalias. Juan podía bautizar con agua y, por este signo de muerte, separar a los que venían a él de sus asociaciones anteriores con un mundo corrupto, pero Jesús bautizaría con el Espíritu Santo –una Persona divina– sello de pertenencia a Cristo en un mundo nuevo.

## 2.4 - Marcos 1:9-11

**Cuarto**, tenemos el testimonio dado por la voz del cielo para la gloria de Cristo. En gracia infinita, el Señor se somete al bautismo, identificándose así con el remanente piadoso que se separa de la nación culpable. Inmediatamente se escucha la voz del Padre, declarando su gloria como «Hijo amado», aquel en quien el Padre encuentra su placer. Ya en el pasado, el Señor había dicho a través del profeta: «He aquí mi siervo... en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu» (Is. 42:1). Así la voz del cielo puede decir: «Mi Siervo» es «mi Hijo amado». Se ha dicho con razón que fue “sellado con el Espíritu Santo, como nosotros; *él* porque era personalmente digno de él; y *nosotros* porque nos hizo dignos de él con su obra y su sangre” (J. N. D.).

## 2.5 - Marcos 1:12-13

**Quinto**, tenemos una breve referencia a la tentación en el desierto. La tentación de nuestros primeros padres en un jardín de delicias manifestó su debilidad, que permitió a Satanás vencerlos. La tentación de nuestro Señor, en un desierto, se convirtió en un testimonio de su infinita perfección, por la cual venció a Satanás.

**Sexto**, la creación misma da testimonio de la gloria de su persona, porque leemos

que estaba «con las fieras». A pesar del temor que las bestias pueden tener ante los hombres, no temen a este hombre bendito, porque él es en realidad su Creador.

**Finalmente**, leemos que «los ángeles le servían». El que ha llegado a ser Siervo es servido por los ejércitos angélicos. Es nada menos que «el Hijo», «el Primogénito», del que se dice cuando entra en el mundo: «Todos los ángeles de Dios le rindan tributo» (Hebr. 1:5-6).

Así, cada uno a su tiempo, los cielos y la tierra, los profetas y los ángeles, declaran la gloria de Jesús como Persona divina, y de esta manera preparan el camino del Señor al lugar de la humildad que él tomaría como siervo entre los hombres.

Cabe señalar que, en este evangelio, no hay genealogía de Jesús, ni detalles sobre su nacimiento ni sobre las circunstancias de los primeros años de su vida. Estos detalles, tan preciosos y necesarios, debidamente registrados por otros, difícilmente pertenecerían a los evangelios según Marcos o Juan. Aquí, como Siervo, se sitúa por debajo de toda genealogía, mientras que, en el Evangelio según Juan, es ante todo genealogía humana.

Después de este testimonio séptuple de la gloria de su Persona, tenemos, en estos versículos introductorios, el relato del acontecimiento que abre el camino al servicio público del Señor, el carácter de su servicio, y la gracia soberana que elige a otros para que sean sus compañeros en el servicio.

## 2.6 - Marcos 1:14

Es significativo que fue después de que Juan «fuera encarcelado» que Jesús vino a servir. La naturaleza podría argumentar que como el Precursor fue rechazado, era inútil que Jesús comenzara su misión. Pero los momentos oportunos y las formas de actuar de Dios son muy diferentes a los de los hombres. El ministerio de Juan, así como su rechazo, fue una demostración del pecado y la miseria del hombre; pero solo allanó el camino para un ministerio de gracia que era el único capaz de responder a la necesidad, y demostró su necesidad. Cuando el mundo demostró su pecado al rechazar a Juan, Dios proclamó su gracia al enviar a Jesús.

## 2.7 - Marcos 1:15

El gran propósito del servicio del Señor, según el Evangelio de Marcos, se resume en este versículo. Jesús estaba presente en medio de Israel para proclamar que el reino de Dios se había acercado –un reino caracterizado por la justicia, la paz y el gozo (Rom. 14:17). Ya Juan había venido por el camino de la justicia, convenciendo a los hombres de sus pecados; ahora el Señor estaba presente, no para juzgar a los hombres por sus pecados, sino en gracia, llamando a los hombres al arrepentimiento por las buenas nuevas que proclaman el perdón de los pecados.

## 2.8 - Marcos 1:16-20

Entonces descubrimos la gracia del Señor que asocia a otros hombres consigo mismo para el servicio. Ignoró a los sacerdotes establecidos, a los escribas instruidos y a los fariseos religiosos para elegir a pescadores humildes. Simón es alguien que puede decir: «Plata y oro no tengo», y de quien el mundo dijo que era un hombre analfabeto y corriente (Hec. 3:6; 4:13). La ausencia de riquezas humanas y de educación no son un obstáculo para ser compañero del Señor o para ser empleado en su servicio. Sin embargo, por modesta que sea la profesión de aquellos a quienes el Señor llama, y que se comprometen a su servicio, no están sin trabajo. Estos hombres sencillos iban a su ocupación como pescadores cuando el Señor los llamó a convertirse en «pescadores» de hombres. El servicio del Señor no es para aquellos que no tienen nada más que hacer.

Además, los siervos del Señor deben estar preparados para el servicio, y esta formación solo puede hacerse en su compañía; por eso el Señor dice: «Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres». Esto es siempre cierto, según esta palabra del Señor: «Si alguno me sirve, que me siga» (Juan 12:26). ¡Ay! Podemos contentarnos con recibir el evangelio para el beneficio de nuestras almas, y no sabemos lo que es perseverar en el seguimiento del Señor en el camino de la fe y de la humilde obediencia que prepara el camino para el servicio. No se nos puede pedir que abandonemos todo literalmente, como sucedió con los discípulos cuando el Señor estaba aquí en la tierra, pero si queremos servirle, solo puede ser cuando Él se convierte, en espíritu, en el objeto bendito de nuestra alma. No es probable que todos ellos deban renunciar a su profesión diaria. De hecho, este camino está reservado solo para un pequeño número de personas. A la mayoría de los hijos de Dios se les ordena claramente que permanezcan en su vocación terrenal (1 Cor. 7:20). Sin embargo, el

Señor tiene un servicio para todos, porque «a *cada uno de nosotros* le fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo» (Efe. 4:7). Este servicio implica la renuncia a todas las cosas que nos avergonzarían en los asuntos de esta vida, y solo se puede lograr si permanecemos cerca de él. En cuanto a los discípulos, respondieron inmediatamente a la llamada del Señor, pues leemos que «le siguieron».

### 3 - El siervo perfecto (cap. 1:21-45)

El camino del Señor está preparado y se han elegido los que lo acompañarán durante su servicio. En lo que sigue, tenemos el relato de algunos acontecimientos que ponen ante nosotros de manera admirable al Siervo perfecto. En la gloria de su Persona, él debe estar siempre solo; pero en su servicio, tenemos el modelo perfecto para cada siervo del Señor. Pedro nos da un resumen muy bello del Evangelio según Marcos cuando dice: «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret; este anduvo haciendo el bien por todas partes y sanando a todos los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él» (Hec. 10:38). Ciertamente, no estamos llamados a realizar milagros de sanación, porque en un día de ruina la Iglesia fue despojada de sus ornamentos; pero es en la «manera» en que sirvió que somos invitados a seguirle.

#### 3.1 - Marcos 1:21-22

Acompañado de sus discípulos, el Señor entró en la sinagoga de Capernaum y enseñó allí el sábado. Desde el principio vemos un rasgo llamativo del Siervo perfecto, pues leemos que, a diferencia de los escribas, «les enseñaba como quien tiene *autoridad*». Su palabra no consistía en simples argumentos que apelaban a la razón, sino que hablaba con la autoridad de Aquel que proclama la verdad con poder y convicción. En nuestros días, y según nuestra medida, tenemos que usar con autoridad todo don dado por Dios, porque, dice Pedro en su Primera Epístola: «Si alguno habla, sea como oráculo de Dios» (1 Pe. 4:10-11). Si presentamos la doctrina con todos los argumentos a favor o en contra, dejando que los oyentes juzguen lo que es verdad y lo que no lo es, no hablamos con autoridad; somos como los que andan a tientas en busca de la verdad. Debemos hablar como aquellos que, por gracia, están convencidos de la verdad que proclaman. Esto no es incompatible con la humildad de espíritu, porque en realidad son los humildes los que conocen el pensamiento de

Dios: «Él enseñará su camino a los mansos» (Sal. 25:9).

### 3.2 - Marcos 1:23-28

Para ahuyentar a un espíritu sucio se destaca otro rasgo del Siervo perfecto. Si habla con autoridad, su palabra lleva en sí el «poder». Dentro de la profesión religiosa judía había un hombre que poseía un espíritu sucio. La presencia de Jesús era intolerable para él; así que «alzó la voz, diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo?» Por más ignorantes que sean los hombres, los demonios saben que este humilde Siervo –Jesús de Nazaret– es nada menos que el Hijo de Dios. Pero el Señor no quiere recibir ningún testimonio del diablo. Toma al demonio de vuelta, lo silencia y le ordena que se vaya. Después de manifestar su poder sobre el hombre desgarrándolo y gritando en voz alta, el demonio debe someterse a la omnipotencia del Señor y salir del hombre.

Ya sorprendidos por el hecho de que enseñaba con autoridad, los oyentes están ahora sorprendidos por «*el poder*» que acompañaba a su palabra, a la que incluso los espíritus inmundos deben someterse.

### 3.3 - Marcos 1:29-34

Otro magnífico rasgo del Siervo perfecto sigue apareciendo ante nosotros en la escena que sigue. Aunque tiene toda la autoridad y el poder, es *accesible a todos*. Al entrar en la humilde casa de un pescador donde alguien necesita su poder curativo, leemos: «enseguida le hablaron de ella». Entonces, mientras el sol se ponía, le traían a «todos los que estaban enfermos». ¡Qué diferencia con los grandes de este mundo! Cuánto más autoridad y poder tienen, menos accesibles son para los pobres y los necesitados. El Señor no ha cambiado hoy: aunque es encumbrado en gloria celestial, podemos «hablarle» y «llevarle» todas nuestras penas y preocupaciones.

No solo curaba a los hombres de sus diversas enfermedades, sino que también los liberaba del poder de los demonios. Sin embargo, mientras manifestaba su poder absoluto sobre ellos, no les permitía hablar «porque lo conocían». Como alguien dijo: “Rechazó un testimonio que no era de Dios. Aunque este testimonio puede ser cierto, no quiso aceptarlo del enemigo”.

### 3.4 - Marcos 1:35

La escena animada de este anochecer tan ocupado es seguida por una escena muy matinal: mucho antes del día, vemos al Señor ir a un lugar desierto para orar. De esta manera aprendemos que la *dependencia de Dios*, expresada a través de la oración, es otro rasgo del Siervo perfecto. El poder del servicio público reside en la oración expresada en secreto. A través de la boca del profeta que anticipa este momento, oímos la voz de Jesús diciendo: «Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios» (Is. 50:4). Hemos visto al Señor teniendo el lenguaje de los sabios; ahora lo vemos con el oído abierto para escuchar como los que aprenden. De esta manera aprendemos que la oración es la base de su enseñanza (v. 21) y de su predicación (v. 39). Busquemos seguir su ejemplo perfecto y comencemos nuestros días con Dios en oración, antes de encontrarnos con nuestros semejantes en público, porque bajo la carga del día y del calor, es difícil encontrar «un lugar solitario».

### 3.5 - Marcos 1:36-39

Los discípulos siguen al Señor y, encontrándolo, dicen: «Todos te buscan». Esto pone de relieve otro rasgo del Siervo perfecto: *el rechazo de lo que solo es popularidad*. La naturaleza podría argumentar que si todos nos buscan es que debemos quedarnos allí; pero es en este momento cuando el Señor dice: «Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos». Siervo de Jehová, él no estaba allí para ganar popularidad, sino para hacer la voluntad de Dios.

### 3.6 - Marcos 1:40-42

Hemos visto el poder del Siervo y el secreto del poder; ahora se nos concede contemplar la *gracia* que pone el poder al servicio del más vil de los pecadores. Un pobre leproso, impulsado por su miseria y atraído por un poder que sabe que es capaz de responder a ella, viene al Señor; pero duda de su gracia para usar su poder en favor de un ser al que su repulsiva enfermedad expulsaba de la sociedad. Así que le dijo a Jesús: «Si *quieres*, puedes limpiarme». Mirando a Cristo, no dudaba de su poder; mirándose a sí mismo, cuestionaba la gracia del Señor. También nosotros, cuando nos damos cuenta de las perversidades de nuestro corazón, podríamos a veces dudar de la gracia del suyo, hasta el momento en que, en su presencia, como

el leproso, descubrimos que el corazón de Jesús está «compadecido» hacia el más vil de los pecadores que acuden a él. La mujer junto al pozo y el ladrón en la cruz también encontraron en Jesús a alguien que sabía lo peor de ellos, pero que tenía un corazón lleno de gracia por ellos. Su gracia es mayor que nuestro pecado. En el caso del leproso, el Señor disipa la duda diciendo: «Quiero», expresando el amor y la compasión de un corazón dispuesto a usar de su poder en favor de un hombre necesitado.

### 3.7 - Marcos 1:43-45

Lo que sigue presenta otra magnífica rasgo del Siervo perfecto. *No busca su propia gloria*, sino la gloria de Aquel a quien sirve. Así oímos al Señor decir al leproso curado: «Mira, no digas nada a nadie». Sin embargo, debía mostrarse al sacerdote, y la ley se convierte así en un testigo de la presencia de Dios en gracia. Bajo la ley, solo Dios podía sanar al leproso, y el sacerdote solo podía dar testimonio de lo que Dios había hecho.

Así, desde el comienzo mismo del camino del humilde servicio del Señor, su perfección como Siervo nos es presentada. Su servicio se caracteriza por la autoridad, acompañada por el poder. Este poder está combinado con su disponibilidad para los humildes y los necesitados, y está ejercitada en la dependencia de Dios; se niega a usarlo para ganar popularidad; se apega a su tierna compasión y nunca lo usa para exaltarse a sí mismo.

## 4 - El ministerio del Señor (cap. 2)

En la parte del Evangelio que acabamos de considerar, hemos visto al Siervo perfecto; esta nueva división pone ante nosotros la perfección de su servicio, la fe que se beneficia de él y la oposición que suscita. Se nos concede ver que el ministerio del Señor se caracteriza por la justicia y la gracia –justicia que plantea la cuestión de los pecados (v. 1-12) y la gracia que bendice a los pecadores (v. 13-17). Este ministerio suscita inmediatamente la oposición de los hombres, porque la justicia que plantea la cuestión de los pecados perturba la conciencia, y la gracia que bendice al pecador ofende el orgullo religioso.

### 4.1 - Marcos 2:1-2

Ya hemos visto al Señor y a sus discípulos en Capernaum. Una vez más entra en esta ciudad privilegiada y anuncia la palabra a las multitudes que se reúnen. Se podría pensar que las almas están ansiosas de escuchar la verdad; ¡ay! un poco más tarde el Señor debe decir: «Tú, Capernaum, ¿acaso serás elevada hasta el cielo? ¡Hasta el hades serás abatida! Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti se realizaron, hasta el día de hoy hubiera permanecido. Pero os digo que será más soportable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para ti» (Mat. 11:23-24) Fue en Capernaum donde el hombre fue liberado de un espíritu inmundo; allí fue donde la suegra de Simón fue sanada; allí fue donde la multitud de los enfermos fue llevada a él y los sanó, y fue allí donde el paralítico recibió el perdón de sus pecados. Capernaum había sido realmente colocada muy cerca del cielo, del poder y de la gracia del cielo, pero en vano en lo que respecta a la gran multitud. En ese día como en el nuestro, la mera presencia de multitudes no significa que las almas estén ejercitadas o las conciencias despiertas. La venida del Señor entre ellos solo era a sus ojos la maravilla del día; pero ante Dios, la ausencia de arrepentimiento en la presencia de tal ministerio los ponía en una condición más terrible.

### 4.2 - Marcos 2:3-4

Sin embargo, donde había fe en Cristo, se recibía la bendición. La obra de Dios no se realizaba mediante movimientos de masas, sino mediante el trabajo individual en las almas; y donde hay fe, habrá dificultades que superar. El paralítico no podía hacer nada por sí mismo, por lo que era «llevado entre cuatro» personas; y aún así, no podían «acercarse a él a causa de la multitud». Pero la fe supera todos los obstáculos.

### 4.3 - Marcos 2:5

El Señor reconoce la fe de ellos y, como en cada uno de sus caminos hacia nosotros, ve más allá de la simple necesidad externa que puede habernos llevado a él, y primero se ocupa de la raíz del mal. Más allá de la parálisis, como más allá de cualquier enfermedad, está la cuestión del pecado que trajo la enfermedad y la muerte al mundo. Puede ser que el hombre y los que lo trajeron no hayan estado muy ejercitado en cuanto a los pecados; sin embargo, ellos tenían fe en el Señor, y el Señor

inmediatamente responde a esta fe y comienza a revelar las bendiciones que son parte de los que creen; así puede decir: «Tus pecados te son perdonados».

#### 4.4 - Marcos 2:6-7

Desde el momento en que el Señor usa su poder para perdonar pecados, la oposición se manifiesta. Los hombres no se oponen a la expulsión de los demonios, a la curación de las enfermedades o a la purificación de los leprosos, pues tales liberaciones alivian al hombre de las pruebas físicas sin perturbar necesariamente su conciencia. Pero tan pronto como él habla de pecados, se alcanza la conciencia y los hombres comienzan a oponerse. Dicen: «¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?» Su argumento era correcto en cuanto al principio, porque solo Dios puede perdonar los pecados; era incorrecto en su aplicación, porque no discernían la gloria de la Persona que estaba presente –Dios manifestado en carne.

#### 4.5 - Marcos 2:8

Los hombres que razonaban de esta manera son dejados sin excusa, porque el Señor actúa de tal manera que saca a relucir la gloria de su Persona. Les muestra que están en presencia de Aquel de quien no se esconde ningún pensamiento. Puede que no hayan dicho una palabra, pero todo era conocido por Aquel que sondeaba los corazones y podía decir: «¿Por qué razonáis tales cosas en vuestros corazones?» La respuesta a su razonamiento, como a todo razonamiento humano, no es que ¿en aquel que no es consciente de sus necesidades, no puede haber apreciación de la Persona de Cristo?

#### 4.6 - Marcos 2:9-12

En su gracia el Señor pronuncia otra palabra que manifiesta su poder divino de una manera que incluso el hombre natural puede apreciar. «¿Qué es más fácil, decir...: Tus pecados te son perdonados; o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?» Se dijo con razón: “Ambos eran igualmente fáciles para Dios, igualmente imposibles para el hombre”. Para que los hombres *sepan* que el Señor tiene el poder de perdonar, dijo al paralítico: «Levántate, toma tu camilla y anda». Esta manifestación externa

de poder era la garantía de la recepción interna del don de la gracia. Inmediatamente la multitud dijo: «Jamás vimos semejante cosa».

#### 4.7 - Marcos 2:13-15

La proclamación del perdón de los pecados ha despertado el resentimiento de los líderes judíos. Esta oposición es la primera señal del rechazo total de Cristo, rechazo que implicaba dejar de lado a los judíos. Es entonces la oportunidad de dar, en el llamado de Leví, una indicación de la nueva dispensación que iba a ser introducida por el Señor. Así que leemos: «Salió otra vez a la orilla del mar». En las Escrituras, el mar se usa a menudo para representar a las naciones; por lo tanto, sugiere la gran verdad de que el Señor iba a convertirse en el centro de reunión del cristianismo para los creyentes de entre judíos y gentiles. La palabra dirigida a Leví fue: «¡Sígueme!». Además, el hecho de que Leví fuera un publicano, o un recaudador de impuestos, resalta el gran rasgo característico del cristianismo en contraste con la ley. A los ojos de un judío, ninguna ocupación era más vil y escandalosa que la de un hombre que se ganaba la vida extorsionando tributos por cuenta de los odiados romanos. Que el Señor pudiera llamar a un hombre así, fue la manifestación de la inmensa gracia que eleva a un pecador desde el lugar más bajo de degradación hasta el más alto, al servicio del Señor como apóstol. Leví respondió inmediatamente al llamado, y preparó una fiesta en su casa a la que invitó a muchos publicanos y pecadores, para que pudieran conocer al Salvador de los pecadores.

#### 4.8 - Marcos 2:16

Esta manifestación de gracia suscita la oposición de los que caracterizan el orgullo intelectual y religioso. Están profundamente ofendidos por la gracia que los ignora, que toma a un pecador en una degradación moral mucho más profunda que ellos, y lo eleva a un lugar muy superior al de ellos en bendición y poder. Estos oponentes no se acercan a Cristo, como lo habría hecho un alma ejercitada, sino que se dirigen a los discípulos. Y, así como la serpiente trató de sacudir la confianza de Eva en Dios haciendo lo que parecía una pregunta muy sencilla, estos hombres tratan de sacudir la confianza de los discípulos en el Señor haciéndoles lo que podría parecerles una pregunta muy sensata: «¿Cómo es que está comiendo con cobradores de impuestos y con pecadores?»

### 4.9 - Marcos 2:17

El Señor responde a esta pregunta con una simple analogía: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos». Luego hace la aplicación, diciendo: «No vine a llamar a justos, sino a pecadores». Insinuaban que el Señor se asociaba con los pecadores; él respondió que estaba «llamando» a los pecadores a dejar su estado para seguirlo. La gracia hacia el pecador no significa indiferencia hacia sus pecados.

### 4.10 - Marcos 2:18

Pero los fariseos ganaban confianza. Habían tratado de socavar la confianza de los discípulos en el Señor haciéndoles preguntas sobre Él; ahora tratarán de encontrar a los discípulos en falta planteando preguntas sobre ellos ante el Señor. «¿Por qué ayunan los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos, mas tus discípulos no ayunan?»

### 4.11 - Marcos 2:19-22

El Señor usa de nuevo una analogía para revelar su locura. ¿Sería conveniente ayunar en presencia del Esposo? Asimismo, ¿sería oportuno ayunar en presencia de Aquel que daba la bendición a su alrededor? Los días vendrían cuando Cristo ya no estaría allí. ¡Solemne consideración para los que se oponen a la gracia! Entonces, ciertamente, el ayuno estaría en su lugar; no simplemente la abstención de comida, sino la renuncia a los placeres de un mundo que ha rechazado a Cristo. Como siempre, el Señor hace más que responder a su pregunta. Él demuestra que esto revela la total incapacidad de ellos de entrar en los nuevos caminos de Dios en gracia. El nuevo carácter de gracia manifestado en la vida, la conducta, no podía ser relacionado con el viejo orden de las cosas más de lo que un nuevo trozo de tela puede ser cosido a un viejo vestido. La vida interior, y el poder de esta nueva vida, tampoco pueden ser contenidos en viejos odres. El vino nuevo requiere odres nuevos. El poder y la energía del Espíritu Santo no tienen nada en común con la carne. El Señor introducía lo que era totalmente nuevo, presentado en forma de figura por la «nueva pieza» de tela, el «vino nuevo» y los «nuevos odres». Cuando se introduce lo nuevo, no podemos volver a lo viejo. Desafortunadamente, esto es lo que el cristianismo ha tratado de hacer vinculando las formas del judaísmo al cristianismo. Se han recibido las doctrinas de la gracia, pero en la práctica se han adoptado las

formas de la ley.

#### 4.12 - Marcos 2:23-28

En el incidente que tuvo lugar un sábado (día de reposo), vemos una indicación más de que todo el sistema representado por el sábado iba a ser puesto a un lado. Al plantear la cuestión del sábado, los fariseos profesan un gran celo por la observación externa de un día, mientras que son absolutamente indiferentes al hecho de que el Señor del sábado y sus discípulos puedan tener hambre. Pretendían glorificar a Dios en el mismo momento en que rechazaban su testimonio. El Señor desenmascara su hipocresía recordando la historia de David y sus compañeros que, el día de su rechazo, tuvieron hambre. En esta circunstancia, cuando el ungido de Dios fue rechazado, perseguido y hambriento, el pan de la proposición perdía su valor a sus ojos, y así David y los que estaban con él no cometieron pecado al actuar en contra de la letra de la ley y comiendo este pan. Lo mismo sucede con el sábado: era para la bendición de los hombres y no para aumentar el sufrimiento de seres hambrientos. Además, «el Hijo del Hombre es Señor también del sábado», y por lo tanto por encima del sábado que él instituyó.

En el curso de este capítulo, se nos concede ver *la justicia* que plantea la cuestión de los pecados, *la gracia* que perdona los pecados y llama a los pecadores, y *la fe* que obtiene la bendición. Entonces vemos la oposición que el corazón natural, si se deja en sus propias convicciones, siempre se levanta contra un ministerio de justicia y de gracia. Finalmente, esta oposición llega a ser la ocasión de mostrar el cambio de dispensación que se iba a producir.

### 5 - El cambio de dispensación (cap. 3)

En los capítulos anteriores, hemos visto al Siervo perfecto, en su ministerio de gracia y poder, otorgar la bendición en medio de la nación judía. También hemos visto que, si este ministerio hacía resaltar la fe de un remanente piadoso, también despertaba la enemistad de los líderes de la nación. Se atrevieron a acusar al Señor de ser un blasfemo, de asociarse con los pecadores y de violar el sábado.

Esta oposición anunciaba el gran cambio en la dispensación que tendría lugar. Los judíos, que rechazan a su Mesías y cometen el pecado imperdonable contra el Es-

píritu Santo, serán apartados, y la gracia será derramada sobre los gentiles. El viejo orden de cosas bajo la ley y el judaísmo darán paso al reinado de la gracia bajo el cristianismo. Este cambio en la dispensación está indicado, en esta nueva división del evangelio, por una serie de eventos que tienen lugar en la sinagoga (v. 1-6), en la orilla del mar (v. 7-12), en la montaña (v. 13-19), y en la casa (v. 20-35). Cada uno de estos cuadrados y escenas tiene su propio significado.

### 5.1 - Marcos 3:1-6

El primer incidente nos muestra al Señor entrando «otra vez en la sinagoga», destacando así su presencia en medio de la nación judía –pues la sinagoga era el lugar de reunión de los que estaban bajo la ley. ¡Qué escena tan llamativa tenemos en esta sinagoga de Capernaum! El perfecto Siervo de Dios –el Señor de la gloria– está allí con su poder para bendecir, y la gracia de su corazón para hacer beneficiar de este poder al que lo necesita. El hombre está allí en toda la profundidad de sus necesidades, pero es incapaz de hacer nada por sí mismo, porque su mano está seca. El hombre religioso está allí, sin ser consciente de sus necesidades, ciego a la gloria del Señor e indiferente a las necesidades de los demás.

De estos fariseos se dice que «le observaban», no para aprender algo de sus caminos y de la gracia de su corazón, sino para ver si hacía el bien «en sábado» curando al pobre lisiado que estaba allí. Esto les daría la oportunidad de acusar al Señor de trabajar en el día de reposo. Qué testimonio de la perfección de Cristo: ¡sus enemigos no esperan algún mal de él, pero sabían que haría el bien! Hoy en día, y hasta cierto punto, ¿no dan los hombres del mundo inconscientemente testimonio de la verdad del cristianismo, esperando que los cristianos hagan el bien y actúen de una manera diferente a la suya? Si el cristianismo fuera completamente falso, ¿por qué querrían los inconversos que los cristianos actuaran mejor que ellos?

Si el Señor no fuera el Hijo de Dios y el Siervo de Jehová, ¿por qué esperarían estos judíos que él sanara a este hombre? Inconscientemente, dan testimonio de la gracia de su corazón y de la dureza de los suyos. Como el Señor sabía lo que había en sus corazones y que estaban buscando una oportunidad contra él, podríamos pensar que habría sido prudente abstenerse de sanar al hombre en público, y así privar a estos hombres malvados de lo que esperaban. Pero el Señor estaba allí para manifestar la gracia de Dios; así que actúa abiertamente. Le dijo al hombre que se levantara y se pusiera «en medio». Al hacerles una pregunta, el Señor les da a sus oponentes la oportunidad de formular la dificultad que tenían respecto a sanar en

el día de reposo. Pero leemos: «Ellos callaban». Este silencio no era el de la humilde gracia que caracterizaba al Señor cuando, en presencia de insultos, no respondía ni una palabra. Fue un silencio puramente político. Más elocuentemente que palabras, traicionaba el odio impotente de sus corazones. El Señor los mira con una justa ira. Pero detrás de esta, había dolor. Le entristeció el endurecimiento de sus corazones, esos corazones que eran completamente indiferentes a las necesidades del hombre, absolutamente incapaces de satisfacerlas, y ferozmente opuestos a Aquel en quien había gracia y poder para bendecir. Así, aquellos hombres que no querían permitir que el Señor hiciera el bien en el día de reposo estaban listos para hacer el mal. Anteriormente lo habían observado para acusarlo, ahora están tomando consejo para matar el Dispensador de bendiciones.

## 5.2 - Marcos 3:7-12

La maldad de los judíos no puede detener la gracia del Señor, ni impedir su incansable servicio de amor. De hecho, lo desvía hacia otros canales y trae gracia a un círculo más amplio. Este cambio en los caminos de Dios es sugerido por el hecho de que el Señor se retira de la sinagoga –el centro judío– y sale hacia el mar, empleado tan a menudo en las Escrituras como una imagen de las naciones. El rechazo de Cristo por los judíos abre la puerta a la bendición de los gentiles.

Además, en esta nueva posición del Señor, tenemos una indicación de los nuevos principios que caracterizan el día de la gracia. Los judíos en la sinagoga eran guiados por la vista –«le observaban»; sus corazones estaban endurecidos en cuanto a sus propias necesidades, y llenos de enemistad hacia Aquel que solo podía responderlas. Lo que sucede en la orilla del mar es muy diferente: «una gran multitud», incluidos los gentiles, se siente atraída por el Señor, «al oír lo que hacía». La fe viene de lo que oímos y resulta de un sentido de necesidad. De hecho, si fueron atraídos a Cristo por su gracia, fueron conducidos a él por sus necesidades. «Todos los que tenían *algún mal*» venían. Salomón, en su oración, habla de cada hombre agradecido «la plaga en su corazón», y menciona el único medio de sanación: ponerlo delante de Dios (1 Reyes 8:38). Una herida en el corazón es algo que solo conoce el que la sufre y que le priva de su alegría. Puede ser un asunto sin resolver entre el alma y Dios, o un pecado oculto no confesado. La fe, consciente de la gracia que hay en el corazón de Cristo, puede descubrir su herida delante de él y encontrar la liberación de todo lo que la perturba.

### 5.3 - Marcos 3:13-19

La escena se desplaza de nuevo del mar a la montaña. El Señor había estado con los judíos en su sinagoga, y solo había una mano seca, corazones endurecidos y una enemistad mortal. Junto al mar, había sido el centro de atracción de las almas necesitadas, entre judíos y gentiles. Ahora somos elevados sobre el mundo de los hombres para aprender, en la montaña, algo de los nuevos caminos de Dios. En la elección soberana de los doce, se sientan las bases para el nuevo orden de bendición que se iba a introducir. La Iglesia está formada por judíos y gentiles y está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular» (Efe. 2:20). Cuando, al final, tenemos una descripción de la Iglesia en gloria, encontramos en los cimientos de la ciudad los nombres de los doce apóstoles del Cordero (Apoc. 21:14).

Esta nueva obra no se deriva de la responsabilidad humana. Es enteramente de Dios. El Señor, habiéndose retirado de los hombres y de su mundo, «llamó junto a él a los que él mismo quiso», según su elección soberana. Él los llama, los establece, los envía y les da poder. Pero, sobre todo, son elegidos «para que estuviesen con él». El objeto más importante y querido de su corazón es tener a los suyos con él. Aquí, sin embargo, es especialmente para el servicio, para el cual la compañía del Señor es la única preparación verdadera. Así, en una escena anterior, el Señor podía decir: «Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres» (1:17). (Y más tarde, en Juan 12:26: «Si alguno me sirve, que me siga».) Como el hecho de seguirlo en la montaña lo indica, para encontrar a Cristo, debemos estar separados del mundo tal como él lo está. Desde allí, desde este lugar de separación en su compañía, los discípulos son enviados a predicar la buena nueva. Era algo completamente nuevo. En el sistema judío, había la lectura y la explicación de la ley en las sinagogas, pero no había predicación. Esta nueva cosa debía ser introducida con el poder de sanar enfermedades y expulsar demonios. Cristo no solo hace milagros por sí mismo, sino que puede dar a otros el poder de hacerlo.

### 5.4 - Marcos 3:20-21

Habiéndose asociado los discípulos, el Señor entra ahora en la casa. En relación con la casa, se trata de sus parientes según la carne. Si, en la montaña, vemos puesto el fundamento de lo que es enteramente nuevo, en la casa, aprendemos que el Señor ya no reconoce ningún vínculo con Israel según la carne. Sus parientes se aver-

gonzaban de estar vinculados a un hombre a quien sus líderes condenaban, y cuya enseñanza y camino condenaban al mundo. Al no estar preparados para soportar el oprobio de Cristo, trataron de detenerlo, pues dijeron: «Está fuera de sí». Probablemente admitieron todas las acusaciones que sus líderes estaban haciendo contra él, pero decían: «está fuera de sí», debemos mantenerlo bajo custodia.

### 5.5 - Marcos 3:22

Los escribas de Jerusalén que, debido a su posición oficial y superioridad intelectual, tenían poder e influencia sobre el pueblo, se niegan a aceptar el pretexto de la locura. Sabían que no era la mente de una persona mentalmente enferma, concentrando toda su energía en un punto, pero de un poder muy real que expulsaba a los demonios. Sabían que era un poder más allá del hombre. No querían reconocer que era de Dios y, por lo tanto, estaban obligados a atribuirlo al diablo –el único otro poder posible.

### 5.6 - Marcos 3:23-30

Esta terrible acusación sella su condenación. Y, sin embargo, con qué perfecta gracia y calma el Señor responde a esta maldad. En la montaña, el Señor acababa de llamar a los doce a él, para asociarlos a él en un ministerio de bendición. Ahora hace un llamamiento a sus enemigos para pronunciar su condenación. ¡Qué pensamiento tan solemne! El que llama en gracia, llamará en juicio. El Señor muestra que su acusación no era solo locura e ignorancia, sino una blasfemia deliberada contra el Espíritu Santo. Aquí estaba Aquel que, más poderoso que el hombre fuerte, saqueaba sus bienes, mostrando así que lo había atado. Todo este poder era ejercido por el Señor Jesús en el poder del Espíritu Santo (comp. [Hec. 10:38](#)). También, atribuirlo al diablo, era llamar al Espíritu Santo un demonio. Un pecado así no podía ser perdonado. Era el fin de toda esperanza para Israel sobre la base de la responsabilidad. Esta es la culminación solemne de todo el servicio de la gracia del Señor en este mundo. “En la actividad de la bondad divina, el hombre solo puede ver la locura y la obra del diablo” (J.N.D.).

### 5.7 - Marcos 3:31-35

La escena solemne que sigue es el terrible resultado para la nación judía. Toda relación con Israel según la carne está abandonada. Todo lazo con la nación está roto. Al mismo tiempo, el Señor distingue un remanente, que está relacionado con él, no por sus lazos naturales con Israel, sino por la fe en Su palabra (véase [Juan 6:39-40](#)).

## 6 - Los frutos para Dios y la luz para el hombre (cap. 4)

En el capítulo 4 de Marcos, cuatro parábolas y el incidente de la tormenta en el mar dan un cuadro completo del servicio del Señor en la tierra en su primera venida, y el resultado de este servicio cuando es dejado a la responsabilidad de los hombres durante el tiempo de su ausencia.

### 6.1 - Marcos 4:1-20

El rechazo de Cristo por parte de los jefes de los judíos y –como resultado– la ruptura por Cristo mismo de todos los lazos con Israel según la carne, como vimos en el capítulo 3, proporcionan una oportunidad para revelar el verdadero carácter del servicio del Señor. Hasta entonces, en su ministerio de gracia, parecía buscar fruto en Israel; ahora la parábola del Sembrador muestra claramente que estaba trabajando para producir fruto. Su ministerio era de hecho una prueba para Israel, probando que no hay fruto para Dios en el hombre caído, dejado a sí mismo. Si ha de haber fruto, solo puede ser producido por la obra de Dios mismo en las almas de los hombres, lo que está representado por la obra del Sembrador.

Además, si una obra de Dios es necesaria, no puede limitarse a una nación. Esto prueba que las necesidades de los judíos son tan grandes como las de los gentiles, y que ambos son igualmente incapaces de proporcionar su propia bendición. Así, pues, el servicio de la gracia del Señor tiene a la vista a todos los hombres. Esta verdad es sugerida por el hecho de que el Señor: «De nuevo se puso a enseñar junto al mar».

En la interpretación estricta de la parábola, todos debemos reconocer que el Señor es el Sembrador y que la semilla es la palabra de Dios. Por lo tanto, el Sembrador

era perfecto, la siembra era impecable y la semilla era buena. Sin embargo, debido al carácter del suelo, en tres de cada cuatro casos no se producen resultados duraderos. La parábola indica que cuando el evangelio es predicado, puede ser escuchado por cuatro clases diferentes de personas. Para utilizar el lenguaje de la parábola, hay oyentes que se caracterizan por estar «junto al camino», oyentes como estos en «pedregales», otros similares a un terreno cubierto de «espinos» y finalmente aquellos a los que se refiere como «tierra buena».

Los que están «junto al camino» son los que oyen sin que su conciencia se vea afectada. Es como una semilla que cae en un suelo duro, pero que no penetra por debajo de la superficie. Los pájaros del cielo no tienen ningún problema en devorar estos granos, y Satanás puede quitar lo que solo es de interés pasajero para el espíritu y no toca la conciencia.

La semilla que cae en los lugares rocosos levanta y toma una cierta apariencia, pero bajo el calor del sol se marchita, porque no tiene una tierra profunda. El Señor explica que estos son los que, cuando han oído la Palabra, la reciben inmediatamente con alegría; pero no hay obra de Dios en su alma. Recibir la Palabra con alegría, sin ejercicio previo, no es una buena señal. Cuando Dios trabaja en un alma, actúa en la conciencia, despertando un sentimiento de pecado y de culpa. Así, pues, el primer efecto de la Palabra no es el gozo, sino la aflicción. Esto lleva al juicio de sí mismo y al arrepentimiento hacia Dios. Como resultado de este juicio, las tinieblas se disipan; la luz de Dios entra en el corazón, produciendo un ejercicio al que responde el amor de Dios que inspira confianza, cuando la luz ha hecho su obra.

En el tercer caso, la buena noticia es escuchada, pero la Palabra está ahogada y no produce un resultado duradero. En cada caso el Señor habla de los que han «oído» la Palabra, no de los que nunca han oído el Evangelio. Oír la palabra parece implicar una cierta profesión que permite esperar que haya habido una verdadera conversión, hasta que se demuestre lo contrario. Los oyentes, comparados con un suelo cubierto de espinas, representan a aquellos que están tan abrumados por la preocupación por las cosas presentes, o tan absortos en la búsqueda de las cosas del mundo, que su profesión desaparece. El deseo de otras cosas ahoga lo único necesario. El pobre puede estar aplastado por la preocupación; el rico, por el engaño de las riquezas. ¡Qué cosa solemne para un alma estar arruinada por las preocupaciones o por la pérdida de las riquezas! ¿En qué beneficiará a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

El último caso es el del auditor comparado con una buena tierra. Una buena tierra

es siempre una tierra preparada. La conciencia ha sido tocada y por lo tanto se produce fruto, pero incluso allí, hay diferentes grados: uno treinta, y uno sesenta, y uno cien. Las cosas que son fatales para el incrédulo pueden obstaculizar seriamente la prosperidad del verdadero creyente.

## 6.2 - Marcos 4:21

En la segunda parábola, aprendemos que el que ha recibido la buena semilla de la Palabra en su corazón es capaz de ser testigo ante los hombres, y que es responsable de ello. Lo que es fruto para Dios se convierte en luz para el hombre. Hacer brillar la luz no es cuestión de don, ni del ejercicio de una actividad de predicación o de enseñanza; es más bien la vida nueva que expresa algo de Cristo, siendo como Cristo, «irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación depravada y perversa, entre los cuales resplandecéis como lumbreras en el mundo» (Fil. 2:15).

El Señor nos advierte que, si hay obstáculos para que la semilla produzca fruto, también los puede haber para que la luz brille para los demás, una vez que la Palabra ha obrado verdaderamente en el corazón. Así como la semilla puede ser sofocada por las preocupaciones del siglo o por el engaño de las riquezas, así también la luz puede ser oscurecida, ya sea porque estamos absorbidos por los asuntos de la vida, representados por el almud; o porque buscamos nuestra tranquilidad, como sugiere la cama. El cristiano no es considerado como siendo la luz; es el pie de la lámpara. Cristo es la luz, el cristiano es el candelero.

## 6.3 - Marcos 4:22

La medida en que hemos sido fieles o infieles en el testimonio por Cristo se manifestará al final. El secreto para ser un luminar para Cristo, es tener a Cristo en el corazón. “Si el corazón no está lleno de Cristo, la verdad no se manifestará; si el corazón está lleno de sí mismo o de otras cosas, Cristo no se puede manifestar” (J.N.D.).

### 6.4 - Marcos 4:23

Entonces, ¿cómo pueden nuestros corazones estar llenos de Cristo? La exhortación del Señor indica que para poder iluminar a los demás, primero debemos escuchar. «Si alguno tiene oídos para oír, *oiga*». El Señor mismo puede decir a través del profeta: «Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios» (Is. 50:4). Si queremos tener la lengua de los sabios, empecemos por tener los oídos de los que son enseñados. Si queremos saber cómo apoyar al cansado con una palabra, primero escuchemos la palabra de Aquel que nunca se cansa. Como María en el pasado, debemos sentarnos a sus pies para escuchar su Palabra antes de dar testimonio a los demás.

### 6.5 - Marcos 4:24-25

Además, al dar testimonio, nosotros mismos seremos bendecidos, porque el Señor puede decir: «Con la medida con que medís, os será medido». Cuánto más damos, más se nos dará. Si permitimos a la luz que tenemos que brille, recibiremos más luz. Se ha dicho con razón que la ley del cielo es: “Dispersar para aumentar”. Pero recordemos también que, si no nos servimos de la luz que tenemos, la perderemos. No es la vida la que perderemos, sino la luz.

### 6.6 - Marcos 4:26-29

El Señor usa una tercera parábola para mostrar que el tiempo durante el cual de creyente da el testimonio, es el tiempo de su ausencia. El Reino de Dios iba a tomar una forma en la que el Rey estaría ausente. Es como si un hombre, después de echar la semilla en la tierra, no hiciera nada más hasta el tiempo de la cosecha. El Señor había derramado personalmente la semilla cuando vino por primera vez, y al final del siglo, cuando este mundo esté maduro para el juicio, regresará personalmente. Entre la primera venida y su aparición, está a la diestra de Dios y, aunque siempre actúa en gracia hacia los suyos, no interviene pública y directamente en los asuntos de este mundo. Sin embargo, la semilla que el Señor ha echado crece y produce fruto.

### 6.7 - Marcos 4:30-34

La última parábola presenta los resultados de la siembra cuando se dejan a la responsabilidad del hombre. El cristianismo que, al principio, era muy pequeño en apariencia, «como un grano de mostaza», se convierte en una gran potencia en la tierra. Pero en su grandeza, se convierte en un refugio para el mal. «Las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra». Lo que inicialmente atraía a las almas fuera de este mundo para reunir las alrededor del Señor, al final se convierte en un vasto sistema que alberga todas las cosas malas.

### 6.8 - Marcos 4:35-41

La tormenta en el mar proporciona una imagen que complementa la enseñanza de este capítulo. Hemos visto al Señor sembrar buena semilla, y hemos aprendido que aquellos en cuyos corazones la semilla ha sido productiva son dejados en este mundo para ser luces para Cristo. La tercera parábola nos enseñó que este testimonio tendría lugar durante la ausencia de Cristo. La última nos dijo que, durante su ausencia, una vasta profesión religiosa se desarrollaría y se convertiría en un refugio para el mal. Ahora aprendemos que, en un mundo así, los que verdaderamente pertenecen al Señor encontrarán pruebas, pero que el Señor Jesús, aunque ausente de la vista, está presente para la fe, y que domina todas las tormentas que su pueblo tiene que enfrentar.

Esta conmovedora escena se abre con las palabras del Señor: «Pasemos al otro lado». Sus últimas palabras a Pedro antes de dejar este mundo fueron: «Sígueme tú». Atraídos hacia él por nuestras necesidades y por su gracia, le seguimos por un sendero que lleva al «otro lado» –al corazón mismo de la gloria a la que él ha llegado. Sin embargo, si estamos *en su compañía*, podemos esperar luchas, porque el diablo siempre se opone a Cristo. Así, en este cuadro, leemos: «Se levantó una gran tempestad». Sin embargo, Jesús estaba con ellos, pero dormía sobre una almohada. Así como en la parábola, después de haber echado la semilla, era como un hombre que dormía (v. 27), ahora, en la tempestad, en realidad dormía. Y así, en apariencia, era indiferente a las pruebas de los suyos. Tales circunstancias realmente ponen a prueba nuestra fe y, al igual que los discípulos, podemos incluso preguntarnos si realmente se preocupa por nosotros. Pero si son permitidas para probar nuestra fe, estas circunstancias también se convierten en una oportunidad para manifestar su supremacía sobre todas las pruebas que debemos enfrentar.

Como en el pasado, «Levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: ¡Calla! ¡Sósiégate!» Incluso hoy, en el momento y de la manera que él quiera, puede calmar cualquier tormenta e introducirnos a una «gran calma». En el espíritu de este cuadro llamativo, el apóstol puede escribir a los creyentes de Tesalónica: «El mismo Señor de paz os dé siempre y de toda manera la paz. El Señor sea con todos vosotros» (2 Tes. 3:16). La fe se da cuenta de que, sin importar las tormentas por las que tengamos que pasar, el Señor está con nosotros para darnos paz en todo momento y en todas las circunstancias. Preocupados por «una tempestad de viento; y las olas» que asedian nuestra frágil barca, podemos olvidar a Cristo y pensar egoístamente solo en nosotros mismos; entonces decimos, como los discípulos: Estamos pereciendo. Pero una tormenta levantada por el diablo, ¿logrará alguna vez hacer fracasar el consejo de Dios hacia Cristo y los suyos? Ninguna de sus ovejas perecerá jamás; todas alcanzarán la meta al final. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia, como los discípulos, tenemos un sentido muy débil de la gloria de la Persona que está con nosotros. Apenas se dieron cuenta de que el Hombre que estaba con ellos era también el Hijo de Dios.

## 7 - La bendición individual (cap. 5)

Vimos al perfecto Siervo sembrando la buena semilla. Ahora se nos concede ver otra forma de su servicio –su manera de actuar con las almas individualmente. En este servicio de gracia, vemos no solo la bendición espiritual de las almas, sino también el poder divino triunfante del diablo, de la enfermedad y de la muerte. Se hace así evidente que, en la Persona del Señor, Dios estaba presente en gracia y en poder para liberar al hombre de las consecuencias del pecado; pero, aun así, la presencia de Dios es intolerable para el hombre.

### 7.1 - Marcos 5:1-5

Lo primero que se nos presenta de manera llamativa, en la historia del demoníaco, es la miseria total del hombre *bajo el poder de Satanás*. Vemos a un hombre «que moraba en los sepulcros». Los hombres mueren donde viven, y siempre habrá un cementerio con sus tumbas cerca de sus casas, para recordarnos constantemente que este mundo está bajo la sombra de la muerte. Todo el poder de Satanás está desplegado para llevar al hombre a la muerte. «El ladrón no viene sino a hurtar, matar y

destruir» (Juan 10:10). Le gustaría privarnos de todas las bendiciones espirituales, matar el cuerpo y destruir el alma.

En segundo lugar, este relato nos muestra la total *incapacidad* del hombre para liberarse a sí mismo, o a otros del poder de Satanás. Los esfuerzos para reprimir la violencia de este pobre hombre o para domarlo fueron en vano. También hoy, cualquier intento de frenar el mal o reformar la carne nunca logra liberar al mundo ni de su violencia y corrupción, ni del poder de Satanás, y es totalmente incapaz de cambiar la carne.

## 7.2 - Marcos 5:6-13

En tercer lugar, aprendemos que, a pesar de nuestra ruina e incapacidad, tenemos en la Persona de Cristo a aquel cuyo poder y gracia nos puede liberar de todo el poder de Satanás. El pobre hombre está tan totalmente identificado con el espíritu inmundo, que su cuerpo es la morada y el instrumento del demonio que actúa y habla a través de él. Pero los demonios deben inclinarse ante aquel que saben que es el Hijo de Dios, aquel que tiene el poder de entregarlos a su justo juicio. Los hombres pueden ignorar la gloria y la autoridad de Cristo, pero no los demonios. Como por la palabra de Cristo deben salir del hombre, piden ser enviados a los cerdos. Aparentemente, los espíritus malignos necesitan un cuerpo natural a través del cual puedan actuar. Una vez obtenido el permiso para ello, entran en los cerdos. Su maldad y su deseo de destrucción se manifiestan inmediatamente, porque allí no encuentran resistencia de la que no puedan vencer instantáneamente. Así, toda la manada se precipita inmediatamente al mar y es destruida.

## 7.3 - Marcos 5:14-17

En cuarto lugar, este solemne incidente nos enseña que, si el poder de Satanás es terrible para el hombre, la presencia de Dios es intolerable para él, aun cuando se manifieste en poder y en gracia para liberar. Alguien dijo que el hombre “teme a Jesús y a su gracia más que al diablo y a sus obras”. Los hombres de la ciudad, que salen «a ver qué era lo que había sucedido», son llevados inmediatamente a la presencia de la manifestación de la gracia y del poder de Jesús. El hombre que había sido un azote durante tanto tiempo para el país, lo encuentran «sentado, vestido y en su juicio cabal». Una magnífica imagen de un alma verdaderamente convertida,

liberada del terrible poder de Satanás y llevada a saborear el descanso a los pies de Jesús; ya no está desnuda y expuesta al juicio, sino vestida y libre de toda acusación, justificada ante Dios, siendo Cristo su justicia; ella está en su buen sentido –reconciliada, toda enemistad contra Dios ha desaparecido.

Luego leemos: «Tuvieron miedo». ¡Qué comentario sobre el estado de los hombres de este mundo! Tienen pruebas de que Dios se ha acercado a ellos, y tienen miedo. El hombre culpable siempre tiene miedo de Dios. Adán, después de la caída, tuvo miedo; Israel, en el Sinaí, tuvo miedo, y los gadarenos tuvieron miedo. No importa cómo venga Dios, ya sea como visitante del huerto del Edén, en su majestad como en el Sinaí, o en gracia como en el Gadara: la presencia de Dios es insoportable para el hombre culpable. Los hombres de Gadara prefieren a los demonios, al demoníaco y a los cerdos al Hijo de Dios, aunque esté allí con poder y gracia para liberar. Así que leemos: «Comenzaron a rogarle que se fuera de su distrito». Su oración fue respondida –él se fue.

#### 7.4 - Marcos 5:18-20

Finalmente, en marcado contraste con los hombres de este mundo, vemos a aquel que ha sido bendecido ricamente deseando estar “*con Jesús*”. En su momento, su deseo recibirá una respuesta gloriosa, porque sabemos que Cristo murió por los creyentes para que “*vivamos juntos con él*”, y muy pronto estaremos siempre con el Señor. Mientras tanto, tenemos el privilegio de estar *para él* en un mundo que lo ha rechazado. Por eso el Señor puede decir al hombre: «Ve a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho por ti, y cómo tuvo compasión de ti». ¿Y cuál fue el resultado? «Todos se maravillaban». Cuanto más nos damos cuenta de nuestra ruina total bajo el poder de Satanás, y más nos damos cuenta de lo que Cristo ha hecho por nosotros, de la compasión de la que somos objetos, más nos podemos sorprender.

#### 7.5 - Marcos 5:21-23

Los incidentes en este capítulo ciertamente representan acontecimientos proféticos, los cuales muestran los caminos de Dios hacia Israel y las naciones. ¿Acaso la historia de la piara precipitada al mar no es para decirnos que los judíos iban a ser dispersados en el mar de las naciones debido al rechazo de su Mesías? En el inci-

dente que sigue, el de la niña moribunda, ¿no tenemos una imagen de la condición moral de la nación cuando el Señor estaba allí? Pero, así como el Señor resucita a la niña al final de la historia, así también cuando regrese a la tierra, él revivirá a la nación. Mientras tanto, la historia de la mujer enferma nos enseña que dondequiera que la gente tenga fe en Cristo, recibirá bendición.

### 7.6 - Marcos 5:24

En la historia de esta mujer, el Señor distingue entre la fe verdadera y la simple profesión externa. Se nos dice: «Lo seguía una gran multitud apretujándole»; se podría concluir que el Señor estaba rodeado de un gran número de creyentes que le seguían. Así mismo hoy, los edificios religiosos llenos de los que profesan adorar a Cristo, el nombre de Cristo pronunciado en himnos y oraciones por labios de hombres y mujeres del mundo, el nombre de Cristo unido a las obras de los hombres, todo esto podría hacernos pensar que hay una multitud de personas que creen en Cristo. De hecho, la gente piensa así, porque se llaman a sí mismos cristianos, llaman a sus países regiones cristianizadas, y a sus gobiernos, gobiernos cristianos. Pero ¿significa esto que todos realmente creen en el Señor Jesús? ¿Que cada uno tiene una fe personal en Cristo? No, por desgracia, todavía hoy hay la gran multitud de profesión externa; y aún hoy el Señor distingue a los que tienen una fe personal en Él; de hecho, leemos: «Conoce el Señor a los que son suyos». La gente que lo rodeaba podía haber sido sincera, pues habían visto sus milagros y probado sus beneficios, pero no teniendo conciencia de su necesidad de Cristo, no tenían fe personal en él. Incluso hoy en día, se puede ser completamente sincero abrazando, como se dice, la religión cristiana. Pero esta profesión externa de cristianismo –unirse a la multitud para seguir a Jesús– no salvará el alma, y no resolverá la cuestión del pecado, de la muerte y del juicio; no quebrantará el poder del pecado, y no liberará de la corrupción de la carne y del mundo, ni del temor de la muerte.

### 7.7 - Marcos 5:25

Para que haya una verdadera bendición, debe haber una fe personal en el Señor Jesús. En el caso de la mujer, este contacto personal con la fe se ilustra de manera admirable. Primero, vemos que donde hay fe, siempre habrá una cierta conciencia de la necesidad de un Salvador personal. Esta conciencia puede variar mucho de un caso a otro, pero existirá.

### 7.8 - Marcos 5:26

En segundo lugar, la mujer no solo era consciente de su necesidad, sino que se daba cuenta de lo desesperado que era su caso, si se dejaba en manos de sus propios esfuerzos y de las capacidades de los hombres. Había sufrido mucho con un gran número de médicos y se había gastado todos sus bienes en vanos intentos de encontrar una cura.

### 7.9 - Marcos 5:27-29

En tercer lugar, la fe no solo nos lleva a tomar conciencia de nuestra necesidad y de nuestra propia incapacidad para responder a ella, sino que percibe algo de la excelencia de la Persona de Jesús. Ella descubre que hay gracia y poder en él para satisfacer sus necesidades. Además, la fe humilla. El alma que viene a pedir está dispuesta a inclinarse y decir, como la mujer: «¡Si tan solo toco su manto, sanaré!». No tenemos que hacer grandes cosas para asegurar nuestra bendición –solo halagaría nuestro orgullo; pero somos llevados a aceptar que no somos nada, y a dar toda la gloria a Cristo. La virtud está en Cristo, no en la fe; el contacto de la fe asegura la bendición poniéndonos en contacto con Aquel en quien está todo mérito.

### 7.10 - Marcos 5:30-34

Entonces vemos que el Señor goza alentando la fe. No quiere que el que fue objeto de la bendición desaparezca silenciosamente. Él introduce al creyente en su propia presencia para decirle toda la verdad. Le gusta que le digamos todo, que no haya distancia ni reserva entre él y los suyos.

Finalmente, vemos el resultado de ser traídos a la presencia del Señor y abrirle nuestros corazones. Como la mujer, podemos entonces continuar nuestro camino, no confiando en nuestros sentimientos o en alguna experiencia, por muy reales que sean, sino confiando en su propia palabra. Así la mujer aprende de su misma boca que ha sido sanada, porque él puede decir: «Tu fe te ha sanado».

### 7.11 - Marcos 5:35-43

Mientras el Señor se ocupa de la mujer, alguien viene de la casa del jefe de la sinagoga y dice: «Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?» El portador de este mensaje sabía muy poco sobre el poder de su mano y el tierno amor de su corazón. Por más profundas que sean nuestras penas, por más grandes que sean nuestras pruebas, no debemos temer «molestar» al Señor con nuestras cargas. Él vino para llevar nuestras languideces y a cuidar de nuestros dolores. Entrando en los sentimientos del desafortunado padre, el Señor trae una palabra de consuelo a su corazón: «No temas; cree solamente». Para el hombre, la situación era claramente desesperada; la niña estaba muerta. Pero nada es demasiado difícil para Cristo. Habiendo respondido a los que solo mostraban incredulidad y echado a los que se reían de él, resucitó a la niña y se ocupó de sus necesidades.

## 8 - El servicio de Cristo después de su rechazo (cap. 6)

Las grandes verdades que se nos presentan en el capítulo 6 se refieren a los incidentes que tienen lugar en el país, en la corte del rey, en un lugar desierto, en una montaña y sobre el mar embravecido. Los dos primeros incidentes nos hacen descubrir la mala condición moral del mundo que rechaza a Cristo; los tres últimos nos muestran la plenitud de los recursos que hay en Él, para los que lo siguen en la separación de este mundo.

### 8.1 - Marcos 6:1-6

En la primera escena, vemos al Señor en su humilde servicio de amor, asociándose con los humildes de *su país*, entre sus «*parientes*» y en su «*casa*». Él viene en medio de ellos con sabiduría y poder divinos, proclamando la verdad entre los pobres del país y sanando a algunos enfermos; pero nunca se inclinó ante la vanidad de la naturaleza humana, que ama la ostentación y la pompa, y rechaza a los hombres por su humilde origen. El ministerio de gracia del Señor pone de relieve esta mala condición moral del pueblo. Ciertamente se sorprenden por su enseñanza y sabiduría, y se ven obligados a reconocer sus «milagros», pero «se escandalizaban de él». La carne es siempre la misma; ¿no estamos a veces en peligro, incluso hoy,

como cristianos, de obstaculizar la obra de Dios a través del orgullo y la vanidad de la carne, despreciando el ministerio de un siervo de Dios porque es de origen humilde? Como siervos también, podemos faltar buscando obtener reconocimiento a través de la riqueza o de la posición social. Todo en el Señor era perfecto; la falta estaba solo del lado del pueblo. Esta gente sencilla menospreciaba la sabiduría de las enseñanzas del Señor y el poder de sus obras: «¿No es este el carpintero, hijo de María?» Y decían: “¿No están sus hermanos y hermanas aquí con nosotros?” No discernían la gloria de su Persona, ni la gracia de su corazón: cómo, siendo rico, vivió en pobreza por nosotros, para que por su pobreza pudiéramos enriquecernos. Así el Creador se había convertido en el carpintero, y el Hijo de Dios, el hijo de María. El Señor recuerda a los que lo rechazan a causa de su humillación que «No hay profeta sin honor, sino en su tierra, entre sus parientes y en su casa». Esto no implica que el Señor era rechazado en su propio país, como nos podría suceder a nosotros, a causa de nuestras debilidades o por faltas conocidas, pero que esta proximidad a él en las cosas de la vida diaria los conducía a menospreciar la misión divina que había recibido de Dios.

El resultado fue que solo pudo hacer unos pocos milagros allí, debido a su incredulidad. Es solemne considerar hasta qué punto, hoy en día, la incredulidad puede obstaculizar la obra de Dios. Si la fe, como lo muestra la historia de la mujer enferma en el capítulo anterior, atrae la bendición, es igualmente cierto que la incredulidad impide que ella se derrame. Sin embargo, la gracia de Jesús, al elevarse por encima del orgullo y de la incredulidad, sana a algunos «enfermos», aunque la bendición se limite a «unos pocos». «Estaba asombrado a causa de su incredulidad». ¿Acaso no le damos a veces la oportunidad de estar sorprendido por nuestra incredulidad? Sin embargo, continuó su camino, enseñando en las aldeas alrededor, incansable en su servicio, a pesar del orgullo y de la incredulidad.

## 8.2 - Marcos 6:7-13

El rechazo de su servicio puede impedir que se hagan milagros en su propio país, pero no puede parar la gracia que brota de su corazón. También el Señor envía a los doce como un nuevo testimonio de su presencia en gracia y en poder para la bendición de los hombres. Se da un testimonio sorprendente de su gloria como Persona divina en el hecho de que «les dio autoridad sobre los espíritus inmundos». Cualquiera puede ejercer el poder y hacer milagros si se le da autoridad; pero ¿quién, si no Dios, *puede dar esa autoridad*? Además, el modo en que los discípulos debían ir

era, en sí mismo, un testimonio de la presencia de Aquel que es el Señor de todo. Tenían que ir sin tomar nada para el camino. Debían confiar en el cuidado y la protección del Señor que, presente en la tierra, inclinaría los corazones de los hombres y dirigiría las circunstancias para que no les faltara nada.

Su misión no debía convertirse en una gira de visitas mundanas. Estaban al servicio del Señor: por eso tenían que permanecer en la misma casa, en cada lugar, hasta que se fueran. La sustancia de su predicación era el arrepentimiento, porque la presencia del Rey y las buenas nuevas del reino ya habían sido proclamadas, pero los líderes religiosos habían rechazado a Cristo debido a la grandeza de lo que él afirmaba ser, mientras que el pueblo lo había rechazado debido a la humildad de su condición. Los jefes lo acusaban de hacer sus milagros por el poder del diablo; el pueblo decía que era solo un carpintero. La nación está llamada a arrepentirse de esta maldad. Además, era un testimonio final, porque el juicio iba a ser pronunciado sobre los que rechazaban esta misión.

### 8.3 - Marcos 6:14-29

El resultado de esta misión, acompañada de signos de poder, fue que «el nombre de Jesús se había hecho manifiesto». Si solo todos los predicadores anunciaran a Cristo de tal manera que dejaran tras ellos la fragancia de su Persona y el conocimiento del valor de su Nombre. Cuán a menudo la publicidad hecha al predicador y el uso de todo tipo de métodos que agradan al hombre natural, hacen que sea el nombre del predicador que está puesto en evidencia antes que el de Jesús.

Sin embargo, tan ampliamente como la fama de Jesús se extiende, a menos que haya una obra de Dios en el alma, solo habrá especulaciones, como en aquellos días, cuando algunos decían que era Juan el Bautista resucitado de entre los muertos, y otros, un profeta. Pero las especulaciones del espíritu humano nunca pueden llegar a la verdad sobre la persona de Cristo. Sin embargo, la fama de Jesús llegó a la corte. Ya hemos visto la falta total de discernimiento espiritual en las clases inferiores del pueblo; ahora descubriremos la pobre condición moral de las clases superiores. En el caso del rey Herodes, las noticias sobre Cristo hacen más que llevar a la especulación. Esto despierta su conciencia incómoda y lo lleva a la memoria de su pecado. Había contraído un matrimonio ilegal con la esposa de su hermano y había sido censurado por Juan el Bautista. Este reproche había despertado la enemistad de Herodías, la adúltera culpable. Ella hubiera querido hacer morir a Juan, pero no lo había logrado, porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un hombre jus-

to y santo. Aunque carente de principios, Herodes sabía apreciar la bondad en los demás; estaba dispuesto a escuchar a Juan e hacía muchas cosas siguiendo sus consejos. Sin embargo, Herodías espera el momento adecuado, y una fiesta en la corte le dio la oportunidad que estaba buscando. Seducido por una danza, el rey hizo una promesa imprudente, y en lugar de romper su palabra, hizo que mataran a Juan. Se ha dicho con razón: “Es mejor romper una promesa diabólica que cumplirla”.

El rechazo y el asesinato del precursor es una indicación solemne de que, cuando llegue el momento, Herodes participará en el rechazo y la crucifixión de Cristo.

#### 8.4 - Marcos 6:30-44

Después de cumplir su misión, los apóstoles se reúnen «con Jesús». Fueron enviados por el Señor y ahora regresan a él. Qué bendición para los siervos, si –como los discípulos– después de hacer el menor servicio, vuelven al Señor y le cuentan todo lo que han hecho y todo lo que han enseñado. Con demasiada frecuencia nos inclinamos a decir estas cosas a otros, aunque a veces puede estar en su lugar animar a los hijos de Dios al hablarles de la obra del Señor. Sin embargo, hay que observar esta gran diferencia: si convocamos a la asamblea de Dios, como lo hicieron Pablo y Bernabé en Antioquía (*Hec. 14:27*), debe ser para contar todas las cosas que *Dios ha hecho con nosotros, y cómo él abrió la puerta*. Pero cuando, nuestro servicio terminado, nos acercamos a Jesús, es para decirle lo que *hemos hecho y enseñado*. Es bueno que nuestras almas revisen nuestras acciones y palabras en presencia de Aquel que nunca halaga, ante quien es imposible jactarse, y de quien no se puede ocultar nada; es allí donde descubrimos nuestras debilidades y defectos. Desafortunadamente, podemos estar llenos de nosotros mismos y de nuestro servicio; pero en la presencia del Señor, podemos hablar libremente de todo lo que ocupa nuestros pensamientos y pesa en nuestra mente; entonces estamos apaciguados y podemos tener pensamientos sanos sobre nosotros mismos; podemos olvidarnos de nosotros mismos –y de nuestro servicio– para estar ocupados de Él. No se hace ningún comentario sobre el ministerio de los apóstoles, pero vemos la simpatía y el cuidado del Señor por sus siervos. Le habían hablado de su servicio, pero él se ocupa de ellos y del descanso que necesitan. Así que puede decir: «Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco». El descanso eterno está por venir, pero para la tierra hay descansar «un poco».

Se señaló que hay tres razones por las cuales los discípulos fueron llevados aparte a un lugar desierto. Primero, el Señor se había retirado al desierto debido al asesinato

de su testigo, una señal segura de su propio rechazo y crucifixión. Esta señal indicaba que la administración iba a cambiar; así el Señor se separa y se pone fuera de la nación culpable. Esta razón administrativa está clara en el Evangelio según Mateo (14:13). La segunda razón por la cual el Señor toma un lugar de separación está en relación con el servicio de sus discípulos. Naturalmente, esto se pone de relieve en el Evangelio según Marcos. Su servicio los había llevado al mundo y causado tal conmoción que «eran muchos los que iban y venían». En tales circunstancias, es necesario que los siervos sean conducidos aparte de la agitación del mundo para estar con el Señor y descansar un poco. La tercera razón de este incidente se presenta en el Evangelio según Lucas, donde aprendemos que los discípulos son llevados aparte para ser enseñados por el Señor (Lucas 9:10, 18-27).

También hoy necesitamos ser conducidos fuera del mundo para aprender que no somos del mundo, aunque seamos enviados allí para el servicio del Señor. Nuestras bendiciones son celestiales, no terrenales. Como los discípulos, también nosotros necesitamos estar a solas con el Señor para escapar del espíritu del mundo, con toda su actividad bulliciosa, especialmente cuando un pequeño testimonio dado a Cristo ha tenido momentáneamente un impacto en el mundo. Y también necesitamos estar en la intimidad de la presencia del Señor para aprender cuál es su pensamiento.

A la palabra del Señor, los discípulos se fueron a un lugar desierto, aparte. Pero «muchos los vieron irse», y, en su prisa por estar cerca de Cristo, y «de todas las ciudades concurrieron allá a pie». Por lo tanto, parecía que los discípulos iban a ser privados de su descanso. Pero el Señor, en su tierno cuidado por los suyos y en su compasión por las multitudes, salió de su retiro y se encontró con los que lo buscaban. Podía haber descanso para sus discípulos; no había descanso para él. Sus compasiones no se lo dejaban. Así que leemos: «Comenzó a enseñarles muchas cosas».

Como la hora estaba muy avanzada, los discípulos salieron de su retiro y dijeron al Señor: «Despídelos». Parece que consideran a las multitudes como inoportunos que han venido a perturbar su descanso, y les gustaría deshacerse de ellas. Pero el Señor no va a enviarlos de vuelta hambrientos. ¿No está escrito: «A sus pobres saciaré de pan»? (Sal. 132:15). Ninguna falta por parte de Israel puede interponerse en el camino de bondad y compasión del corazón de Jehová. Les enseñará muchas cosas para la bendición de sus almas, y les proveerá pan y pescado para las necesidades de sus cuerpos. Él es el mismo hoy; a pesar de todas nuestras debilidades y muchos defectos, cuida de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Y, además, en la realización de esta obra de amor, emplea a otros. Así dijo a los discípulos: «Dadles

vosotros de comer». Pero, como sucede a menudo también en nuestro caso, su fe no es capaz de usar Su poder. Sus pensamientos no van más allá de su estimación de la necesidad y olvidan los inmensos recursos que hay en Cristo. Después de manifestar la insuficiencia absoluta de sus propios recursos, el Señor pone lo poco que tienen –los cinco panes y los dos peces– en contacto con la abundancia del cielo. Había allí cinco mil hombres; «comieron todos, y se saciaron».

### **8.5 - Marcos 6:45, 46**

Los eventos reportados en los siguientes versículos una vez más ponen ante nosotros el gran hecho de que el Señor iba a dejar a sus discípulos en un mundo que lo había rechazado. Acababa de alimentar a la multitud, siendo movido de compasión hacia ellos, porque eran como ovejas sin pastor. No solo no tenían a nadie que los condujera a verdes pastos y cuidara de sus almas, sino que cuando el Buen Pastor vino en medio de ellos, no tenían ojos para discernir su gloria, ni corazón para recibirlo. Así que el Señor, después de despedir a la multitud, «se retiró a la montaña para orar». En figura, el pueblo es despedido, mientras que Jesús toma un nuevo lugar, en lo alto, para interceder por los suyos, estos siendo dejados para que den un testimonio de él en un mundo que lo ha rechazado.

### **8.6 - Marcos 6:47-52**

Los discípulos experimentan que no solo están privados de la presencia física del Señor, sino que se enfrentan a las tormentas de la vida y deben luchar remando. Todo en este mundo está en contra de los hijos de Dios. Pero si el mundo está contra nosotros y el diablo se nos opone, el Señor intercede por nosotros desde el cielo. Sin embargo, si el Señor está ausente, no es indiferente a las tormentas y dificultades que los suyos tienen que enfrentar. «Cuando los vio cansados de remar», viene a ellos. Pero viene de una manera que muestra su superioridad sobre todas las circunstancias en las que se encuentran: viene «andando sobre el mar». El despliegue de un poder que excede las posibilidades del hombre llena de temor a los discípulos. «Todos le vieron, y se turbaron». Pero Aquel cuyo poder está por encima de todas las tormentas que los hombres o el diablo pueden levantar, es también Aquel que está por nosotros. Había orado por ellos en la montaña, los había visto atormentándose y ahora viene a ellos. Pero pone a prueba su fe, como lo hace a menudo hoy con la de los creyentes. Leemos: «Hizo como que iba a pasarlos». Su poder, su

intercesión, su cuidado amoroso están a su disposición, pero ¿tienen fe para hacer uso de la plenitud que hay en él? En su confusión, gritaron, «al instante él habló con ellos, y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy; no tengáis miedo!» Él viene a ellos en la gloria de su poder, por encima de toda tormenta, pero les asegura que es Él mismo: –Jesús, su Salvador, su Pastor, su Amigo. Aquel a quien los hombres habían rechazado como solo un carpintero no hace mucho tiempo, ahora se manifiesta como el Creador que puede caminar sobre el mar, y a quien obedecen los vientos y las olas.

Como nos sucede con demasiada frecuencia, los discípulos «no habían entendido lo de los panes», la grandeza de su poder y de su gracia, que acababa de manifestarse en una ocasión anterior. Estaban ocupados con ellos mismos y de sus dificultades; sus corazones estaban endurecidos y no podían usar sus recursos en Cristo.

### **8.7 - Marcos 6:53-56**

El capítulo termina con un anticipo de la bendición de un día futuro. Cuando Cristo regrese, traerá bendición a la tierra, a través de un remanente piadoso de entre los judíos. Entonces, en verdad, los tormentos de los fieles habrán terminado, la oposición desaparecerá, las tormentas cesarán, y Cristo será recibido donde una vez fue rechazado.

## **9 - El hombre desnudo y Dios revelado (cap. 7)**

En el capítulo 6, vimos la denuncia y la condena del mundo social y político. En este capítulo, tenemos la condenación de la religión de apariencia que conviene a la carne (v. 1-13); la exposición del corazón humano (v. 14-23); y la revelación del corazón de Dios (v. 24-37).

### **9.1 - Marcos 7:1-5**

Al principio de este capítulo, vemos a los líderes religiosos de la nación viniendo a Jesús. No vienen en el sentimiento de sus necesidades o de Su gracia, sino ¡ay! para oponerse a Cristo, acusando a sus discípulos porque comieron pan con las manos sucias. La religión de estos hombres consistía en respetar la tradición de sus antepasados, sometiéndose a formas y ceremonias externas que están al alcance de

cada cual, y que dan una buena reputación ante los hombres, dejando el corazón lejos de Dios.

## 9.2 - Marcos 7:6-13

En su respuesta a estos hombres, el Señor pone de relieve el vacío de su religión, que consiste solo en simples formas externas. En primer lugar, hace de los hombres puros *hipócritas*, como atestigua la Escritura. En efecto, Isaías dijo de ellos: «Este pueblo con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí». La hipocresía es la pretensión de ser lo que no se es. Por sus actos religiosos, mostraban gran piedad ante los hombres, y por sus palabras, pretendían honrar a Dios; pero en realidad sus corazones estaban lejos de él (Is. 29:13; Ez. 33:31).

En segundo lugar, el Señor muestra que tal religión es *vana*. Puede valer a los que la practican una reputación de piedad ante los hombres, pero no tiene valor a los ojos de Dios.

Tercero, deja de lado las enseñanzas directas de la *palabra de Dios* en beneficio de las tradiciones humanas. El Señor da un ejemplo de este gran mal. La Palabra de Dios manda claramente a los hijos a honrar a sus padres; pero los judíos tenían una tradición según la cual podían declarar que sus posesiones eran apartadas para Dios diciendo: «Es corbán», es decir, un don reservado para Dios. Y estos bienes, por lo tanto, no podían ser utilizados para ayudar a un padre necesitado. Así, por su tradición, anulaban la palabra de Dios, evadían su responsabilidad hacia sus padres necesitados y satisfacían sus propias concupiscencias.

Este pasaje es aún más solemne si recordamos que estos fariseos y escribas de Jerusalén eran los líderes religiosos del remanente que había subido de Babilonia. Ciertamente en Israel, en los tiempos del Señor, había un pequeño residuo dentro de este remanente, que temía a Jehová, pensaba en su nombre y esperaba la liberación, pero ¡ay! la masa del pueblo había caído en la terrible condición representada por sus líderes. Ya no eran idólatras. Externamente, eran muy piadosos ante los hombres y, con sus labios, decían hermosas palabras ante Dios, pero aprendemos que todo esto es posible, aunque el corazón esté lejos de Dios y que su palabra sea reemplazada por las tradiciones de los hombres.

### 9.3 - Marcos 7:14-16

Después de haber expuesto la hipocresía de la religión externa, que es la de la carne, el Señor, dirigiéndose a «la multitud», muestra que la fuente de la contaminación no está fuera del hombre, sino dentro de él. El lavado de manos, de las tazas y de las vasijas, solo trata de la contaminación externa, pero la contaminación moral tiene su fuente en la maldad interna del corazón. Esto condena radicalmente cualquier religión mundana y carnal, religión que solo se adhiere a lo externo y deja al corazón insensible. Dios trabaja desde dentro, y cuida de la conciencia y del corazón. La verdadera fuente de contaminación no es el medio ambiente del hombre, sino él mismo. Es verdad que, siendo el hombre lo que es –una criatura caída– sus concupiscencias se despiertan en él por lo que le rodea, si se pone en medio del mal y de las tentaciones. Un ángel de Dios podía cruzar Sodoma sin ser contaminado, pero no Lot. El ángel no tenía un corazón malvado que respondiera al pecado; Lot tenía uno.

### 9.4 - Marcos 7:17-23

Solo con sus discípulos, el Señor desarrolla este tema e interpreta la ilustración que ha dado. El mal moral, cualquiera que sea su forma, tiene su raíz en el corazón, ya sean *malos pensamientos*, *malos actos*, –adulterio, asesinato, robo o fraude–, *malas miradas o malas palabras* –insultos, orgullo y locura. «Lo que del hombre procede, eso contamina al hombre».

### 9.5 - Marcos 7:24-30

La maldad del corazón del hombre habiendo sido expuesta, ahora, en la historia de la mujer sirofenicia, tenemos una preciosa revelación del corazón de Dios –un corazón lleno de amor, que mantiene la verdad al mismo tiempo que imparte gracia a los pecadores. Cruzando este mundo que lo había rechazado, el Señor habría querido pasar desapercibido, manifestando así el espíritu de humildad que lo llevó a anonadarse a sí mismo. Pero su perfección era tal, el contraste con todo lo que le rodeaba era tan grande, que no podía permanecer oculto. Alguien dijo: “La bondad combinada con el poder es demasiado rara en este mundo para pasar desapercibida” (J.N.D.).

La mujer era griega, es decir, gentil, pero su profunda necesidad la llevó al Señor. Ella tenía fe en el poder de Jesús, y en su gracia para usar su poder a favor de uno de los gentiles, aunque su posición fuera la de un perro. El Señor la lleva a expresar su fe diciéndole: «Deja que se sacien primero los hijos; porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros». Era una gran prueba para su fe. Ella podría haber dicho: “Por lo tanto, solo soy un perro y no tengo derecho que hacer valer ante el Señor; la bendición es solo para los niños”. Su fe triunfa sobre esta dificultad aceptando la verdad sobre sí misma, y echándose sobre la gracia que está en el corazón del Señor. Ella puede decir, en cierto modo: “Sí, en lo que a mí respecta, es cierto, no puedo reclamar la posición de un niño. Solo soy un perro. Pero pongo toda mi confianza en quién eres, no en quién soy yo. Hay tal gracia en tu corazón que no le niegas migas a un perro.” Esta es siempre la forma en que actúa la fe: reconocer la miseria, la bajeza, la indignidad de nuestro corazón, y confiar en la gracia perfecta del Suyo. La fe se apodera de Cristo y descansa en quién es y en lo que ha hecho.

El Señor no quería ni podía rechazar tal fe. No podía decir: “No soy tan bueno como tú crees” o “mi gracia no es tan grande como tú imaginas”. Bendito sea su nombre, su gracia supera con creces nuestra fe, y le gusta responder a ella, por muy débil que sea. Así es como la fe en Cristo se asegura la bendición. Jesús puede decir a la mujer: «A causa de esta respuesta, vete; el demonio ha salido de tu hija».

## 9.6 - Marcos 7:31-37

En esta última escena, el Señor está de nuevo en Galilea, entre el pueblo de Israel. Le trajeron un sordo que apenas hablaba. Este hombre representa exactamente la condición a la cual el pecado había reducido a la nación. Cristo está en medio de ellos en su gracia y poder, listo para satisfacer sus necesidades; pero el pecado los ha cegado hasta tal punto que la nación, en su conjunto, no puede disfrutar del poder sanador que hay en él.

Sin embargo, su pecado no puede cambiar su corazón de amor; por lo tanto, no enviará de vuelta al que viene a él en su miseria. Si no ha enviado a una mujer de entre los gentiles, tampoco rechazará una petición de un pobre judío. Pero, en ambos casos, al dispensar la gracia, se preocupa de mantener la verdad. Así que leemos que lo aparta «de la multitud». No es indiferente el hecho de que lo hayan rechazado. Si trabaja entre ellos, es por su miseria y no porque sean judíos. El pecado ha puesto al judío y al gentil en el mismo nivel, y la gracia puede bendecir al uno y al otro

debido a su miseria.

Al manifestar su gracia, el Señor mira al cielo y suspira. Él siempre actuó en dependencia del Padre y de acuerdo con el pensamiento del cielo. Si su corazón fue quebrantado por los dolores de la tierra, estaba sostenido por el cielo. A nosotros también nos puede suceder que suspiremos cuando los dolores de la tierra abrumen nuestros espíritus; pero con demasiada frecuencia, suspiramos *sin mirar al cielo*, y entonces estamos desanimados y deprimidos. Cuando miramos a nuestro alrededor, tenemos razones para suspirar; pero cuando miramos hacia arriba, nos fortalecemos. Después de sanar al hombre, Jesús les ordena que no se lo digan a nadie. Estaba allí como el Siervo perfecto, así que no quería usar su gran poder y gracia para exaltarse a sí mismo. El pensamiento que había en él era anonadarse a sí mismo. Pero no se podía ocultar. Todos se sorprendieron y dijeron: «Bien lo ha hecho todo; lo hace bien; a los sordos hace oír y a los mudos hablar».

## 10 - Cristo fuera (cap. 8)

En los capítulos 6 y 7, vimos que la presencia del Señor Jesús entre los hombres había puesto de relieve la corrupción y la incredulidad del mundo social, político y religioso. Todos los testimonios de su gracia siendo rechazados, el Señor abandona los lugares frecuentados, y lo encontramos en «un lugar desierto», solo en una «montaña» y «andando sobre el mar» (6:31, 46, 48).

En el capítulo 8, el Señor se asocia los suyos en esta posición aparte y los exhorta a seguirlo (v. 1, 10, 27, 34). También descubrimos la plenitud de los recursos que están en Cristo para aquellos que lo siguen en el camino de la separación. Sus necesidades son satisfechas (v. 1-9); los oponentes son silenciados (v. 10-13); el discernimiento espiritual es dado para ver todas las cosas claramente (v. 14-26). Además, se nos advierte que seguir a Cristo a través de un mundo que lo ha rechazado traerá sufrimiento, estigma y pérdida en el tiempo presente; pero también nos anima la perspectiva de la gloria del reino al que conduce este camino de sufrimiento. Si sufrimos con él, también reinaremos con él.

## 10.1 - Marcos 8:1-9

La primera multiplicación de los panes, en la que el Señor había alimentado a cinco mil hombres, tenía un alcance claramente administrativo, pues era un testimonio solemne de que Aquel a quien la nación rechazaba era verdaderamente su Mesías. Y es inmediatamente después que el Señor se retira a una montaña, como intercesor, mientras que sus discípulos tienen que enfrentarse a la oposición del mundo. Es ciertamente una imagen del servicio presente de Cristo en el cielo a favor de los suyos.

El segundo milagro de la multiplicación de los panes tiene más bien un significado moral, en el sentido de que presenta no solo los recursos que hay en el Señor para satisfacer las necesidades de los suyos, sino también la compasión de su corazón hacia aquellos por los que interviene. Los discípulos no vienen al Señor, como en el primer milagro, para llamar su atención sobre las necesidades de la multitud. Aquí, todo viene del Señor. Él ve las necesidades; llama a los discípulos a sí mismo; expresa su compasión ante ellos; da descanso a la multitud haciendo que se sienten; toma lo que está disponible y, dando gracias por ello, lo distribuye a la multitud a través de los discípulos; así satisface su hambre.

Recordemos que hoy es el mismo. Él conoce nuestras necesidades; su corazón está ahí para amar y su mano para alimentar y cuidar a los suyos (Efe. 5:23, 25, 29). Con demasiada frecuencia, al igual que los discípulos, somos conscientes de las necesidades y de la absoluta insuficiencia de nuestros recursos para satisfacerlas. Pero si, como el Señor, ponemos lo poco que tenemos en contacto con el cielo y damos gracias por ello, no experimentaremos que Dios puede multiplicarlo, y no solo saciar nuestra hambre, sino también dejarnos algo más.

## 10.2 - Marcos 8:10-13

En una ocasión anterior, cuando los discípulos se habían subido a una barca, el Señor había subido a una montaña para interceder por ellos (6:45-47). En esta segunda ocasión, el Señor va «con sus discípulos», mostrándonos que no solo está en el cielo *por* nosotros, sino que también está *con* nosotros para sostenernos en las tormentas de la vida y cuando tenemos que enfrentarnos a la oposición del enemigo. Esta oposición está siempre dirigida contra Cristo, así que leemos que cuando llegó a tierra, los fariseos «comenzaron a discutir con él». Ya había dado muchas señales; pedir una adicional solo traicionaba la enemistad y la incredulidad de la carne. Sin embar-

go, la maldad del hombre proporciona una oportunidad para revelar la perfección del corazón de Cristo. Su oposición maliciosa no provoca ira o resentimiento en el Señor, mientras que con demasiada frecuencia reaccionamos de esta manera a la más mínima oposición. En el Señor, suscita sentimientos de dolor y de piedad; en efecto, leemos que suspiró profundamente en su espíritu. Les hace una pregunta que les sondea: «¿Por qué pide esta generación una señal?» Las señales son inútiles y las pruebas son inútiles para aquellos que, impulsados por la maldad, se niegan a creer. Los fariseos sellan así su propio juicio, pues leemos que el Señor, «dejándolos... pasó a la otra orilla». Que los hombres abandonen al Señor es ciertamente una cosa solemne, pero aún más terrible es la condición de aquellos a quienes el Señor deja.

### 10.3 - Marcos 8:14-21

Aprendemos que, cuando los discípulos subieron por segunda vez en la barca, se olvidaron de tomar el pan y, lo que es más grave, olvidaron la gracia y el poder con que el Señor había respondido a las necesidades de la multitud hambrienta. Preocupados por sus necesidades materiales, no entienden la advertencia del Señor sobre la levadura de los fariseos y la levadura de Herodes. Aunque asociados con Cristo en un camino de separación del mundo corrupto, estaban en peligro, como lo están hoy los creyentes, de ser contaminados por el espíritu oportunista del mundo político que caracterizaba a los herodianos, o por la forma de piedad sin su poder, que caracterizaba a los fariseos.

Como nos sucede tan a menudo, los discípulos razonan sobre las palabras del Señor; por lo tanto, pierden su significado espiritual simplemente tomándolas de una manera material y tratando de reducirlas al nivel de la comprensión humana. El Señor les reprocha su falta de percepción espiritual y la poca memoria de su gracia y poder. Les hace algunas preguntas penetrantes que podemos dirigirnos a nosotros mismos: «¿Por qué razonáis?» «¿No sabéis aún ni entendéis?» «¿Tenéis vuestro corazón endurecido?» «¿Y no os acordáis?»

En vez de aceptar los hechos y recibir la verdad, a veces razonamos, y entonces nuestro razonamiento natural oscurece nuestro entendimiento espiritual. Detrás de la ceguera de la naturaleza se esconde con demasiada frecuencia la dureza de corazón que proviene del hecho de que olvidamos tan rápidamente la gracia y el amor de su corazón: no «recordamos». Estas preguntas penetrantes hablan a la conciencia de todos los creyentes, porque no estaban dirigidas a los oponentes, sino

a los verdaderos discípulos.

### 10.4 - Marcos 8:22-26

El relato de la curación del ciego establece claramente la diferencia entre la nación y los discípulos. La nación como tal estaba en una ceguera total. Los discípulos, aunque creían verdaderamente en el Señor, carecían de inteligencia espiritual en ese momento. Solo veían indistintamente su gloria divina. Lo reconocían y lo confesaban como el verdadero Mesías, pero sus prejuicios judíos y su manera de pensar les impedían discernir plenamente sus otras glorias del Hijo de hombre y de Hijo de Dios. Para que esto sucediera, tenían que estar completamente separados de la nación; este es el significado del acto del Señor, llevando al ciego fuera de la aldea, como previamente había llevado al sordo que hablaba con dificultad.

Tan pronto como el Señor lo toca, el hombre recupera la vista, pero no recibe inmediatamente su pleno uso. Él dijo: «Veo los hombres como árboles, pero los veo caminar». Espiritualmente, los discípulos estaban en la misma condición. Su alta idea que tenían de la grandeza e importancia del hombre les impedía discernir la gloria del Señor. Necesitamos no solo la gracia que da la vista, sino también una gracia adicional que nos permita usar esta vista para ver «todo con claridad» –para ver a los hombres como realmente son, para vernos a nosotros mismos en toda nuestra debilidad y, sobre todo, para ver a Jesús en toda su perfección.

El Señor envía al hombre de vuelta a su casa. No debía volver a la aldea, y no contarle a nadie lo que le había pasado. El tiempo de dar testimonio a la nación en su conjunto había pasado.

### 10.5 - Marcos 8:27-33

La conversación del Señor con sus discípulos, que luego encontramos, muestra no solo la incredulidad del hombre natural, sino también lo poco que los discípulos discernían su verdadera misión y su gloria. La gran pregunta de prueba, ahora como entonces, es: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?». Toda la gloria de Dios y toda la bendición del hombre dependen enteramente de la persona de Cristo. Es evidente entonces que la inteligencia humana por sí sola nunca alcanzará la verdad. Entre los hombres de aquella época, había muchos estudiosos con gran capacidad intelectual; sin embargo, todas sus reflexiones sobre Cristo llevaban a la especulación y a la

incertidumbre. Algunos decían que era Juan el Bautista; otros, Elías; otros, en fin, que era uno de los profetas. Ninguno de ellos pudo encontrar la verdad. En contraste, vemos en Pedro la fe sencilla que opera en un hombre que, comparado con los intelectuales de este mundo, es ignorante y analfabeto. La fe no especula ni razona, sino que alcanza la verdad con la mayor certeza, porque la fe es un don de Dios. Pedro puede decir: «¡Tú eres el Cristo!».

El Señor les prohíbe expresamente que digan esto de él a cualquiera. Había sido rechazado por la nación, así que su posición como Mesías fue puesta de lado por el momento, y toma el título más amplio de Hijo del hombre. Este título implica mayores glorias que la dominación terrenal en relación con Israel, porque, como Hijo del hombre, tendrá la dominación universal sobre todas las cosas creadas. Pero antes de que pueda tomar su lugar como Hijo del hombre teniendo todas las cosas sometidas bajo sus pies, y ejercer su gracia hacia todos los hombres, debe entrar en la muerte, cumplir la redención, y quebrar el poder de Satanás, de la muerte y de la tumba. Pensando en la cruz que estaba ante él, comenzó a enseñar a sus discípulos que el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser rechazado y darle muerte, y que resucite después de tres días. Había llegado el momento de hablar abiertamente a los discípulos sobre esta gran verdad, y ya no en parábolas.

Inmediatamente aparece que los discípulos, a pesar de la realidad de su fe en Cristo, no discernieron plenamente la gloria del Señor como Hijo del hombre, así como el ciego que había recuperado parcialmente la vista. Pedro no podía soportar el pensamiento de que su Maestro y Señor fuera despreciado y rechazado por los hombres; por eso reprendió al Señor. Conociendo el efecto que las palabras de Pedro tendrían en los discípulos, el Señor, mirándolos, «reprendió a Pedro, diciendo: ¡Apártate de mi vista, Satanás! Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Qué solemne es que los verdaderos creyentes puedan, con la mayor sinceridad, hacer declaraciones que vienen de Satanás. Pedro probablemente pensaba que estaba expresando solo un sentimiento de afecto hacia su Maestro; de hecho, estaba haciendo la obra de Satanás al tratar de apartar al Señor del camino de la obediencia a la voluntad de su Padre, y poniendo un tropiezo en el camino de los discípulos. Miraba las cosas desde un punto de vista puramente humano. En ese momento, estaba viendo a los hombres como árboles que caminan.

## 10.6 - Marcos 8:34-38

Habiendo llamado a la multitud con sus discípulos, el Señor apartó sus pensamientos de las «cosas... de los hombres» y les enseña el pensamiento de Dios. Si querían seguirlo en el nuevo mundo de bendición y de gloria que él inauguraba como Hijo del hombre, tenían que estar preparados para compartir su posición de sufrimiento y rechazo en este mundo. No se trata aquí de sus sufrimientos expiatorios, que soportó cuando fue abandonado por Dios, sino de la contradicción de los pecadores contra sí mismo y de los sufrimientos por parte de los hombres; en su pequeña medida, los creyentes participan de este sufrimiento, que puede llegar hasta el martirio. Seguir a Cristo en un mundo que lo ha rechazado implica renunciar a sí mismo, perder la propia vida y ser rechazado por el mundo. Pero cualquier cosa que este camino pueda implicar en este mundo, lleva al día glorioso en que el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con los santos ángeles.

Al contemplar al Señor como es presentado en este capítulo, lo vemos tomar un lugar aparte con los suyos. Vemos que tiene un conocimiento perfecto de nuestras necesidades, un corazón que simpatiza con nosotros en estas necesidades y una mano que las provee. Además, seguir a Cristo significará para nosotros, no solo caminar por donde él caminó, es decir, en separación, sino caminar *como* él caminó. En nuestra pequeña medida, nuestros corazones se conmoverán de compasión por las necesidades de los demás; daremos gracias por las bendiciones de Dios, y encontraremos la oposición de aquellos que se disputarán con nosotros, sin un espíritu de resentimiento, pero con corazones tristes. Renunciaremos también a nosotros mismos, aceptaremos un camino de oprobio, y rechazaremos lo que nos ofrece la vida en la tierra y este siglo malo, mientras fijamos nuestros ojos en la gloria del mundo venidero; como Aquel que, «por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, despreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra de Dios» (Hebr. 12:2-3).

## 11 - El poder del mundo venidero (cap. 9)

Al ser testigos de la gracia, del amor y del poder del Señor Jesús que aliviaba a los hombres de sus miserias, los discípulos realmente veían algo de la bienaventuranza del Reino de Dios. Pero lo veían en circunstancias de debilidad, pues el Rey estaba entre ellos como un hombre pobre, despreciado y rechazado, que no tenía donde reclinar la cabeza. Para sostener su fe y la nuestra, mientras seguimos a un Cristo

rechazado en su humilde camino de sufrimiento y de oprobio, el Señor hace pasar trae ante nosotros una visión de la gloria venidera. Nos muestra así que este camino de aparente debilidad lleva al «reino de Dios venido con *poder*».

### 11.1 - Marcos 9:2, 3

Para que tengan esta visión gloriosa, el Señor lleva a Pedro, Santiago y Juan «a un monte alto». Si, como creyentes, debemos saber cómo mirar más allá de la larga noche presente y saludar el glorioso día venidero, nosotros también necesitamos ser elevados en espíritu por encima de la agitación de este pobre mundo, para encontrarnos a solas con Jesús. En esos momentos, como fue el caso de los discípulos, nuestra alma estará ocupada, sobre todo, con la gloria de su Persona. Así, en esta visión, los discípulos son ante todo y sobretodo cautivos de la gloria del Señor: «Se transfiguró ante ellos». Años más tarde, hablando de esta maravillosa escena, Pedro puede escribir: «No os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo» (2 Pe. 1:16). No solo hablan de su venida, sino del «poder» de su venida. Vieron una muestra del inmenso poder que, cuando venga, en un abrir y cerrar de ojos, nos transformará a su semejanza. En un instante se «transfiguró», y las ropas de su humillación se volvieron «resplandecientes, y muy blancas».

### 11.2 - Marcos 9:4

También aprendemos que, en su reino de gloria y de poder, el Señor tendrá con él no solo a los santos de la época actual, representados por los tres apóstoles, sino también a todos los creyentes que vivieron antes de que él viniera a la tierra. Estos son mencionados en la visión por Moisés y Elías, los dos testigos principales de Dios en los tiempos de la ley y de los profetas.

### 11.3 - Marcos 9:5-8

Estos dos testigos serán asociados con Cristo en su gloria terrenal; pero por eminentes que hayan sido en su tiempo, deben apartarse ante Cristo. Se afirma su gloria personal: ¡Él es el que está por encima de todo! La nación lo había cubierto de deshonor y de vergüenza. Los discípulos, sinceros pero ignorantes, apenas le dieron más honor y gloria de lo que habrían dado a Moisés y a Elías; de hecho, Pedro estaba

dispuesto a poner al Señor al mismo nivel que estos eminentes siervos. Más tarde, después de la venida del Espíritu Santo, discernió el verdadero significado de esta maravillosa escena: dijo que el Señor Jesús «recibió de parte de Dios Padre honra y gloria, cuando una voz vino a él desde la magnífica gloria: Este es mi amado Hijo, en quien me complazco» (2 Pe. 1:17). El honor que recibió del Padre, y del cielo –la gloria magnífica– contrasta con lo que recibió de los hombres, del mundo e incluso de sus discípulos. Hoy, los creyentes ¿no corren a veces el peligro de caer en la misma trampa y olvidar que, por muy notable que sea la consagración y la espiritualidad de algunos siervos, el Señor está infinitamente por encima de ellos? Ellos cambian y desaparecen; pero solo del Señor se puede decir: «Tú permaneces», y «Tú eres el mismo» (Hebr. 1:11-12). Así, pues, los discípulos, después de oír la voz del cielo: «Este es mi amado Hijo, escuchadle», «no vieron a nadie, excepto a Jesús». Además, vieron que estaba «con ellos». Acababan de ver a dos hombres «con Jesús» en gloria; ahora ven a Jesús «con ellos», en camino a la gloria. Que nosotros, por nuestro propio bien, podamos discernir la gloria de la persona de Jesús –aquel «con quien» estaremos en gloria, y que está «con nosotros» a medida que avanzamos hacia la gloria.

### 11.4 - Marcos 9:9, 10

Para que esto suceda, el Señor debe morir y resucitar de entre los muertos. Por eso, un apóstol puede escribir más tarde: «Murió por nosotros, para que, ya sea que estemos despiertos, o que estemos dormidos, vivamos juntos con él» (1 Tes. 5:10). En ese momento, esta gran verdad planteó una dificultad en la mente de los discípulos. Creían en una resurrección general en el último día (Juan 11:24); pero no podían concebir que alguien pudiera levantarse de entre los muertos, mientras que otros permanecerían en sus tumbas, esperando una resurrección posterior. Sin embargo, esta es la verdad fundamental del cristianismo. La resurrección de Cristo de *entre* los muertos es la prueba eterna de que Dios ha aceptado su obra, de que los creyentes han sido hechos agradables en Él y de que participarán en la primera resurrección, la de los justos. Así leemos: «Cada uno en su propio orden: las primicias, Cristo; después los que son de Cristo, a su venida» (1 Cor. 15:23).

Desgraciadamente, como hacemos con demasiada frecuencia cuando nos encontramos con dificultades, los discípulos «retuvieron» la cosa para sí mismos, «razonando entre ellos qué sería lo de resucitar de los muertos», en lugar de exponer su problema al Señor.

### 11.5 - Marcos 9:11-13

Pero los discípulos tenían otra dificultad, y esta vez la pusieron ante el Señor. Los escribas decían que Elías tenía que venir primero, y aparentemente Elías no había venido antes del Señor. El obstáculo venía del hecho de que ellos aceptaban las Escrituras que hablaban de la venida de Cristo en gloria, pero descuidaban aquellas concernientes a Su venida para sufrir como el Hijo del hombre. La profecía de Malaquías decía que Elías precedería la venida de Cristo en gloria. Esta profecía ciertamente se cumplirá. Sin embargo, moralmente, ya había venido en la persona del Precursor, Juan el Bautista; este había venido en el espíritu de Elías llamando al pueblo al arrepentimiento (véase [Mat. 11:14](#)).

### 11.6 - Marcos 9:14-19

En el capítulo anterior, los fariseos habían comenzado a «discutir con» Cristo (8:11). Cuando el Señor bajó del monte, encontró a los escribas «que discutían» con sus discípulos. Más tarde, el Señor nos recordará que «el siervo no es mayor que su señor», y añadirá: «Si a mí me han perseguido a mí, también os perseguirán» ([Juan 15:20](#)). Si los hombres se atreven a «discutir» con Cristo, no es de extrañar que sean hostiles a los creyentes. En el Señor, esta oposición no hacía más que poner de relieve su perfección; pero en nosotros, con demasiada frecuencia, revela nuestra debilidad. Así, en esta escena, después de haber podido contemplar la gloria del Señor en el monte, encontramos, al pie del monte, la miseria del hombre, el poder de Satanás y la debilidad de los discípulos.

Cuando el Señor envió a los doce, «les dio autoridad sobre los espíritus inmundos», y por un tiempo hicieron uso de este poder, pues leemos que expulsaban «a muchos demonios» (6:7, 13). Pero aquí, su fe es escasa. No pueden expulsar al espíritu mudo. El poder para obrar milagros y triunfar sobre todo el poder de Satanás estaba allí, pero el hombre no podía beneficiarse de ello y los discípulos no tenían la fe para invocarlo.

Ante este fracaso, el Señor debe decir: «Oh, generación incrédula, ¿hasta cuándo estaré con vosotros?» –palabras que indican la gravedad solemne del fracaso de los discípulos. Esto significaba que el testimonio de Dios a través de ellos estaba arruinado, y por lo tanto la dispensación terminaría. «¿Hasta cuánto estaré con vosotros?» indica que el tiempo del Señor en la tierra era limitado. No era una generación inmersa en la miseria y oprimida por el poder del diablo la que expulsaría al

Señor; por el contrario, era la profunda miseria del hombre bajo el poder de Satanás la que lo trajo al mundo. «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Tim. 1:15). Es una «generación incrédula», y no una generación en la pobreza, la que termina su misión de gracia y de poder en la tierra. Cuando ya no hay energía para hacer uso de los recursos que están en Cristo, su servicio en la tierra ha terminado.

¿No les habla eso a los cristianos? Porque también en nuestro tiempo, ¿no es el fracaso del pueblo de Dios, antes que la creciente maldad del mundo, lo que pondrá fin al día de la gracia? Lo que profesa ser un testimonio público de Cristo en la tierra se vuelve, en su última fase, tan odioso para Él que debe decir: «Voy a vomitarte de mi boca» (Apoc. 3:16).

Sin embargo, la bondad del Señor no se agota por la oposición de los hombres o por las faltas de los suyos. Hablando del niño poseído por un demonio, el Señor puede añadir estas palabras reconfortantes: «Traédmelo». Alguien dijo: “La fe, por pequeña que sea, nunca es dejada sin respuesta por el Señor. ¡Qué consuelo! Cualquiera que sea la incredulidad, no solo del mundo, sino de los cristianos, si hay una sola persona con fe en la bondad y el poder del Señor Jesús, no puede venir a él con una verdadera necesidad y una fe simple, sin encontrar su corazón listo para recibirlo, y su poder suficiente para ayudarlo”. Así como en la tierra, ante las faltas de sus propios discípulos, podía decir: «Traédmelo», en los últimos tiempos, cuando el Señor está a punto de vomitar de su boca la iglesia profesa, puede decir: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apoc. 3:20). Tan oscuro como sea el día, tan grande como sea nuestra ruina, Cristo es el mismo, y Cristo permanece. Siempre está a la puerta, dispuesto a bendecir a todo aquel que oye su voz y le abre. ¡Que podamos estar atentos a su llamada!

## 11.7 - Marcos 9:20-27

En respuesta a las palabras del Señor, ellos le «trajeron» el muchacho. Pero, como nos sucede con demasiada frecuencia, vienen con muy poca fe en el poder del Señor. En efecto, el pobre padre dijo: «Si puedes hacer algo, ¡ten compasión de nosotros y ayúdanos!» El Señor le respondió: «Lo de si puedes, todo es posible al que cree». Alguien comentó con razón sobre estas palabras: “El poder está relacionado con la fe; la dificultad no está en el poder de Cristo, sino en la fe del hombre; todo es posible para el que cree. Este es un principio importante. La fuerza de Cristo nunca

falta para realizar todo lo que es bueno para el hombre; pero, ¡ay! la fe puede faltar en nosotros para aprovecharla” (J.N.D.).

### **11.8 - Marcos 9:28, 29**

Cuando el Señor está en casa, a solas con sus discípulos, les enseña esta verdad tan importante que la fe que le hace intervenir en todas las dificultades solo puede ser sostenida por una íntima comunión con Dios, representada por la oración, y por la abstinencia de las cosas de este mundo, representada por el ayuno. Para nosotros, como para los discípulos, detrás de nuestra falta de fe para hacer uso del poder del Señor se esconde una falta de comunión con él en la oración.

### **11.9 - Marcos 9:30-32**

La gloria del Reino había sido revelada; el poder y la gracia del Señor para introducir sus bendiciones habían sido manifestados. Pero esto solo hizo resaltar la incredulidad del mundo, y la incapacidad de los discípulos para disfrutar del poder que había en medio de ellos. La salida de Jesús estaba cerca y el momento de hablar públicamente a la nación en su conjunto había pasado. Ciertamente, responderá en gracia a necesidades individuales, pero aún no había llegado el momento de reinar; además, cruzando el país, «no quería que nadie lo supiera». El pecado del hombre estaba a punto de alcanzar su punto más alto con la muerte del Hijo del hombre. Pero esto iba a proveer una oportunidad de manifestar, a través de la resurrección de entre los muertos, todo el poder de Cristo sobre el pecado, sobre Satanás y sobre la muerte. Las palabras del Señor subrayan una vez más la debilidad de los discípulos. No solo les faltaba inteligencia espiritual para comprender la verdad de la resurrección, sino que «no se atrevían a preguntarle». En el caso del niño poseído por un espíritu maligno, su fe era demasiado débil para utilizar el *poder* de Cristo; ahora su confianza es demasiado pequeña para apelar a la *sabiduría* que está en Él. A menudo, por desgracia, como los discípulos, cuando surgen dificultades, buscamos una solución discutiendo entre nosotros (v. 10), en vez de volvernos a Cristo, nuestra Cabeza, en quien está toda sabiduría.

### 11.10 - Marcos 9:33, 34

Solo en la casa con los suyos, el Señor, con una simple pregunta, toca la conciencia de sus discípulos y revela una de las causas fundamentales de su debilidad. En el camino, habían discutido entre ellos, y el tema de su discusión había sido «quién el mayor entre ellos». ¡Ay! Cuántas veces desde ese día, el deseo de ser el más grande ha sido la raíz de las disputas entre los hijos de Dios. Cualquiera que sea el enfoque principal de la discusión, a menudo hay, de forma subyacente, el «yo»; porque el «yo» no solo quiere ser grande, sino que quiere ser «el mayor». Si un creyente quiere ser el más grande, tarde o temprano conducirá a una discusión, y tomaremos el más mínimo pretexto en un hermano para tratar de rebajarlo mientras nosotros mismos nos exaltamos. La idea misma de ser grande, muestra lo poco que los discípulos habían entendido la verdad del Reino. No percibían que el propósito del Reino es la manifestación de todo lo que Dios es en amor, en justicia, en gracia y en poder. Aún hoy, podemos caer en esta trampa y usar la asamblea como una esfera en la que buscamos exaltarnos a nosotros mismos. Esto es lo que los corintios hacían mediante los dones recibidos y la actividad carnal; esto es lo que los gálatas hacían por el legalismo; y esto es lo que los colosenses estaban en peligro de hacer al buscar una religión de acuerdo con la carne.

Pero si los creyentes pueden discutir *entre ellos*, deben permanecer en silencio en *la presencia del Señor*. Podemos estar seguros de que cuando los creyentes comienzan a discutir entre ellos, ya no tienen la conciencia de estar en su presencia.

### 11.11 - Marcos 9:35

El Señor instruye a sus discípulos con infinita paciencia. Ante la insensibilidad de los suyos, que buscaban su propia grandeza en el mismo momento en que les recordaba que iba a ser ejecutado, en lugar de levantarse indignado y abandonarlos, se sentó, llamó a los doce y les enseñó amablemente el camino de la verdadera grandeza. Si alguien quiere ser el primero en el Reino, que sea el último en el camino que lleva a la gloria –que se convierta en «el servidor de todos». Podemos a veces estar dispuestos a servir a una persona importante o a un creyente piadoso, y a exaltarnos con ello; pero ¿estamos dispuestos a ser «servidor de todos»? Se ha dicho muy bien: “El amor es lo más poderoso que existe, y le encanta servir, no ser servido”, y de nuevo: “El que es más pequeño a sus ojos es el más grande” (J.N.D.).

### 11.12 - Marcos 9:36, 37

El Señor enseñó a sus discípulos el camino hacia la verdadera grandeza; ahora ilustra su enseñanza colocando a un niño pequeño en medio de ellos y mostrándoles cómo él mismo podía rebajarse a un niño pequeño para tomarlo con amor en sus brazos. El discípulo que recibiera a uno de estos niños pequeños en su nombre, seguirá así al Señor en el camino de la verdadera grandeza. Se inclinará hacia el más humilde en nombre del Altísimo. Al hacerlo, se encontrará en compañía de Cristo; y recibir a Cristo, es recibir al que lo envió. Así, renunciando a nosotros mismos y negándonos a exaltarnos, nos encontraremos en compañía de las Personas divinas.

### 11.13 - Marcos 9:38-41

Hemos visto el peligro de exaltarse sí mismo; el incidente que sigue nos muestra otra trampa, el peligro de exaltar a una comunidad. Juan dijo: «Maestro, vimos a uno que en tu nombre expulsaba demonios; y se lo prohibimos, porque no nos sigue». Ellos mismos, aunque seguían a Cristo, no pudieron echar fuera a un demonio, pues les faltó la oración y el ayuno. Ahora le prohíben a alguien hacer lo que ellos mismos no pudieron hacer, porque no sigue al Señor con ellos. En su respuesta, el Señor muestra que lo más importante para él es la relación del discípulo Él mismo. Es posible que el hombre no tuviera suficiente fe para unirse a los discípulos que seguían al Señor en el camino de la separación; pero si podía hacer un milagro en el nombre de Cristo, era claro que este Nombre tenía valor para él y que no hablaría con ligereza.

El mundo había rechazado a Cristo tan absolutamente que, en su esfera, solo podía haber opositores de Cristo. Si hay algunos que no están en contra de Cristo, deben por lo tanto estar entre los que están a favor de él, aunque no tengan suficiente fe para identificarse públicamente con él. Para Juan, no «nos sigue» pero, aun así, el Señor puede decir que «el que no está contra nosotros». Los discípulos atribuían demasiado valor a este miserable «nosotros», el pequeño grupo reunido en torno a Cristo, y daban demasiado poco a Cristo, la gloriosa Persona en torno a la cual estaban reunidos. El Señor les recuerda que su nombre lo es todo. El acto más insignificante, incluso el acto de dar a beber un vaso de agua fresca a alguien que pertenece a Cristo, si se hace en su nombre, no perderá su recompensa.

### 11.14 - Marcos 9:42-48

Siguen las advertencias. Tengamos cuidado de que, al condenar a otros, no pongamos un tropiezo en el camino de uno de los pequeños que creen en Cristo. Además, velemos de juzgar cuidadosamente cualquier mala tendencia en nosotros, rechazando todo lo que pudiera llevarnos al pecado. Esto puede llevar a un rechazo estricto de lo que es más valioso para la carne –la mano, el pie, y cualquier forma de maldad en la que estos miembros pueden llevarnos. No olvidemos nunca que estas cosas malas llevan a los hombres al juicio eterno.

### 11.15 - Marcos 9:49, 50

Todo será probado. El fuego pondrá a prueba tanto a los santos como a los pecadores. «Porque todo será salado con fuego, y cada sacrificio será salado con sal». El pecador que rechaza a Cristo tendrá su parte en el fuego que no se apaga; pero el verdadero creyente será probado por el fuego en forma de pruebas o incluso persecuciones. El apóstol Pedro nos dice que nuestra fe puede ser probada por el fuego, y nos advierte que no nos resulte extraño tener que pasar por «el fuego», sino más bien regocijarnos al tener una participación en los «sufrimientos de Cristo», ya que de esta manera también tendremos una participación de «su gloria» (1 Pe. 1:7; 4:12-13). Además, la vida del creyente en la tierra es considerada como un sacrificio, porque tenemos que presentar nuestros «cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Rom. 12:1). Pero el sacrificio debe mantenerse puro, «salado con sal». El cristiano, si camina en santidad práctica, se convierte en testigo en medio del mundo. Sin santidad, su vida es como la sal que ha perdido su sabor. Debemos tener sal en nosotros mismos y caminar en paz unos con otros.

En este capítulo hemos visto, por un lado, las perfecciones de Cristo y, por otro, la manifestación de lo que es la carne, incluso en los verdaderos discípulos, aquellos que amaban y seguían al Señor. En presencia de la gloria, los discípulos «estaban atemorizados» (v. 6); en presencia del poder de Satanás, les faltaba la fe para hacer uso del poder que tenían a su disposición en Cristo (v. 18-19); detrás de esta falta de fe estaba el descuido de la oración y del ayuno (v. 29) Poco en comunión con Dios en la oración, cuando surgen dificultades en sus mentes, las discuten entre sí, y temen interrogarlo (v. 10, 32); lejos de Cristo, discuten entre ellos, queriendo cada uno ser el más grande, y condenan lo que otro estaba haciendo en nombre de Cristo, porque no estaba con ellos (v. 38).

Sin embargo, si nuestra propia debilidad se nos muestra en los discípulos, también descubrimos la plenitud de nuestros recursos en Cristo. En la montaña, vemos la gloria y el poder del Reino, y se nos revela que estaremos **con él** en la gloria. Al pie de la montaña, aprendemos que, en medio de todas nuestras debilidades y dificultades, él está «con nosotros», nuestro recurso infalible, aquel a quien estamos invitados a llevar todas nuestras pruebas y preguntas embarazosas (v. 33), aquel que nos enseña (v. 31), aquel en cuyo nombre nos reunimos (v. 39), y que recompensará el acto más insignificante realizado en su Nombre (v. 41).

## 12 - Los sufrimientos y las glorias (cap. 10:1-45)

Esta parte del evangelio pone ante nosotros tres principios importantes. Primero, el Señor reconoce las relaciones naturales establecidas originalmente por Dios, y lo que hay de bueno en la criatura. Respeta el matrimonio (v. 2-12); recibe a los niños (v. 13-16); reconoce la rectitud y la bondad naturales (v. 17-22). Segundo, las relaciones naturales que han sido establecidas y reconocidas por Dios, han sido corrompidas por el hombre. La relación del matrimonio ha sido alterada por la dureza del corazón del hombre (v. 5); los niños son despreciados y de poca importancia (v. 13); la integridad natural y las posesiones terrenales son usadas para separar el alma de Dios, e impedir que los hombres entren en el Reino de Dios (v. 22, 23). Tercero, la bancarrota del hombre natural es tal que los que siguen a Cristo en el reino deben estar preparados para sufrir en este mundo. Cual sea el alcance de sus riquezas terrenales, el que sigue a Cristo debe cargar la cruz (v. 21), encontrar la persecución (v. 30), y estar listo para tomar un lugar humilde en este mundo, en vista del mundo venidero (v. 44). Cristo, el humilde Siervo, da un ejemplo perfecto de tal camino (v. 33, 34, 45).

### 12.1 - Marcos 10:1-12

El tema del matrimonio es traído por la pregunta de los fariseos al Señor: «¿Le es lícito a un hombre repudiar a su mujer? Era claro que no deseaban realmente aprender la verdad, puesto que leemos que vinieron a él para «tentarle». Aparentemente, esperaban que la respuesta del Señor les permitiera o bien acusarlo de ignorar lo que Moisés había dicho, o bien sancionar la práctica poco rigurosa que estaba muy extendida entre ellos. Pero como siempre, cuando en su locura los hombres buscan

probar al Señor, es el propio estado de ellos el que se revela plenamente.

A la pregunta: «¿Es lícito?» el Señor responde invocando la ley. «¿Qué os mandó Moisés?» En su respuesta, tratan de desviar la pregunta del Señor, no hablando de lo que Moisés ordenó, sino de lo que Moisés «permitió». Al hacerlo, demostraban sin saberlo la dureza de sus corazones. Desatendían los mandamientos positivos de Moisés y solo hablaban de los preceptos especiales instituidos debido a su propia dureza. Los mandamientos estaban de acuerdo con el corazón de Dios para el hombre, mientras que los preceptos sobre el divorcio respondían al estado de sus corazones.

Después de denunciar la dureza del corazón del hombre, el Señor presenta la verdad sobre la relación del matrimonio según el orden de la creación, como fue establecido por Dios desde el principio. El Señor sanciona así el vínculo del matrimonio y permite al cristiano considerar esta relación según el orden de la creación y no según los preceptos de los hombres.

En la casa, el Señor todavía enfatiza ante sus discípulos cuán serio es para un hombre cancelar el vínculo del matrimonio para satisfacer sus concupiscencias hacia otra mujer. A los ojos de Dios, es caer en el pecado más degradante.

## 12.2 - Marcos 10:13-16

El siguiente incidente nos muestra que incluso los discípulos eran extraños al pensamiento del Señor acerca de los niños pequeños. Probablemente pensaban que el Señor era demasiado grande para darse cuenta de estos pequeños, y que eran demasiado insignificantes para atraer su atención. Al reprender a los que traían a sus niños pequeños para que el Señor los bendijera, los discípulos daban una imagen completamente falsa de su Maestro; no veían lo que es tan hermoso en un niño, y negaban los principios del reino que profesaban predicar.

La acción de los discípulos suscitó la justa indignación del Señor. Responde a sus miserables pensamientos diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí; y no se lo impidáis; porque de ellos es el reino de Dios». Su corazón está dispuesto a acoger a los débiles y a los simples. Aunque la raíz del pecado esté en ellos, su simplicidad y su confianza son los rasgos dominantes de aquellos que entran en el Reino de Dios. Y como el Señor tomó a estos pequeños en sus brazos y los bendijo, los brazos eternos estarán debajo de los que ponen su confianza en él con simplicidad y fe, y sus manos estarán levantadas para bendecirlos (*Deut. 33:27; Lucas 24:50*).

### 12.3 - Marcos 10:17-22

Aprendemos en el siguiente incidente que las cualidades naturales y las posesiones terrenales, por muy valiosas que sean en su lugar, no solo no dan entrada al Reino de Dios, sino que pueden ser un verdadero obstáculo para la bendición. La naturaleza humana, incluso en lo que tiene de mejor, no tiene ningún sentimiento de la necesidad que tiene de Cristo, y no puede entender la gloria de Cristo de ninguna manera.

Había muchas cosas excelentes en este hombre rico. Estaba lleno de ardor juvenil –se dice que vino «corriendo». Estaba dispuesto a admitir la superioridad de Cristo, pues se «arrodilló ante él». Tenía el deseo de hacer lo correcto, ya que preguntó: «¿Qué he de hacer?» Por fuera, tenía un carácter notable. No había estado depravado por la complacencia hacia el pecado. En apariencia, había guardado la ley. Había muchas cosas amables en su carácter –fruto de la creación–, cosas que suscitaban la estima y el amor del Señor. Alguien dijo: “Era amable, dispuesto y listo para aprender lo que era bueno; había sido testigo de la excelencia de la vida y de las obras de Jesús, y su corazón estaba conmovido por lo que había visto” (J.N.D.).

Sin embargo, todas estas cualidades naturales lo dejaban sin verdadero conocimiento de la Persona y de la gloria de Cristo, y sin una verdadera conciencia del estado y de la necesidad de su propio corazón. Él podía discernir la perfección de Cristo como Hombre, pero no la gloria de su persona como Hijo de Dios. La naturaleza, por excelente que sea, no puede discernir a Dios en Cristo. Así, en otra ocasión, el Señor puede decir a Pedro: «Bienaventurado eres... porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mat. 16:17). El Señor, poniendo al joven en su propio terreno, no puede admitir que un hombre sea bueno: «Nadie es bueno, excepto uno, Dios». Ciertamente, Cristo era bueno, pero era Dios. “Él era siempre Dios, y Dios se hizo hombre sin cesar, y sin poder cesar, de ser Dios” (J.N.D.).

Además, al no estar consciente de sus necesidades, el joven no pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, sino «¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?» Sus bellas disposiciones naturales lo cegaban al hecho de que, a pesar de todas sus cualidades, era un pecador perdido y necesitaba salvación. El Señor levanta el velo y muestra el verdadero estado de su corazón diciéndole: «Ve, vende cuanto tienes... y ven, sígueme». Esto pone de relieve el hecho solemne de que, a pesar de su carácter amable y bueno, tenía un corazón que prefería el dinero a Cristo. Así leemos: «Se fue afligido» por esta palabra, se fue con tristeza. ¡Qué prueba tan solemne de que, para

Dios, no hay bien en el hombre! Un carácter excelente no da ninguna indicación del estado moral del corazón. Está bien escrito: “Lo que gobierna el corazón, el motivo que lo hace actuar, es la verdadera medida del estado moral del hombre, y no de sus cualidades naturales, por muy agradables que sean. Las buenas cualidades se encuentran incluso en los animales; pero no revelan en absoluto el estado moral del corazón” (J.N.D.).

Cristo mismo era el ejemplo perfecto de lo que proponía al joven. Vosotros «conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que por medio de su pobreza vosotros llegaseis a ser ricos» (2 Cor. 8:9). Al no haber discernido la gloria del Señor, este joven no vio su gracia. Nunca vemos su «gracia» antes de haber visto su «gloria».

### 12.4 - Marcos 10:23-27

Conociendo el efecto de sus palabras en los discípulos, el Señor, después de mirarlos, subraya la lección que tenemos que aprender de este joven, diciendo: «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!» Los discípulos están muy sorprendidos por estas palabras, porque según el concepto judío de una bendición terrenal, consideraban la riqueza y los bienes como una marca del favor de Dios. Además, tal vez pensaron en sus corazones, como nosotros lo hacemos con demasiada frecuencia: si tan solo fuéramos ricos, ¡cuánto bien podríamos hacer! Para responder a estas dificultades, el Señor muestra que el gran peligro de la riqueza reside en el hecho de que los hombres se imaginan que pueden asegurar la salvación y las bendiciones del Reino por medio de la riqueza, y que así ponen su *confianza* en la riqueza. Notemos que el Señor no habla de un hombre literalmente rico, sino de *alguien que confía en las riquezas*. Es un peligro al que están expuestos tanto los más pobres en bienes materiales como los más ricos. El Señor usa una imagen para mostrar lo difícil que es para una persona rica entrar en el Reino de Dios. Sorprendidos, los discípulos preguntaron: «¿Quién podrá salvarse?» El Señor nos responde: «Para los hombres esto es imposible, pero no para Dios». Su pregunta parece indicar que quedaba en sus mentes el pensamiento de que, hasta cierto punto al menos, su salvación dependía de ellos. Tuvieron que aprender, como todos nosotros, que nuestra salvación es enteramente obra de Dios y que el hombre no tiene nada que ver con ello. Ni la ley, ni la naturaleza, ni la riqueza, ni la pobreza, están para nada en la salvación del alma. Esto se basa enteramente en el poder de la gracia de Dios, y lo que es imposible para el hombre es posible para Dios. Así que leemos: «Porque

por gracia sois salvos mediante la fe, y esto no procede de vosotros, es el don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efe. 2:4-9).

### 12.5 - Marcos 10:28-31

Pedro señala que los doce habían seguido el camino que el Señor había indicado al joven y, en cierto modo, pregunta qué sacarían de esto. El Señor responde que ahora, en este tiempo, recibirían cien veces más de lo que no habían abandonado, con persecuciones, y en el siglo venidero, la vida eterna. Si dejamos el círculo de nuestros padres inconversos, nos daremos cuenta de que estamos en el círculo mucho más grande de la familia de Dios. Esto puede resultar en persecución desde el medio mundano del cual hemos salido, pero es el camino que conduce a la vida. Sin embargo, las palabras del Señor indican que no es el mero hecho de dejar todo lo que será recompensado, sino el motivo que nos hizo hacerlo. Esto no debe hacerse para exaltarse a sí mismo, ni siquiera para obtener una recompensa, sino como dice el Señor: «Por mi causa y por causa del Evangelio».

El Señor añade una palabra que nos sondea: «Pero muchos de los primeros serán los últimos; y los últimos, los primeros». Esta es una advertencia contra la suficiencia a la que todos nos inclinamos y que aparentemente marcó las palabras de Pedro cuando dijo: «Nosotros hemos dejado todo». ¿Qué habían realmente dejado? ¡Excepto unas cuantas redes viejas que necesitaban ser reparadas! No alardeemos de lo que hemos abandonado por Cristo. Se ha dicho con razón: “No es el comienzo de la carrera lo que es decisivo, es necesariamente su finalización lo que importa. En esta carrera hay muchos cambios y, además, muchos resbalones, caídas y reveses”. La verdadera cuestión no es qué hemos abandonado en el pasado, sino lo que estamos haciendo hoy.

### 12.6 - Marcos 10:32-34

Los doce habían dejado todo para seguir a Cristo; pero habían calculado el gasto tan poco que inmediatamente después se encontraron en un camino que los llenó de temor. «Estaban asombrados» al ver al Señor embarcarse deliberadamente en un camino que implicaría prueba y persecución, y temían por sí mismos. El Señor no les ocultó el sufrimiento que estaba a punto de encontrar. Les dijo que, como Hijo del hombre, iba a ser entregado a los jefes de la nación y a los gentiles, que no

escatimarían en insultos y lo matarían, pero que al tercer día resucitaría.

## 12.7 - Marcos 10:35-45

En ese momento, el Señor no pudo encontrar entre los doce un solo discípulo capaz de entrar en su pensamiento, simpatizar con él o comprender la necesidad de sus sufrimientos. Preocupados por el pensamiento de un reino en la tierra, Santiago y Juan vinieron a expresar el deseo de estar en una posición elevada, muy cerca del Señor mismo. Había en ellos una fe verdadera en el establecimiento del reino, pero, como sucede tan a menudo con nosotros, la carne no juzgada entra rápidamente en la esfera de la fe. Consideraban el reino como una oportunidad para el progreso personal, en vez de verlo como la esfera de la manifestación de la gloria de Cristo. «Lo que nace de la carne, carne es», ya sean los santos más ignorados o los apóstoles más eminentes. ¡Cuántas veces desde ese día la fealdad de la carne se ha traicionado a sí misma, especialmente en aquellos que parecen ser algo!

El Señor aprovecha la oportunidad de esta pregunta carnal para instruir a sus discípulos. Él enfatiza que el camino a la gloria del reino es a través del sufrimiento. Solo él podía realizar la redención a través de los sufrimientos de la cruz, siendo abandonado por Dios. Pero los discípulos tendrían el privilegio de beber la copa del sufrimiento por parte de los hombres. Además, si podía garantizarles el privilegio de sufrir por su Nombre, no les podía dar un lugar a su derecha en el reino. Había tomado el lugar del Siervo, y le dejaba al Padre el cuidado de declarar quién recibiría un lugar privilegiado en el día de la gloria.

La carne todavía se traiciona en los diez; su indignación hacia Santiago y Juan muestra los celos que actúan en sus propios corazones. Se ha dicho: “No es solo a través de los fracasos de uno u otro que la carne se manifiesta, sino a través de nuestro comportamiento hacia los fracasos de los demás, cuando son sacados a la luz. La indignación que estalló entre los diez mostró el orgullo de sus propios corazones, así como la petición de los dos discípulos que querían el mejor lugar”.

Jesús los llama a él y reprende los pensamientos carnales de los dos discípulos, como los de los diez, poniendo ante ellos el camino de la verdadera grandeza. Si no puede darles el primer lugar en gloria, les puede mostrar el camino que conduce a él. El que toma el último lugar en la tierra, como siervo de todos, tendrá el primer lugar en la gloria. El Hijo del hombre fue el modelo perfecto en tal camino.

## 13 - El rechazo del Rey (cap. 10:46 - 11:26)

En cada uno de los tres primeros evangelios, la entrada del Señor en Jerusalén, y el milagro por el cual un ciego recupera la vista, introducen los eventos que conducen a su muerte y a su resurrección. Su vida en la tierra como Hijo del hombre que vino a servir en gracia y humildad, ha terminado. Ahora se presenta en Jerusalén como el Hijo de David –el Mesías prometido. Después de ser rechazado como Siervo perfecto de Jehová, es rechazado como Hijo de David, y estos dos rechazos preparan el camino para un servicio aún mayor: el don de Su vida como rescate por muchos, como el Hijo del hombre.

### 13.1 - Marcos 10:46-52

El Señor entra en Jericó –la ciudad maldita– no para juzgar y ejecutar la maldición, sino en la gracia humilde de Aquel que iba a soportar la maldición. Al salir de la ciudad, se encontró con un ciego que estaba sentado a un lado del camino mendigando. ¿No podemos decir que la condición física del ciego representa la condición moral de la nación? El Mesías estaba presente, había venido en gracia y poder para bendecir, pero la nación como tal era ciega, y no discernía ni la gloria de su Persona ni su propia miseria. Vieron en Jesús solo a un nazareno despreciado.

En contraste con la multitud, Bartimeo era consciente de su miseria y de su propia incapacidad para remediarla. Como siempre, es el alma con necesidades la que se siente atraída por Jesús y discierne su gloria. Si la multitud habla de Jesús como un Nazareno, la fe discierne en este humilde hombre al Hijo de David, de quien está escrito que será dado para «que abras los ojos de los ciegos» (Is. 42:7). El ciego puede gritar: «Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí».

Como siempre, cuando un alma busca a Jesús, hay obstáculos que superar. Muchos reprenden al ciego para que se calle, no queriendo que el Señor sea molestado por un mendigo. Pero la fe se eleva por encima de todos los obstáculos, el hombre grita aún más fuerte; y en su gracia, el Señor, «parándose», ordena que sea llamado. Tirando su manto, se levanta y se acerca a Jesús. Que nosotros, cuando somos conscientes de nuestra miseria y discernimos algo de la gloria de Jesús, podamos desechar cualquier prenda de nuestra propia justicia en la que podamos confiar, y venir a Jesús como somos, en toda nuestra miseria y debilidad. A petición del Señor: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego responde: «Que recobre la vista». El Señor toma el

lugar de *el que actúa*, y el ciego acepta ser *el que recibe*. El Señor responde inmediatamente a esta fe sencilla. El ciego recupera la vista y sigue a Jesús en el camino, convirtiéndose ahora en su discípulo. No trató de seguir a Jesús para recuperar la vista; pero habiendo recibido la bendición, lo siguió. Primero debemos recibir las bendiciones de la salvación y del perdón que nos trajo la obra de Cristo, antes de que podamos seguirlo como el objeto del deleite de nuestra alma.

### 13.2 - Marcos 11:1-6

Como se acercaba a Jerusalén, se hacen preparativos para la presentación del Señor a Israel como el Hijo de David, en cumplimiento de la profecía de Zacarías (Zac. 9:9). Era un nuevo testimonio para gloria del Señor y una última señal para el pueblo. Presentándose como Rey, Jesús actúa con autoridad real. Si alguien preguntara a los discípulos por qué estaban desatando el asno, bastaría con que respondieran: «el Señor lo necesita», para poner fin inmediatamente a cualquier pregunta. Esto es lo que sucedió, y será lo mismo en el día de gloria venidero, cuando será posible decir verdaderamente de Sion: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder» (Sal. 110:3).

### 13.3 - Marcos 11:7-11

Cuando entra en Jerusalén, el Señor se encuentra rodeado de una multitud que lo saluda como Rey, citando los versículos 25 y 26 del Salmo 118: «¡Hosanna (Salva, te rogamos)! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (v. 9). Este es el clamor de la nación en un día venidero, cuando un remanente arrepentido mirará a Jehová para ser salvo. Ese momento aún no había llegado. Pero si los gobernantes de la nación rechazan al Señor, se les da a los niños pequeños y a los que maman dar un testimonio para Su gloria (Sal. 8:2). Habiendo entrado en la ciudad y en el templo, el Señor mira todo con sus ojos escrutadores. Lo hace solo para poner en evidencia los signos de rebelión, de corrupción y de incredulidad que marcan un estado que él se niega a aprobar con su presencia; así, habiendo llegado la noche, regresa a Betania, donde había algunos que lo amaban y lo reconocían.

### 13.4 - Marcos 11:12-14

Al día siguiente, cuando el Rey regresaba a la ciudad con sus discípulos, leemos que tuvo «hambre». Buscó frutos en una higuera, pero encontró «nada halló, sino hojas». ¿No podemos decir que, para el Señor, no fue solo un hambre física, sino un hambre espiritual que buscaba algún reconocimiento de Israel, por todos los siglos de bondad que Dios había concedido a la nación? Algo que sería fruto para satisfacer el corazón de Dios. Así como en el árbol, el Señor encontró abundancia de hojas, pero sin fruto, en la nación encontró una gran profesión de piedad ante los hombres, pero nada en la vida interior que pudiera ser fruto para Dios.

¡Qué resultado tan solemne! Cualquiera que sea su profesión religiosa ante el mundo, los que dejen de vivir rectamente ante Dios serán puestos a un lado como testimonio ante los hombres. Por lo tanto, el Señor debe decir: «De aquí en adelante que nadie coma fruto de ti jamás». Se trata, sin duda, de un principio de gran importancia. Más tarde, el Señor debe decir a la asamblea en Éfeso, que, por sus obras, daba una gran apariencia de piedad, que no había sido fiel en sus afectos hacia él; y él le declara: «Has dejado tu primer amor». El Señor le advierte que, por lo tanto, retirará su «candelabro de su lugar» (Apoc. 2:4, 5). Estos creyentes no siendo rectos de corazón hacia Cristo, perderían su testimonio ante los hombres. Es una solemne advertencia para todos nosotros de que el verdadero criterio de la espiritualidad no es la profesión externa de piedad ante los hombres, sino la vida interior vivida ante Cristo.

### 13.5 - Marcos 11:15-19

Habiendo llegado a la ciudad, Jesús entró en el templo y vio el alcance de la corrupción de la Casa de Dios dejada en manos de los hombres. Esta Casa, a través de la cual Dios se acerca a los hombres, y a través de la cual el hombre puede acercarse a Dios, se había convertido en las manos de los judíos religiosos en un medio de satisfacer su codicia. Y lo que los líderes en Israel han hecho, los conductores en la Asamblea cristiana están en peligro de hacer, si la gracia de Dios no interviene. Unos años más tarde, el apóstol Pablo nos advierte contra la intrusión, entre los cristianos, de hombres corruptos en su entendimiento que «suponen que la piedad es un medio de ganancia» (1 Tim. 6:5). También el apóstol Pedro, que presenta la Asamblea como la Casa de Dios, exhorta a los ancianos a no querer apacentar el rebaño de Dios por «ganancia deshonesta» (1 Pe. 5:2). En su segunda epístola,

también nos advierte que hombres entrarían entre los cristianos y, «por avaricia», «abusarán» de los creyentes. De esta manera aprendemos que la carne no cambia. La concupiscencia que corrompió la Casa de Dios en Jerusalén se ha colado con su perversa influencia en la Casa de Dios espiritual. También «llegó el tiempo de comenzar el juicio por la casa de Dios» (1 Pe. 4:17).

El Señor condena esta corrupción en términos claros. La Casa que, según las Escrituras, debía ser una casa de oración para todas las naciones, había sido transformada en una cueva de ladrones (Is. 56:7; Jer. 7:11). Al denunciar este mal, el Señor solo levantó la más absoluta oposición contra él. «Lo oyeron los jefes de los sacerdotes y los escribas, y buscaban cómo matarlo». Y hoy, aquellos que, en presencia de la corrupción del cristianismo, buscan seguir al Señor tomando posición por la verdad, encontrarán oposición en cierta medida. «La verdad fue detenida, y el que se apartó del mal fue puesto en prisión» (Is. 59:15).

### 13.6 - Marcos 11:20-26

El Señor enseña a sus discípulos el principio importante que permite al santo más débil superar las mayores dificultades y derrotar al oponente más sutil. Externamente todo el poder y la autoridad del orden establecido estaba en manos de aquellos que se oponían al Señor y a su enseñanza. ¿Cómo podrían entonces algunos pobres pescadores resistir la sabiduría y el poder de hombres de alto rango? La respuesta del Señor es: «Tened fe en Dios». Todo el poder de los simbolizados por la higuera estéril desaparecería ante el poder de Dios, del cual la fe podría apoderarse. La nación judía, que representaba todo el sistema de la ley, parecía grande a los discípulos, comparable a una montaña establecida durante siglos. Sin embargo, aunque la nación parecía estable y duradera, la fe podía discernir que sería arrojada al mar de las naciones. Pero si la montaña debía ser removida, Dios permanecía, el recurso infalible de la fe.

Además, la fe se expresa en la *oración* a Dios. Sin embargo, no solo implica que pongamos nuestras peticiones ante Dios, sino que, al hacerlo, *esperemos una respuesta*. Así que el Espíritu de Dios puede exhortarnos por medio del apóstol Pablo a orar «mediante toda oración y petición, en todo momento, y velando para ello con toda perseverancia» (Efe. 6:18). Así estamos advertidos contra la repetición de fórmulas y peticiones generales.

Además, el Señor nos indica que no alimentemos, cuando oramos, pensamientos

de venganza contra aquellos que nos han ofendido o se han opuesto a nosotros. Nada obstaculizará más nuestras oraciones que la incredulidad en Dios –a quien nos dirigimos– y un espíritu intransigente hacia aquellos por quienes oramos. Se ha dicho muy acertadamente que “el Señor une la oración de fe a la necesidad de un espíritu de mansedumbre y de perdón para aquellos contra los que nuestros corazones puedan tener algo, para que el gobierno del Padre no se vea obligado a recordar nuestras propias ofensas” (F.W.G.).

## **14 - Líderes rechazados (cap. 11:27 - 12:44)**

Hemos visto al Señor Jesús presentado a la nación como el Rey –el Hijo de David, pero rechazado por los jefes del pueblo que buscaban «cómo matarlo». En esta parte del evangelio, los líderes de las diferentes clases que componen la nación aparecen en su verdadera condición y son rechazados por Cristo.

### **14.1 - Marcos 11:27-33**

Como siempre, los oponentes más acérrimos de Cristo son los líderes religiosos de un sistema corrupto. Los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos son los primeros en ser desenmascarados en la presencia del Señor. Por el ejercicio de su poder y de su gracia divinos, el Señor había restaurado la vista al ciego. Como Hijo de David, había entrado en Jerusalén y purificado el templo. Estos líderes religiosos, preocupados solo por ellos mismos y por su reputación religiosa, eran tan insensibles a las necesidades de los hombres como lo eran a la santidad de la Casa de Dios. Preocupados por mantener su propia autoridad, no podían soportar que, en la esfera religiosa, algo se hiciera independientemente de ellos. Indiferentes a la corrupción que existía en la Casa de Dios e incapaces de remediarla, se oponen a Aquel que puede y quiere tratar con el mal, y lo hacen planteando la cuestión de su autoridad.

El Señor les responde preguntándoles sobre Juan el Bautista. Puesto que están tomando el lugar de jefes religiosos, ¿están en posición de declarar si la autoridad de la misión de Juan venía del cielo o de los hombres? La pregunta del Señor no solo muestra su incapacidad para juzgar en asuntos de autoridad, sino que también revela su flagrante hipocresía.

El hecho de que razonen entre ellos antes de responder al Señor prueba que es-

taban desprovistos de todo principio. Como buenos políticos, estaban dispuestos a responder de una manera u otra, independientemente de sus convicciones. Pero eran conscientes de que su respuesta, sea cual fuere, los exponía a la condenación, ya sea por el Señor o por los hombres. Así que se retiran al silencio diciendo: «No sabemos». Habiendo sido descubierta su maldad e hipocresía, el Señor se niega a responder a la pregunta de ellos.

## 14.2 - Marcos 12:1-12

El engaño de los líderes religiosos que, pensando solo en su propia reputación, «temían al pueblo» pero no tenían miedo de Dios, se manifestó. El Señor pone ahora delante de ellos, en una parábola, la historia moral de la nación. Muestra que, al igual que los principales sacerdotes de esa época, como en el pasado, los líderes siempre habían fracasado en su responsabilidad. Además, considerando el futuro cercano, el Señor anuncia el juicio que vendría sobre los líderes y sobre la nación. Como la vid de la parábola, Israel había sido establecido en una tierra escogida; el pueblo había sido separado de las naciones por una ley que regula su vida y que, como una valla, establecía límites a su alrededor. Así como se había cavado el pozo para la prensa, se había hecho todo lo posible para asegurar que la nación diera fruto para Dios. Y, como la vid protegida por una torre, habían sido protegidos de cualquier enemigo. Por lo tanto, a la nación se le había dado la responsabilidad de mantener su posición única y producir fruto para Dios.

«A su debido tiempo», Dios viene a buscar lo que la nación tendría que ofrecer a cambio de toda su bondad. Desafortunadamente, esta prueba moral del hombre, tal como lo presenta la historia de Israel, solo sirve para probar su ruina total. No hay nada para Dios en el corazón del hombre, incluso cuando es bendecido tan abundantemente por Dios y se le da todo para que tome conciencia de esta bondad.

Así es que, cualquier intento de Dios de recibir el fruto de la nación no solo es rechazado, sino que es tratado con creciente resentimiento. El primer siervo es devuelto vacío. El segundo es cubierto de afrentas. Los siguientes se enfrentan no solo a ultrajes, sino también a persecución e incluso a la muerte. La nación está mostrando cada vez más el fracaso del hombre abandonado a su propia responsabilidad. Pero hay una última prueba que hacer, para ver si es posible tocar el corazón humano. Dios tiene un Hijo, un Hijo único y amado; lo enviará, y si hay una chispa de bondad en la raza humana, ciertamente lo respetarán. Motivos de antipatía, e incluso de odio, podrían haberse encontrado en el mejor de los profetas y reyes, pero en el

Hijo no puede haber motivo para el odio. ¡Ay!, ha debido decir: «Con palabras de odio me han rodeado, y pelearon contra mí sin causa. En pago de mi amor me han sido adversarios... Me devuelven mal por bien, y odio por amor» (Sal. 109:3-5).

La venida del Hijo manifiesta el verdadero estado del corazón del hombre. Israel querría un reino sin Cristo, y sin gentiles, un mundo sin Dios; esto es lo que expresan los labradores de la parábola: «Este es el heredero; venid, matémoslo, y la heredad será nuestra». Y hoy, el mundo entero se comporta como estos líderes de Israel en el día del Señor. Cada vez está más claro que la voluntad del hombre es excluir a Dios de Su propia posesión. Los evolucionistas quieren desposeer a Dios de Su creación; los políticos, eliminarlo del gobierno y los modernistas, expulsarlo de la religión.

Se nos concede ver aquí el verdadero carácter de la carne que está en nosotros. Puede ser patriótica, social y religiosa, pero si la dejamos hacer lo que quiera, matará a Cristo y lo rechazará del mundo. **Cristo** –el Cristo de la revelación (porque la carne puede incluso forjar un Cristo de acuerdo a su propia imaginación)– es la verdadera piedra de toque; esto muestra que a pesar de la hermosa apariencia exterior que la carne a veces puede tomar, siempre está fundamentalmente en oposición mortal a Dios.

Este rechazo de Cristo comporta el juicio gubernamental de la nación judía y llevará a Dios a levantar a otros en quienes buscará fruto. El Señor cita sus propias escrituras (Sal. 118:22-23), para convencerlos del pecado que cometían al rechazarlo. Por este terrible pecado, se oponían directamente a Dios; porque al que iban a clavar en una cruz, Dios lo exaltaría hasta la gloria suprema. El Señor, sin embargo, indica que el tiempo está llegando cuando un remanente arrepentido reconocerá que lo que el Señor ha hecho es algo maravilloso ante sus ojos.

El hombre cuya conciencia es tocada sin que el corazón sea afectado, solo está más exasperado. Tal es el caso de estos hombres malvados; tratan de apoderarse de él, pero por el momento se abstienen de hacerlo por una simple política: temen a la multitud. Así que, «dejándolo, se fueron». ¡Qué condición tan desesperada es para aquellos que deliberadamente le dan la espalda a Cristo y se van!

### 14.3 - Marcos 12:13-17

Habiendo sido desenmascarado todo el odio de los líderes religiosos contra Cristo, es ahora el estado de los diversos partidos que dividen a la nación que se pone ante nosotros. Los fariseos y los herodianos son los primeros en venir ante el Señor. Aun-

que se oponían entre sí, estaban unidos en su odio contra Cristo y tenían el mismo deseo de elevarse en este mundo. Los fariseos buscaban construir una reputación religiosa para sí mismos a través de la observación externa de formas y ceremonias; los herodianos buscaban su propio avance en el mundo social y político. Todos están obligados a comprobar que Aquel que está allí exclusivamente para la gloria de Dios solo puede condenar tales ambiciones; y es por eso que se oponen al Señor. Todo lo que era, cada verdad que enseñaba, cada acto que hacía, tenía como origen motivos totalmente diferentes de los que gobernaban sus vidas. Además, si vienen a Cristo, no es para aprender a sus pies, sino con la esperanza de confundirlo en sus palabras. Los motivos mundanos que los animaban los habían hecho tan ciegos a la gloria de Cristo y tan llenos de sí mismos, por la alta estima que tenían por sus propias capacidades e importancia, que realmente pensaban que podían sorprender al Señor de gloria en sus palabras.

También creen que las tácticas que a menudo se usan tan exitosamente contra los hombres también pueden ser usadas con el Señor. Así que tratan de tomarlo con adulación y falsedad. Dicen: «Sabemos que eres veraz, y que no te dejas influir por nadie; porque no miras a la apariencia de los hombres, sino que enseñas con verdad el camino de Dios». Eso era cierto, pero solo era la verdadera expresión de sus malos corazones. Habiendo, según su estimación, abierto el camino con halagos, preguntaron: «¿Es lícito dar tributo a César, o no?» En su maldad, habían imaginado una pregunta que, según ellos, iba a comprometerlo a los ojos de los judíos o de los gentiles, sin importar la respuesta que diera, ya fuera que dijera “sí” o “no”.

El Señor desenmascara su hipocresía preguntando: «¿Por qué me tentáis?» Al tratar de sorprenderlo con sus palabras, caen en su propia trampa; así manifiestan su mal estado, de hecho, ante los hombres y moralmente ante Dios. A petición del Señor, se le presentó un denario, y «les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción? Ellos le dijeron: De César». Obviamente, por lo tanto, pertenece a César; por esta razón, es justo pagar «a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios». Las autoridades romanas nada tenían que decir de devolver a César las cosas de César; los judíos no podían criticar el principio de devolver a Dios las cosas de Dios. El hecho mismo de que el dinero de César circulaba en el país atestiguaba la humillación de la nación, esclavizada a los gentiles. A pesar de su posición humillante, no mostraban ningún arrepentimiento real, ya que constantemente se rebelaban contra César y rechazaban a su propio Mesías. Percibiendo la sabiduría de la respuesta del Señor, estaban asombrados, pero ¡ay!, su conciencia no fue tocada, ni hacia Dios ni hacia el hombre.

### 14.4 - Marcos 12:18-27

Los fariseos y los herodianos fueron desenmascarados y silenciados a la luz de la presencia del Señor; ahora son los saduceos los que vienen a él, pero solo para ver su propia ignorancia e incredulidad expuestas. Los saduceos eran los materialistas de ese tiempo y personificaban la incredulidad de la carne. Se ha dicho con razón: “La fuerza de la incredulidad consiste en crear dificultades planteando casos imaginarios que no tienen nada que ver con la realidad, e introduciendo el razonamiento humano en las cosas de Dios” (W. Kelly). Así que, en esta ocasión, estos hombres malvados tratan de oponerse a la verdad ridiculizándola. Presentan un caso imaginario que, en su opinión, demuestra lo absurdo de la resurrección. Como siempre sucede con los incrédulos, ellos traicionan una gran ignorancia de las Escrituras e ignoran el poder de Dios. Si la Escritura hubiera dicho que habría casamiento en la resurrección, la situación que ellos habían imaginado podría haber sido ciertamente difícil. Y si Dios no tuviera poder, la resurrección misma sería imposible.

No hay una línea en las Escrituras que diga que las relaciones terrenales permanecerán en el cielo. No resucitaremos como esposos y esposas, padres e hijos, amos y siervos, pero, en este aspecto seremos como los ángeles. No seremos ángeles, como se imagina equivocadamente, pero seremos similares a ellos en que ya no estaremos sujetos a las relaciones terrenales. El creyente gozará de los privilegios y vínculos celestiales, infinitamente más altos que los privilegios de los ángeles y los vínculos temporales que conciernen a este tiempo.

En cuanto a la resurrección, el Señor les muestra una vez más su ignorancia de las Escrituras. Ellos habían citado a Moisés para tratar de probar que la enseñanza del Señor estaba en oposición a la de Moisés; así que el Señor se volvió a Moisés para demostrar su ignorancia de lo que Dios había dicho. ¿No está escrito en el libro de Moisés, cuando describe lo de «la zarza», cómo Dios le habló diciendo: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»? En el momento del incidente de la zarza, Abraham, Isaac y Jacob estaban muertos desde hacía tiempo, pero Dios todavía habla de sí mismo como su Dios: sin embargo, no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Estaban muertos en ese momento, y sin embargo todavía viven y se levantarán de nuevo para disfrutar de las promesas de Dios; promesas que, después de que llegó el pecado, solo pueden ser realizadas sobre la base de la resurrección. Por eso el Señor puede decir a los incrédulos de entonces y a los de hoy: «Estáis muy equivocados».

## 14.5 - Marcos 12:28-34

A los saduceos les sucedió un representante de los escribas, que eran los comentaristas de la ley, y que creían que algunos mandamientos eran más importantes que otros. Pide al Señor que se pronuncie sobre el siguiente punto: «¿Cuál es el primer mandamiento?» En su perfecta sabiduría, el Señor deja de lado los diez mandamientos que naturalmente vendrían a la mente del hombre, y escoge ciertas grandes exhortaciones del Pentateuco que resumen la ley y expresan todos los deberes del hombre hacia Dios y hacia su prójimo.

En primer lugar, el hombre es responsable de mantener la verdad de la unidad de la Deidad, de acuerdo con la Escritura que dice: «Oye, oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno solo es». De ello se deduce que el hombre tiene la responsabilidad de amar a Dios más que a sí mismo, y de rechazar todo lo que pueda ocupar el lugar que Le corresponde. Segundo, debe amar a su prójimo como a sí mismo. Este es el resumen de toda la ley y la presentación de todas sus exigencias al hombre en la tierra. Si estos dos mandamientos fueran guardados, ningún otro sería violado.

El escriba da testimonio de la perfección de la respuesta del Señor. Su conciencia le dice que el Señor ha expresado la verdad. Reconoce que dar a Dios lo que se le debe y actuar con justicia hacia el prójimo es más valioso que todas las formas y ceremonias externas de la ley. Como siempre, la condición moral del alma es infinitamente más importante a los ojos de Dios que las manifestaciones externas de piedad.

El Señor reconoce la inteligencia de este escriba. En cuanto a la comprensión y el reconocimiento honesto de la verdad, no estaba lejos del reino de Dios. Pero, ¡ay!, estaba afuera. Él discernía la verdad de lo que Cristo dijo, pero no veía Su gloria, ni se inclinaba ante la verdad acerca de su Persona. Como alguien dijo: “Se puede estar cerca o lejos del reino de Dios, pero si no se entra en él, es igualmente fatal” (W. Kelly). Como muchos otros, el escriba sabía lo que estaba en la ley, pero no veía su profunda miseria como habiendo faltado al total cumplimiento de los requisitos de la ley. Por lo tanto, no discernía la gloria de la Persona de Cristo, ni la gracia que había en Él para satisfacer las necesidades de aquellos que habían fallado totalmente en sus responsabilidades.

Después de eso, nadie se atreve a cuestionar al Señor. Representantes de todas las clases –sacerdotes, jefes del pueblo, fariseos, herodianos, saduceos y escribas– vinieron a tentarlo con sus preguntas, y se encontraron desenmascarados y silenciados. El fariseo que profesaba defender la religión no había devuelto las cosas de Dios a

Dios. Los herodianos que afirmaban mantener los intereses políticos de César no habían devuelto las cosas de César a César. El saduceo que glorificaba la razón se distinguía por su ignorancia. Y el escriba que explicaba la ley no la había guardado. Aunque eran adversarios entre sí, se unieron para oponerse a Cristo y manifestar la completa ruina del hombre responsable.

### 14.6 - Marcos 12:35-37

Después de haber respondido a todas las preguntas y silenciado a todos sus oponentes, el Señor a su vez hace una pregunta de importancia capital, –capital porque toca la gloria de su Persona y porque de su Persona depende toda bendición para el hombre. «¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? David mismo dice en el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo ponga a tus enemigos debajo de tus pies». Las preguntas de sus oponentes se basaban en el razonamiento y la imaginación de sus propias mentes; la pregunta del Señor se basa en la Escritura y revela la gravedad de su situación, pues arroja luz sobre el misterio de su Persona que se negaban a reconocer. Los escribas admitían que el Mesías debía ser el Hijo de David, pero no veían lo que el Espíritu Santo claramente estableció en sus propias Escrituras: que él no era solo el Hijo de David, sino también el Señor de David. ¿Cómo puede ser a la vez el Hijo de David y el Señor de David? Solo hay una respuesta posible. Él es verdaderamente Hombre, e igualmente una Persona divina. Al negarse a reconocer la verdad sobre su Persona, pierden la bendición, y aquel a quien rechazan se sienta a la diestra de Dios, donde espera hasta que haya llegado el momento de juzgar a todos sus oponentes.

### 14.7 - Marcos 12:38-40

Después de haber manifestado el estado de los líderes del pueblo, el Señor advierte contra los que profesan ser muy religiosos, pero cuyo único motivo es exaltarse a sí mismos. Les gusta la pompa, «ropas largas»; el honor público, «saludos en las plazas»; la preeminencia religiosa, «primeros asientos en las sinagogas»; las distinciones sociales, «lugares de honor en los banquetes»; tratan de enriquecerse, incluso a expensas de las viudas, y muestran ostentación religiosa cuando «simulan hacer largas oraciones». Qué solemnidad en las palabras del Señor: ¡«Recibirán mayor condenación»! Cuanto más altas sean las pretensiones, mayor será el juicio.

### 14.8 - Marcos 12:41-44

En contraste con aquellos que fueron desenmascarados como hipócritas religiosos, se nos concede ver que, en la nación, había algunos a quienes el Señor se complacía en reconocer. Están representados por esta pobre viuda. En esta mujer devota que dio todo lo que tenía, todo su sustento, para el mantenimiento de la casa de Dios, encontramos el espíritu del remanente piadoso que, en los días de Esdras, había regresado de Babilonia para construir la casa de Dios. Probablemente no sabía que el templo había sido corrompido por el hombre y que iba a ser destruido en el juicio; pero su corazón era recto ante Dios y sus motivos eran puros. Ella dio solo dos pitas, pero a los ojos de Dios, era más que lo que los otros habían dado, aunque ellos arrojaron abundantemente en el tesoro. Ellos habían puesto algo de su superfluo en ello; ella «de su pobreza, ha echado todo cuanto tenía, todo su sustento». Dios juzga el valor de un don, no por su importancia, sino por lo que se guarda para uno mismo.

## 15 - La gran tribulación (cap. 13)

El mal estado de los judíos fue revelado y los líderes de cada partido fueron condenados en la presencia del Señor. Habían rechazado a su Mesías y estaban a punto de crucificarlo. Esta suprema maldad pondría a la nación bajo el juicio gubernamental de Dios, llevando a la gran tribulación anunciada por los profetas. Esto traería dificultades y peligros, sufrimiento y persecución para los verdaderos discípulos del Señor –el remanente piadoso en medio de una nación impía. Para preparar a sus discípulos para estos días terribles, el Señor, a solas con ellos, predijo el curso de los acontecimientos, advirtiéndoles de los peligros a los que se expondrían y enseñándoles cómo actuar cuando se encontraran con ellos.

### 15.1 - Marcos 13:1-2

Estas instrucciones son introducidas por la observación de un discípulo que llama la atención del Señor sobre la belleza y magnificencia del templo. El Señor reconoce la majestad de los edificios, pero lo que los hombres admiraban tanto se había convertido a los ojos de Dios en una cueva de ladrones, y estaba destinado a la destrucción. No quedaría piedra sobre piedra que no sea derribada.

## 15.2 - Marcos 13:3-4

Esta declaración, que debía parecer muy extraña a quienes consideraban el templo como la casa de Dios y el centro glorioso de su religión, lleva a uno de los discípulos a preguntar: «Dinos, ¿cuándo será esto, y cuál será la señal cuando todo esto esté a punto de cumplirse».

En el siguiente discurso, el Señor hace mucho más que responder a estas preguntas. Los discípulos pensaban en los acontecimientos, pero el Señor tenía ante sí los suyos, sus sufrimientos y los peligros que encontrarían en medio de ellos. Además, en el relato dado por Marcos, el Señor, en armonía con el propósito especial de este evangelio, exhorta a sus discípulos de una manera muy especial a cumplir su misión dando testimonio de él en medio de la nación por la cual fue rechazado.

Para entender estas advertencias e instrucciones, es necesario recordar que los discípulos aquí representan el piadoso remanente judío y que, por lo tanto, el ministerio del cual el Señor les habla no es estrictamente el ministerio cristiano, aunque muchos principios y verdades se aplican tanto al pueblo terrenal de Dios como a su pueblo celestial. Este es un ministerio que comenzó con los doce entre los judíos mientras el Señor estaba en la tierra, y continuó entre los judíos después de su ascensión hasta el rechazo del testimonio del Espíritu Santo, durante la lapidación de Esteban. Después del arrebató de la Iglesia, será retomado por un remanente piadoso entre los judíos y se extenderá a todas las naciones. El evangelio que predicaron y que volverán a predicar no es exactamente el que se anuncia hoy. Será, por supuesto, Cristo y su obra que ellos proclamarán, y la gracia de Dios que perdona a los pecadores sobre la base de la obra de Cristo. Pero será la buena nueva de que él viene para reinar, y que el arrepentimiento y el perdón de pecados por medio de la fe en Cristo son la manera de entrar en las bendiciones del reino terrenal (Apoc. 14:6-7).

## 15.3 - Marcos 13:5-6

El Señor comienza su discurso con cinco advertencias. Primero advierte a los discípulos contra los falsos cristos. Muchos vendrán en el nombre de Cristo, algunos incluso llegando a decir: «¡Yo soy!» y el Señor añade que «a muchos engañarán». Esta advertencia prueba que el Señor tiene muy claramente a la vista al remanente piadoso dentro de la nación judía. Los cristianos, instruidos en la verdad cristiana, no se dejarían seducir por un hombre que dice ser Cristo; porque saben bien que es

en las nubes donde lo volverán a ver. El piadoso remanente esperará justamente la aparición de Cristo en la tierra, y así podría ser fácilmente seducido por el anuncio de su venida.

### **15.4 - Marcos 13:7-8**

En segundo lugar, se advierte a los discípulos que no concluyan que el fin está cerca cuando escuchen hablar de «guerras, y rumores de guerras». «Es necesario que todo esto suceda» en un mundo que ha rechazado a Cristo. Las guerras, los terremotos, las hambrunas y los disturbios son el comienzo del dolor, no el final.

### **15.5 - Marcos 13:9-11**

Tercero, se advierte a los discípulos que su testimonio los pondrá en conflicto con las autoridades del mundo. Pero estas persecuciones serán el medio por el cual Dios llevará el evangelio ante los grandes de la tierra –un «testimonio» para gobernantes y reyes. Además, este evangelio debe ser predicado primero entre todas las naciones antes del fin, –antes del regreso de Cristo. En vista de este testimonio y de las persecuciones que trae consigo, el Señor enseña a sus discípulos a no inquietarse al avance qué dirán cuando comparezcan ante los grandes de la tierra, y a no preparar su defensa. Se les dará en ese momento lo que tengan que decir, porque no son ellos los que hablarán; simplemente serán los portavoces del Espíritu Santo.

### **15.6 - Marcos 13:12**

Cuarto, se advierte a los discípulos que la presentación de la verdad en el poder del Espíritu Santo despierta tal hostilidad en el corazón humano que la persecución surgirá desde el seno mismo de la familia. Y cuanto más estrecha sea la relación, mayor será el odio. El hermano se levantará contra su hermano, el padre contra su hijo, los hijos se levantarán contra sus padres e incluso llegarán a matarlos.

### 15.7 - Marcos 13:13

En quinto lugar, se advierte a los discípulos que la persecución no solo vendrá de las autoridades y de los parientes más cercanos, sino que serán odiados por todos porque confiesan el nombre de Cristo. Sin embargo, el que persevere hasta el fin será salvo, cualquiera que sea el fin: la muerte como mártir o la venida de Cristo a la tierra. Como siempre, lo que prueba la realidad es la perseverancia. Puede haber deficiencias, y el amor de muchos puede incluso enfriarse, pero aquellos que tienen verdadera fe perseverarán. Pedro cayó, pero su fe no falló; perseveró hasta el fin.

### 15.8 - Marcos 13:14-20

En el resto de su discurso, el Señor habla de acontecimientos que todavía están por venir. Él pasa en silencio el período de la Iglesia y nos dice lo que ocurrirá en Jerusalén durante el tiempo de la gran tribulación que seguirá a este intervalo de la Iglesia. Este terrible momento es expresamente predicho por el profeta Jeremías que dice: «¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob» (Jer. 30:7). Daniel también tiene en mente este período cuando dice: «Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces» (Dan. 12:1). Así, en el pasaje correspondiente de Mateo 24:21, como aquí en Marcos, el Señor nos dice que estos días de aflicción «habrá tal tribulación como nunca ha habido desde el principio de la creación que creó Dios hasta ahora, ni la habrá jamás».

La destrucción de Jerusalén, con todos sus horrores, puede ser un presagio del futuro, pero de ninguna manera es el cumplimiento de la profecía de este tiempo de dolor. De este pasaje aprendemos que la venida del Señor a la tierra sigue inmediatamente a la gran tribulación; y es obvio que el Señor no vino después de la destrucción de Jerusalén. Además, no puede haber dos períodos de tribulación «como nunca ha habido». Finalmente, Daniel nos dice que este tiempo de tribulación para la nación judía tendrá lugar durante el reinado del Anticristo, quien será recibido por la nación que rechazó a su propio Mesías (Juan 5:43). Es durante el reinado de este hombre inicuo que se establecerá la forma más terrible de idolatría; el Señor habla de ella como la «abominación de la desolación». Tendrá el efecto de sembrar la desolación en Jerusalén y en Judea.

El establecimiento de esta abominación será la culminación de la hostilidad del hombre contra Dios. Esto será la señal de que el testimonio del piadoso remanente ha

terminado y que los de Judea deben huir a las montañas. No ha habido nada en el pasado y no habrá nada en el futuro que iguale las terribles aflicciones de esos días. Serán tan grandes, tanto para la nación como para el remanente piadoso que, si el Señor no acertara estos días, nadie sería salvo. Pero debido a los elegidos, los días de esta gran tribulación serán acortados.

Como siempre, el Señor piensa en los suyos en medio de las pruebas y tribulaciones. Les advierte, les instruye y cuida de ellos. Piensa en los obreros del campo y en las mujeres en las casas, y no es indiferente al tiempo que hará.

### **15.9 - Marcos 13:21-23**

El Señor advierte a los discípulos contra las falsas esperanzas de liberación; contra los anuncios engañosos de falsos cristos; contra los falsos profetas, las señales falsas y los milagros aparentes. Su seguridad será recordar las palabras del Señor: «Os he dicho todo de antemano».

### **15.10 - Marcos 13:24-25**

«En aquellos días», después de la gran tribulación entre los judíos, toda autoridad establecida entre los gentiles será derrocada. El orden establecido por Dios para el gobierno del mundo caerá en confusión. El poder supremo, presentado figurativamente por el sol, será oscurecido. La autoridad derivada, tipificada por la luna, pierde toda influencia; y las autoridades subordinadas, comparadas con las estrellas, pierden su lugar y poder. A pesar de todo el progreso del que se jactan los hombres, esta dispensación terminará en una tribulación, confusión y anarquía sin precedentes.

### **15.11 - Marcos 13:26**

La maldad de los judíos y de los gentiles habiendo llegado a su apogeo, Dios interviene públicamente a través de la venida de Cristo como el Hijo del hombre, para tomar posesión de la tierra. Su primera venida estuvo marcada por la debilidad y la humillación; su segunda venida estará marcada por un gran poder y gloria.

**15.12 - Marcos 13:27**

La reunión de los elegidos de Israel esparcidos entre los gentiles seguirá inmediatamente a la venida del Hijo del hombre. Por otros versículos de la Escritura, sabemos que la Iglesia ya habrá sido llevada para encontrarse con Cristo en el aire, y que ella aparecerá con él; pero esto no se dice en este pasaje. El Señor habla aquí a los discípulos judíos; habla de esperanzas judías, no de verdades sobre la Iglesia, que sus oyentes, en ese momento, no podían conocer.

**15.13 - Marcos 13:28-29**

Cuando la higuera viste sus hojas jóvenes, estamos seguros de que el verano está cerca. De la misma manera, la aparición del remanente piadoso en medio de la nación apóstata de Israel será una señal de que el tiempo de bendición para la nación está cerca.

**15.14 - Marcos 13:30-31**

La perversa e incrédula generación de los judíos no pasará hasta que todas estas cosas hayan sucedido. Ciertamente fueron dispersos entre las naciones, sin tener ya patria, pero, como sabemos, nunca fueron absorbidos por otras naciones. Además, las palabras del Señor no pasarán hasta que todas estas cosas sean cumplidas. Esto es ciertamente verdad de todas las palabras del Señor; pero se especifica aquí en relación con su segunda venida, debido a la incredulidad de nuestros corazones acerca de la intervención de Dios en el curso de los acontecimientos de este mundo.

**15.15 - Marcos 13:32-36**

En cuanto al día de su venida, nadie lo sabe, ni siquiera el Hijo que se ha hecho hombre. Hablando como Siervo, podía decir que no conocía el día. Sin saber el día de su venida, debemos velar y orar. Cristo es como un hombre que fue a una tierra lejana, que dio autoridad a sus esclavos, confió a cada uno a su propia tarea y ordenó al portero que vigilara. Velen, pues, los siervos del Señor, para que no venga de repente y los encuentre esclavizados por el mundo y dormidos espiritualmente.

## 15.16 - Marcos 13:37

Las últimas palabras del Señor son una exhortación que dirige a todo los suyos. No todos los detalles sobre el futuro pueden tener una aplicación inmediata para los cristianos, pero el último «¡velad!» es para todos. Los creyentes de todas las dispensaciones reciben su autoridad del Señor, y son los siervos del Señor, cada uno habiendo recibido una obra del Señor. Todos deben tener cuidado de no caer en el sueño espiritual, y no descuidar la obra para el Señor.

## 16 - La sombra de la cruz (cap. 14)

Con el capítulo 14 nos acercamos a las últimas escenas de la vida del Señor, escenas muy solemnes en las que se revelan muchos corazones. Encontramos allí la corrupción y la violencia de los líderes judíos, el amor de una mujer devota, la perfidia del traidor y la caída de un verdadero discípulo. Sobre todo, resplandece el amor infinito y la gracia perfecta de Cristo, mientras instituye la Cena, pasa por la agonía de Getsemaní y se somete silenciosamente a los insultos de los hombres.

### 16.1 - Marcos 14:1-2

El capítulo comienza con una breve mención de la hostilidad mortal de los líderes de la nación. Ya habían rodeado al Señor con palabras de odio, y habían hecho guerra contra él sin causa; le habían devuelto el mal por bien, y el odio por su amor (Sal. 109:2-5). A cada paso, había manifestado una gracia perfecta; en todas partes solo había hecho el bien. Él había sanado a los enfermos, satisfecho a los hambrientos, perdonado los pecados, liberado del poder del diablo y resucitado a los muertos. Había advertido a estos hombres, les había suplicado, llorado por ellos, pero todo esto fue en vano.

Ahora ha llegado por fin el momento en que están decididos a llevárselo y matarlo. Para lograr su propósito, deben recurrir al engaño, que prueba que sus motivos eran malos y que, si tenían miedo de los hombres, no tenían ninguno de Dios. Si el pueblo no tenía conciencia de una necesidad personal de Cristo, al menos podían apreciar su bondad y disfrutar de sus milagros. Temiendo que hubiera agitación mientras las multitudes se reunían en Jerusalén para la Pascua, los líderes del pueblo decidieron no apoderarse del Señor en el día de la fiesta. Dios, sin embargo, había decidido lo

contrario y, como siempre, es su voluntad la que prevalece, cualquiera que sea la astucia y las tramas de los hombres.

## 16.2 - Marcos 14:3-9

Después de esta breve alusión a los líderes del pueblo, llegamos a la maravillosa escena de la casa de Betania. Cuando el Señor estaba a la mesa en la casa de Simón el leproso, una mujer –que según otros relatos sabemos que es María, la hermana de Marta– viene con un frasco de alabastro lleno de una fragancia de nardo puro y de mucho precio, y vierte su contenido sobre la cabeza del Señor. María expresa así su aprecio por Cristo, su afecto por él y su discernimiento espiritual. En ese momento, su inteligencia parecía haber superado la de los otros discípulos. Ganada por su gracia y atraída por su amor, ella se había sentado previamente a sus pies para escuchar su palabra. Alguien dijo: “La gracia y el amor de Jesús habían producido amor por él, y su palabra había producido inteligencia espiritual”.

Su amor por Cristo la había hecho sensible al creciente odio de los judíos. Su acto era el testimonio de su amor y aprecio por Cristo en el mismo momento en que las tramas de los hombres expresaban su odio contra él. El acto de adoración de María pone de relieve, desgraciadamente, la codicia de algunos de los que estaban allí. Sabemos, por el relato del Evangelio según Juan, que Judas estaba a la cabeza de los que estaban indignados contra María. Lo que Cristo estimaba una ganancia, Judas lo estimaba una pérdida. Los hombres pueden apreciar los beneficios logrados en favor de sus semejantes, pero miden poco, o nada, el valor de un homenaje cuyo único propósito es Cristo. Como cristianos, ¿no corremos el peligro de ser animados por el mismo espíritu cuando estamos activos, y con razón, por la predicación del Evangelio a los pecadores o por el cuidado a los creyentes, y que damos poca importancia a un acto de adoración que da a Cristo un lugar pleno? No olvidemos que los que murmuran viendo la devoción de María, en realidad menosprecian a Cristo. Si el acto de María no es más que una pérdida pura, entonces Cristo no es digno del homenaje de los suyos.

Pero si el acto de María despierta la indignación de los hombres, se gana la aprobación de Cristo. Al Señor le gusta decir: «Ella ha hecho una «buena obra conmigo». En [Lucas 10](#), leemos que María escogió «la buena parte» (v. 42). Aquí aprendemos que ella hace «una buena obra». Lo buena parte es sentarse a sus pies y escuchar su Palabra; una buena obra es una obra que tiene como motivo a Cristo. Puede haber mucha actividad en el servicio, pero si Cristo no es el motivo, tendrá poco valor en

el día venidero. Además, el Señor aprueba el acto de María no solo por la pureza de sus motivos, sino también porque hizo «lo que podía». En el servicio a Cristo, no es justo descuidar la oportunidad de realizar una tarea comparativamente pequeña y oscura, y más bien aspirar a una gran obra pública que, en última instancia, puede tener el motivo malo de exaltarse a sí mismo. ¿No es esta bella escena un estímulo para nosotros, para que hagamos lo que está en nuestro poder, incluso el servicio más insignificante, con el puro motivo de exaltar a Cristo?

El Señor se complace en darnos el verdadero significado espiritual del acto de María. Ella había anticipado el momento de ungir su cuerpo para su sepultura. En efecto, fue demasiado tarde cuando los otros vinieron con sus plantas aromáticas, para expresar su aprecio por Cristo; eran sinceros, pero sin inteligencia. María, con más discernimiento espiritual, expresa su amor por él antes de que sea puesto en la tumba. El Señor atribuye tal valor a la acción de María que dice: «Dondequiera que sea predicado el evangelio en todo el mundo, también lo que ella ha hecho será contado para memoria suya». Su obra de amor será siempre un magnífico ejemplo de lo que realmente produce el Evangelio. No solo nos trae el conocimiento de la salvación y el perdón de los pecados, sino que también une nuestros corazones a Cristo, que así se convierte en el objeto supremo de nuestras vidas. Sabemos que la Cena del Señor, comida celebrada a través de los siglos, recuerda continuamente la perfección del Salvador y el amor infinito por los suyos; pero esta comida, que tuvo lugar una vez en Betania, siempre nos recordará la devoción y el amor de una creyente por Cristo.

### 16.3 - Marcos 14:10-11

La «buena obra» de María es seguida inmediatamente por la mala obra de Judas. Empujado afuera por la enemistad del diablo, y adentro por los deseos de la carne, sin conciencia hacia Dios, Judas fue a los principales sacerdotes para entregar al Señor en sus manos. Ellos, igualmente desprovistos de conciencia y de temor de Dios, prometen darle dinero. Por codicia, Judas persigue su malvado propósito y busca traicionar al Señor en un momento conveniente para los principales sacerdotes.

### 16.4 - Marcos 14:12-16

Sin dejarse detener por las tramas de estos hombres malvados, el Señor continúa manifestando su perfecto amor por los suyos, e instituye el memorial por el cual todos los redimidos tenemos el privilegio de imitar el acto de adoración de María: *recordar su muerte*. Los incidentes que preceden a la cena, aunque sencillos en sí mismos, manifiestan la gloria de la persona del Señor. Dos discípulos fueron enviados para preparar la fiesta. El Señor va al encuentro de la muerte, pero es sin embargo el Rey, que tiene el derecho de reclamar una habitación de huéspedes; y a su voluntad soberana todos deben someterse. Además, es una Persona divina y todas las cosas le son conocidas. El hombre que lleva «un cántaro de agua», el «dueño de la casa», la «gran aposento alto, amueblado» están todos ante sus ojos. Los discípulos enviados para llevar a cabo sus instrucciones encontraron todo como él les había dicho.

### 16.5 - Marcos 14:17-21

Al llegar la tarde, viene con los doce y se sientan a comer la Pascua –la conmemoración de la liberación de los israelitas de Egipto. El Señor iba a lograr una liberación infinitamente mayor para los suyos. Para esta redención eterna, su muerte era necesaria, y la traición de uno de los doce intervendría en ello. El Señor, en su perfecto amor, sintió profundamente que uno de los que había vivido en su santa presencia, que había oído sus palabras de gracia, que había sido testigo de su infinito amor y paciencia, pudiera hacerlo. Cuando dice: «Uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar», expresa la angustia de su corazón. Cuanto mayor y más perfecto es el amor, mayor es la angustia en presencia de tal traición. Nunca se había expresado el amor en toda su perfección como lo fue en Cristo, y Judas había vivido muy cerca de Cristo. Pero todo esto había sido en vano, pues si bien había apreciado algo del amor de Cristo, amaba aún más el dinero. La crueldad, la maldad de esta traición se destaca en el hecho de que El Señor desea que otros entren en sus sufrimientos. Se ha dicho: “No los esconde con orgullo, sino que quiere depositar en el corazón humano los dolores que experimenta como hombre; el amor cuenta con el amor” (J.N. Darby). No podemos compartir los sufrimientos que el Señor experimentó en la cruz, siendo abandonado por Dios; pero aquí, sin embargo, son sufrimientos causados por el hombre, y podemos, como hombres, entrar en ellos en nuestra pequeña medida. La traición de Judas había sido anunciada mucho antes; todo estaba sucediendo «conforme está escrito». Pero ¡ay del traidor!, porque como se ha dicho: “El

cumplimiento del consejo de Dios no quita la iniquidad de los que lo cumplen; de otro modo, ¿cómo Dios podría juzgar al mundo?» (J.N. Darby).

### **16.6 - Marcos 14:22-24**

Luego encontramos la institución de la Cena. Las palabras «estando ellos comiendo» distinguen claramente la comida pascual en la que participaban y la Cena del Señor. En esta última, el pan representa su cuerpo; y la copa, su sangre vertida, no solo por los judíos, sino por muchos. Es un memorial. Somos amados con tal amor que el Señor aprecia que Lo recordemos. La sangre de Cristo en su valor infinito está siempre ante los ojos de Dios, y quiere que los suyos lo recuerden siempre.

### **16.7 - Marcos 14:25**

El Señor usa la copa como símbolo de su sangre vertida por muchos. El vino, en su sentido natural de fruto de la vid, representa la alegría terrenal. La muerte de Cristo rompe sus lazos con la tierra y con lo terrenal, hasta que el Reino de Dios sea establecido en la tierra. Hoy los creyentes están unidos a un Cristo celestial que sufrió en la tierra; esperan el reino futuro para compartir con Cristo las glorias y alegrías del reino terrenal.

### **16.8 - Marcos 14:26**

Después de la cena, «Después de cantar un himno, salieron al monte de los Olivos». La combinación de estas dos cosas es maravillosa. Lo entenderíamos mejor si hubiera cantado un himno y se hubiese quedado en el aposento alto, o si hubiera salido sin cantar. Pero cantar un himno en el momento que salía para enfrentar a sus enemigos, la traición, la negación, la agonía en Getsemaní y el abandono de la cruz, testifica de una paz de espíritu que ciertamente venía de que tenía en mente la voluntad del Padre, y el gozo que estaba ante él más allá de la cruz.

## 16.9 - Marcos 14:27-31

Sin embargo, las mismas circunstancias que revelan la perfección del Señor muestran la debilidad de los discípulos. Pueden cantar juntos en la presencia del Señor y, sin embargo, esa misma noche, cuando ya no estén con él, se escandalizarán y se dispersarán. ¿Acaso no presentan de manera muy solemne lo que ha sucedido entre los hijos de Dios? Solo podemos cantar juntos en su presencia, cada uno de nuestros corazones apegados a él. El profeta puede decir: «Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán» (Is. 52:8). Y es solo cuando todos los ojos están puestos en él que podemos verlo cara a cara. Lejos de su presencia, nos escandalizamos fácilmente a causa de Cristo y nos escandalizamos los unos a los otros; y los creyentes escandalizados pronto se separarán y se convertirán en ovejas dispersas. Nunca más los creyentes dispersos, ya sea que pertenezcan a Israel o a la Iglesia dividida, podrán cantar juntos hasta que todos estén reunidos alrededor del Señor y lo vean cara a cara.

Pero, bendito sea su nombre, él nunca falta; por eso la dispersión terminará y vendrá el tiempo de la reunión. Los discípulos ya iban a experimentar esto en su tiempo; iban a aprender que el Señor, después de su resurrección, era el mismo, siempre manifestando el amor y la gracia de su corazón. Él, el gran Pastor de las ovejas, iría delante de ellas y una vez más sus ovejas lo seguirían.

El Señor dio una palabra de advertencia, seguida de una palabra de aliento. Al igual que Pedro, debido a nuestra confianza en nosotros mismos, con demasiada frecuencia no estamos atentos a sus advertencias y perdemos la bendición de sus palabras de aliento. Ignorando nuestra debilidad, pensamos estar en seguridad donde otros pueden fallar. Así dice Pedro: «¡Aunque todos se escandalicen, yo no!» Todos iban a estar escandalizados, pero el primero en expresar confianza en sí mismo es el que sufriría la caída más grave. Caemos en las cosas mismas de las que nos enorgullecimos. Pedro se jacta de que nunca sería escandalizado. El Señor dijo: «Esta misma noche... me negarás tres veces».

Este anuncio de su inminente caída no hace sino aumentar la vehemencia con que Pedro protesta de su devoción al Señor. Dijo: «Si es necesario moriré contigo, y de ningún modo te negaré». Él era indudablemente sincero, pero debemos aprender que la sinceridad no es suficiente para mantenernos fieles al Señor. Necesitamos estar fortalecidos en la gracia que es en Cristo Jesús para poder vencer la debilidad de la carne, escapar de las artimañas del diablo y ser liberados del temor del hombre. La simple pregunta de una joven es suficiente para que el diablo derribe a un

apóstol, cuando ya no está en contacto con Cristo. Las palabras de exaltación de Pedro, repetidas por todos los discípulos, no piden una respuesta del Señor. Es obvio que hay veces en que las declaraciones de los creyentes son tan manifiestamente carnales que es inútil tratar de responderlas. Hay un tiempo para estar en silencio, y un tiempo para hablar.

### 16.10 - Marcos 14:32-42

El Señor sentía un profundo sufrimiento viendo que la nación estaba conspirando para matarlo, que uno de los doce estaba a punto de traicionarlo, que otro iba a negarlo, y que todos se escandalizarían a causa de él. Pero en Getsemaní, el Señor se enfrenta a un dolor incomparablemente más profundo, el que soportaría en la cruz cuando, siendo hecho pecado, sería abandonado por Dios. Ante este terrible sufrimiento, como en todas las demás pruebas de su vida perfecta, se dedica a la oración. Pero cual sea el alivio que esta le traiga, su efecto inmediato es hacer que la prueba sea aún más sensible. La oración pone todas las circunstancias en la presencia de Dios, y allí se realizan en su verdadero carácter. La ruina de Israel, la traición de un Judas, la debilidad y las deficiencias de los suyos, el poder y la enemistad de Satanás, la realidad del juicio, las justas exigencias de un Dios santo, son ciertamente lo que nuestro Señor ha realizado plenamente en la presencia del Padre.

El Señor toma consigo en el jardín a Pedro, Santiago y Juan, aquellos que, cuando llegue el momento, ocuparán un lugar especial como columnas en la asamblea. En la montaña, ya habían sido elegidos como testigos de sus glorias; ahora, en el jardín, se les da la oportunidad de compartir sus dolores. Nadie podía compartir con él el abandono real que tuvo que sufrir en la cruz, pero otros podían, a su medida, participar en el ejercicio profundo que su alma conocía anticipando la cruz. Para él, nuestro santo sustituto, morir era soportar el juicio del pecado; por eso puede decir: «Mi alma está muy triste hasta la muerte». Habiendo soportado el castigo de la muerte, él la ha despojado de sus terrores para el creyente: Esteban puede regocijarse ante la perspectiva de la muerte, y Pablo puede decir que morir y estar con Cristo es mucho mejor. El temor a la cruz formaba parte de su perfección y, por tanto, puede decir al Padre: «¡Todo te es posible! ¡Aparta de mí esta copa!». Pero aceptar la cruz y cumplir la voluntad de su Padre era también parte de su perfección; así que añade: «Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú».

Para la pobre y débil naturaleza humana de los discípulos, los sufrimientos del jardín eran demasiado profundos, así como las glorias de la montaña habían sido dema-

siado grandes. En ambas ocasiones se refugian en el sueño. Cuando el Señor viene y encuentra a los discípulos durmiendo, es a Pedro, que había alardeado más que otros de su devoción a él, a quien se dirige especialmente; le pregunta: «Simón, ¿duermes? ¿No tuviste fuerza para velar una sola hora?». Solo la oración, expresión de nuestra dependencia de Dios, nos preparará para afrontar la tentación. La confianza en sí mismos que caracteriza nuestra naturaleza hace que, con demasiada frecuencia, tenemos poco miedo a la tentación y, por lo tanto, no somos conscientes de nuestra necesidad de orar. Sin embargo, con tierna compasión, el Señor reconoce la realidad de su amor por él, a la vez que reconoce su debilidad: «El espíritu... está dispuesto, pero la carne es débil».

Otra vez se aleja y ora; y cuando regresa encuentra a sus discípulos durmiendo de nuevo. No habían prestado atención a las advertencias del Señor, pues sus ojos estaban agobiados. La tercera vez que el Señor vuelve a ellos, debe decirles: «Dormid lo que resta y descansad». Habían perdido la oportunidad de velar con el Señor y habían mostrado su propia debilidad; por lo tanto, el Señor debe decirles: «¡Basta!». El tiempo de velar y orar había terminado; el momento de la prueba estaba allí; el traidor se había acercado, y el único que había velado y orado puede decir ahora, con la confianza y la dependencia de Dios: «¡Levantaos! ¡Vamos!».

### 16.11 - Marcos 14:43-45

En la escena solemne que sigue, la de la traición, vemos la maldad de nuestros propios corazones cuando son dejados a sí mismos y endurecidos por Satanás. Sin la gracia de Dios, cuán fácilmente podemos ceder a la carne y, dando rienda suelta a nuestros deseos, ponernos bajo el poder de Satanás e incluso llegar a traicionar a Cristo. Este fue el caso de Judas; puede decir a los enemigos del Señor: «Prendedle y llevadle». Parece que Judas los engañaba cuando les dijo: «Llevadle». Aparentemente, él esperaba que el Señor pasara a través de sus enemigos, como lo había hecho en ocasiones anteriores; así el Señor se liberaría de sus enemigos mientras Judas obtenía el codiciado dinero. Sin saber nada del consejo de Dios ni de la perfección de la obediencia del Señor, Judas no estaba preparado para que Jesús se sometiera a sus enemigos para hacer la voluntad del Padre, según las palabras que acababa de decir en el jardín: «No lo que yo quiero, sino lo que tú».

Así, mientras satisface su propia codicia y ciego a la gloria de Cristo, Judas no solo se atreve a traicionar al Señor, sino también a hacerlo con un beso. Un poco más tarde, los enemigos del Señor le escupirán a la cara. Con la misma gracia, el Señor

se somete a la horrible hipocresía del traidor que lo besa, y al insultante desprecio de sus enemigos que escupen contra él. Maravilloso Salvador que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo.

### **16.12 - Marcos 14:46-47**

Pero si Judas, el traidor, no estaba preparado a la sumisión del Señor a sus enemigos, tampoco Pedro, un verdadero discípulo. Aunque su nombre no se menciona aquí, sabemos que fue él quien sacó su espada y golpeó a un esclavo del sumo sacerdote. Impulsado por la codicia, Judas traiciona al Señor; impulsado por el amor, Pedro lo defiende. Sin embargo, a pesar de su sinceridad, Pedro estaba entorpeciendo el camino del perfecto Siervo de Jehová. En este evangelio, no se menciona la curación de la herida, el propósito no es tanto presentar el poder del Señor, sino más bien su sumisión como Siervo perfecto.

### **16.13 - Marcos 14:48-49**

Hemos visto la codicia de Judas, luego la energía carnal de Pedro, que estaba listo para luchar, si no lo estaba para orar. Ahora descubrimos la cobardía y la bajeza de los líderes judíos. Podían haber arrestado al Señor todos los días en el templo, abiertamente, porque el Señor había enseñado en público, sin esconderse; pero su cobardía, su temor al pueblo, y la ausencia en ellos de cualquier principio, los llevó a actuar como si estuvieran tratando con un bandido. Conocían a los ladrones y cómo tratarlos, pero las infinitas perfecciones de Cristo excedían su entendimiento.

### **16.14 - Marcos 14:50-52**

Vemos aquí la debilidad de los discípulos: «Dejándolo, huyeron todos». Un joven, sin embargo, corre el riesgo de seguirlo, pero solo para escapar después de una manera aún más vergonzosa.

## 16.15 - Marcos 14:53-65

En su sumisión a la voluntad del Padre, el Señor consiente ser llevado a comparecer ante el Sanedrín. Pedro, animado por un verdadero amor hacia él, lo sigue; pero actuando con confianza en sí mismo, lo hace sin tener el pensamiento del Señor y, así, lo sigue «de lejos». Como nos sucede con demasiada frecuencia, caminando sin dirección divina, Pedro sufre la tentación sin el apoyo divino, y así aprende la debilidad total de la carne.

En la escena que sigue, con los sumos sacerdotes y el Sanedrín, vemos a qué profundidad de maldad puede llegar la carne religiosa. Ya habían decidido condenar a muerte a Cristo; por lo tanto, su juicio no tenía por objeto determinar si había cometido algo digno de la muerte, sino que era solo una estratagema horrible para encubrir un asesinato con una apariencia de justicia. En la maldad de sus corazones, no buscan la verdad, sino «un testimonio contra Jesús, para darle muerte». Al no encontrar ninguno, recurren a falsos testimonios; sin embargo, deben comprobar que estos no servirán a su propósito, porque se condenan a sí mismos al contradecirse unos a otros.

Finalmente, el sumo sacerdote se ve obligado a cuestionar a Cristo. Ante toda esta enemistad y maldad, el Señor «callaba y nada respondía». Pedro, testigo de estas escenas solemnes, puede decirnos años más tarde que el Señor «siendo insultado, no respondía con insultos; cuando sufría, no amenazaba». «Como cordero fue llevado al matadero... no abrió su boca» (Is. 53:7). No tenía nada que responder a las malvadas acusaciones; pero cuando se pone en duda la gloria de su Persona, da testimonio de la verdad, sin vacilar, cualesquiera que sean las consecuencias –ejemplo perfecto para todos sus siervos. Al no haber logrado sus fines con mentiras, ahora buscan condenar al Señor por su testimonio de la verdad. Todo lo que el diablo logra hacer, es sacar a la luz la verdad sobre la gloria de la persona de Cristo y manifestar la absoluta maldad de la carne religiosa. Si, por un momento, a estos hombres se les permite llevar a cabo sus malvados planes, son solo instrumentos para hacer las cosas que el consejo de Dios había «cumplido lo que había anunciado por boca de todos los profetas» (Hec. 3:18).

El Señor Jesús era ciertamente el Cristo, el Hijo del Bendito, pero también era el Hijo del hombre que será visto «sentado a la diestra del poder», y regresando a la tierra en gloria. Rechazado como Hijo de Dios según el **Salmo 2**, toma el lugar del Hijo del hombre según el **Salmo 8**.

Para estos líderes, cegados por su incredulidad, la verdad aparece como una blasfemia y, unánimemente, «todos ellos le condenaron como digno de muerte». En perfecta sumisión a la voluntad del Padre, aquel que pronto será exaltado a la diestra del poder y regresará en gloria, no ofrece resistencia a los ultrajes de aquellos que escupan a su rostro y lo golpean con sus manos.

### 16.16 - Marcos 14:66-72

¡Ay! El Señor no solo debe soportar los insultos de los hombres malvados, sino también la negación de uno de sus discípulos. Lleno de confianza en sí mismo, Pedro no estuvo atento a las advertencias del Señor y descuidó sus exhortaciones a velar y orar. La carne lo ha expuesto a una tentación en la que no puede ofrecerle apoyo. Mientras el Señor, ante la maldad de sus enemigos, guardaba silencio en su gracia, Pedro se callaba por miedo, mientras se calentaba al fuego del mundo, en compañía de los enemigos del Señor. Y mientras que el Señor habla para confesar la verdad, Pedro habla para negarla. En su confianza en sí mismo, Pedro había dicho: «¡Si es necesario moriré contigo, y de ningún modo te negaré!». Puesto a prueba por la simple pregunta de una sirvienta: «¡Tú estabas con Jesús el nazareno!», cuando no hay nada que sugiera que le pueda pasar algo malo, y aún menos la muerte, presiente un peligro y niega al Señor. Pero su conciencia no le va a permitir quedarse con aquellos a los que mintió. Sale al vestíbulo e inmediatamente, de acuerdo con las palabras de advertencia del Señor, escucha el canto del gallo. Pero de nuevo, la sirvienta lo vio y dijo a los que estaban allí: «¡Este es uno de ellos!» Por segunda vez Pedro niega al Señor. Poco después, otros le dijeron: «¡Verdaderamente eres de ellos; porque también eres galileo!». Y entonces, no solo niega al Señor por tercera vez, sino que lo hace con maldiciones y juramentos. Pedro debía haber aprendido –lo que nosotros mismos tardamos tanto en reconocer– que «engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso» (Jer. 17:9). Engañado por su confianza en sí mismo, no se dio cuenta de que la maldad de su corazón era tal que estaba dispuesto, si se presentaba la oportunidad, a negar a su amado Maestro, incluso con maldiciones y juramentos.

¡Qué solemne es la conducta de Pedro en estas escenas llenas de gravedad! Esto se nos presenta, no para que concentremos en su caída y rebajemos a un siervo devoto del Señor, sino más bien para que aprendamos a conocer el mal que hay en nuestros corazones y estemos en guardia. Cuando el Señor le advirtió que lo negaría, Pedro, seguro de sí mismo, reprende al Señor y se jacta de su devoción. Un

poco más tarde, mientras el Señor vela y ora, Pedro está dormido. Cuando el Señor calla en presencia de sus enemigos, como una oveja delante de los que la esquilan, Pedro utiliza la espada. Mientras que el Señor hace la hermosa confesión ante el sumo sacerdote, Pedro lo niega ante una simple sirvienta.

Pedro ha caído; pero el Señor permanece, y sigue siendo el Mismo. Los sufrimientos que sufrió al ser rechazado por la nación, traicionado por un falso discípulo, negado por un verdadero discípulo y abandonado por todos, no podían apartarlo de los suyos, ni disminuir el amor de su corazón. Cuando Pedro oyó cantar al gallo por segunda vez, recordó la palabra que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces». Estas palabras rompen el corazón de Pedro y le hacen derramar lágrimas de arrepentimiento. «Y pensando en ello, Pedro lloraba». Justamente se ha dicho: “Si la vigilancia y la oración son siempre necesarias, solo quien camina con la profunda convicción de que debe temer caer en los peores pecados si su alma no está ocupada con Jesús será irreprochable, inocente y no se avergonzará”. No conocemos el engaño de nuestro propio corazón; pues el mismo pasaje que nos dice que es engañoso por encima de todo, e incurable, continúa haciendo la pregunta: «¿Quién lo conocerá?» El profeta da inmediatamente la respuesta: «Yo, Jehová... que pruebo el corazón» (Jer. 17:9). Solo aquel que sondea y conoce nuestros corazones puede salvarnos de caer, y levantarnos cuando hemos caído. Esto es lo que Pedro restaurado fue llevado a confesar, el día de la resurrección, cuando dijo: «Señor, tú lo sabes todo» (Juan 21:17). Nunca más volverá a hablar de su propio corazón, ni a jactarse de lo que hará o no hará. Más bien, se pondrá en las manos de Aquel que sabe todas las cosas –toda la maldad de nuestros corazones y todo el poder del enemigo– y que es el único que puede evitar que caigamos.

*“De ti que nada me separe,  
¡Oh, mi Salvador! Enséñame,  
Si mi pie de nuevo se pierde,  
Para a ti pronto volver”.*

*Traducción libre*

*Himnos y Cánticos en francés No. 71 estr. 6*

## 17 - La Cruz (cap. 15)

En las escenas relacionadas con la cruz, la maldad del hombre caído aparece en todo su horror. Todas las clases de la sociedad están representadas: judíos y gentiles, los sacerdotes y el pueblo, el gobernador y sus soldados, los transeúntes y los malhechores. A pesar de sus diferencias políticas o sociales, todos están unidos en su odio y rechazo a Cristo (v. 1-32).

Cuando el hombre y toda su maldad desaparecen en las tinieblas que cubren el país, se nos concede escuchar el clamor del Salvador, expresando su abandono de Dios, en el momento en que, como la santa Víctima, fue hecho pecado para que pudiéramos llegar a ser justicia de Dios en él (v. 33-38).

Finalmente, después de las horas de abandono, tenemos el triple testimonio dado al Señor Jesús por el centurión, por algunas mujeres piadosas y por José de Arimatea (v. 39-47).

### 17.1 - Marcos 15:1-15

El Señor ya ha sido injustamente condenado por el Sanedrín de los judíos. Pero es necesario que el mundo entero sea mostrado culpable; así, como el perfecto Siervo de Jehová, el Señor acepta comparecer ante el tribunal del poder romano, lo cual no tendrá otro resultado que probar la bancarrota total del gobierno puesto en manos de los gentiles.

Pilato preguntó de nuevo al Señor sobre la verdad, pues lo primero que preguntó fue: «¿Eres tú el rey de los judíos?» El Señor responde: «Tú lo dices». Como alguien dijo: “Ya sea ante el sumo sacerdote o ante Pilato, esta es la verdad que él confesaba y es por la verdad que fue condenado por el hombre” W. Kelly. A las acusaciones de los judíos, no responde nada. En la perfección de su conducta, sabe cuándo hablar y cuándo callar. Hablará para establecer la verdad, pero cuando se trata solo de maldad contra sí mismo, guarda silencio. Que aprovechemos su ejemplo perfecto y sigamos los pasos de Aquel que, cuando se le ultrajaba, no devolvía ningún ultraje. Hay momentos en que el silencio tiene un efecto mucho mayor en la conciencia que cualquier palabra. Sin embargo, tal silencio es totalmente ajeno a nuestra naturaleza caída. Por lo tanto, Pilato está sorprendido.

Sabiendo perfectamente bien que todas las acusaciones de los judíos contra Cristo

no tenían ningún valor, Pilato trató, por un lado, de apaciguar a los judíos y, por otro, de no cometer la infamia de condenar a un hombre inocente. Para ello, utilizó la costumbre de liberar a un prisionero en la Pascua, cual sea el que pidan. En ese momento, había un famoso prisionero, llamado Barrabás, que estaba detenido por sedición y asesinato. Animado por la multitud que reclamaba a gritos que se hiciera según esta costumbre, Pilato sugirió que Jesús, el Rey de los judíos, sea liberado en vez de Barrabás, el asesino.

El uso de esta costumbre era solo un compromiso y añadía a la maldad del juez; porque si el Señor era inocente –como Pilato lo sabía–, un juicio justo habría requerido que fuera liberado sin tener en cuenta ninguna costumbre. Además, la injusticia de Pilato al no liberar inmediatamente a un hombre inocente se ve agravada por el hecho de que era plenamente consciente de que era por envidia que estos hombres malvados habían atado al Señor y lo habían llevado ante el tribunal. En un pecador o un creyente, la envidia –o los celos– es una de las incitaciones más poderosas al mal en el mundo. Fueron los celos los que llevaron al primer asesinato, cuando Caín mató a su hermano; fueron los celos los que llevaron al más grande de los asesinatos, cuando los judíos mataron a su Mesías. El predicador puede decir: «Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?» (Prov. 27:4). Con los corazones llenos de celos, estos líderes religiosos animan a la gente a escoger a Barrabás antes que a Cristo. Impulsados por los celos, rechazan a Cristo, aquel cuya persona entera «es deseable», y eligen a un asesino y a un rebelde. Que todos los creyentes tomen en serio las lecciones de esta solemne escena y estén atentos a las palabras de Santiago, quien nos advierte contra los «celos amargos y rivalidad» en nuestros corazones. Si estas cosas no son juzgadas en el corazón, conducirán al desorden y a toda clase de malas acciones, aun entre los creyentes (Sant. 3:14-16).

Pilato puede ser un hombre del mundo endurecido, pero al menos hace alguna pequeña objeción a la condenación de Aquel que todos saben que es inocente. Y si debe soltar a Barrabás, pregunta: «¿Qué haré del que llamáis Rey de los judíos?». Sin dudarlo, gritaron: «¡Crucificalo!». No queremos la compañía de un rebelde y de un asesino, pero la enemistad de la carne contra Dios es tal que, si se nos deja a sí mismos, y tenemos que elegir entre un asesino y Cristo, preferimos el primero.

Pilato sigue preguntando: «Pero, ¿qué mal ha hecho?». Su respuesta es un grito irracional: «¡Crucificalo!». Deseando complacer a la multitud, Pilato renunció a toda apariencia de justicia, liberó a Barrabás y, habiendo azotado a Aquel que él sabe que es inocente, lo entregó para que fuera crucificado.

## 17.2 - Marcos 15:16-20

En el trato que los soldados infligen al Señor, vemos toda la brutalidad del hombre que se complace en insultar al que está indefenso. No era deber de un soldado maltratar a un prisionero; pero la humildad, la gracia y la perfección de este santo prisionero los ponían en la presencia de Dios; y esto, el hombre caído no lo puede soportar. Aquel que pronto iba a ser coronado con varias diademas por la mano de un Dios justo, consiente que las manos de hombres malvados pongan una corona de espinas en su cabeza. El que regirá a las naciones con una vara de hierro, permite que hombres miserables lo golpeen con una caña. En burla se arrodillan y rinden tributo a aquel ante quien tendrán que inclinarse el día del juicio.

## 17.3 - Marcos 15:21

Estos soldados brutales, a quienes no les importaba ni la libertad ni los derechos de los demás, obligaron a un hombre que venía del campo a llevar la cruz.

Simón el Cirineo tuvo el honor de llevar la cruz por aquel que, en ella, sufrió por todo el mundo. Aparentemente, Dios no permaneció indiferente a este pequeño servicio al Señor, pues se nos dice que este Simón era el padre de Alejandro y de Rufus. Esta es una alusión al Rufus mencionado en [Romanos 16:13](#), que implicaría que Alejandro y Rufus eran creyentes bien conocidos en el momento en que Marcos escribió su evangelio.

## 17.4 - Marcos 15:22-32

Ninguna afrenta, ninguna humillación se le ahorra al Señor. Después de crucificarlo en el «lugar del cráneo», los soldados compartieron sus ropas, echando suertes. En burla y desprecio por la nación, escriben en el letrero que lleva el tema de su acusación: «EL REY DE LOS JUDÍOS», y al mismo tiempo, lo crucifican entre dos malhechores. Sin saberlo, cumplieron la Escritura que dice: «Con los inicuos fue contado» ([Lucas 22:37](#)).

Se podría pensar que los transeúntes al menos se abstendrían de intervenir en esta terrible escena, pero incluso ellos asintieron con la cabeza, se burlaron de él, deformaron sus palabras, y lo provocaron diciendo: «¡Sálvate a ti mismo y desciende de la cruz!»

Los jefes de los sacerdotes también se burlaban del Señor con los escribas, diciendo: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar». Esto era ciertamente cierto, aunque apenas se dieran cuenta de la verdad de sus palabras. Pero lo que añaden: «¡El Cristo, el Rey de Israel! ¡Baje ahora de la cruz para que veamos y creamos!», es totalmente falso. La fe viene de lo que oímos y no de lo que vemos. Además, si hubiera bajado de la cruz, la fe habría sido en vano. Todavía estaríamos en nuestros pecados.

Finalmente, el Cristo de Dios es rechazado y despreciado por los criminales más viles; leemos: «Los crucificados con él también lo insultaban».

### 17.5 - Marcos 15:33-36

Hemos visto al Señor rechazado por todos los hombres, desde los más altos hasta los más miserables, y abandonado por sus discípulos. Ahora se nos permite considerar sufrimientos infinitamente más profundos, aquellos que sufrió cuando fue abandonado por Dios. Ya no es la envidia, la maldad y la crueldad de los hombres lo que debe soportar, sino el castigo por el pecado cuando es entregado a la muerte por un Dios santo. Nadie puede, ni debe, entrar en esta escena solemne. Había oscuridad sobre todo el país. Cristo estaba solo con Dios, escondido de todas las miradas, cuando fue hecho pecado, Él que no había conocido el pecado. Hecho pecado, tuvo que soportar el abandono de Dios. Pero, ¿no podemos decir que nunca ha sido más precioso para Dios que cuando, en perfecta obediencia, experimentó el abandono de Dios? Él siempre ha glorificado al Padre, pero nunca en un grado más alto que cuando fue hecho pecado y abandonado. Que tal sacrificio haya sido necesario magnifica la naturaleza santa de Dios; que tal sacrificio haya podido ser ofrecido, exalta su amor. Nada menos que este sacrificio podría satisfacer la gloria de Dios u obtener la salvación de los hombres.

Pero, ¿qué ha debido ser para su santa naturaleza ser hecho pecado! Cuando entró en el mundo, se le llamó la «santa Criatura» que iba a nacer; cuando lo abandonó, lo «hizo pecado». El que era objeto de los deleites del Padre desde la eternidad fue abandonado. El [Salmo 22](#) nos dice que el que gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», puede solo dar la respuesta: «Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel». Si el propósito del corazón de Dios de morar entre un pueblo que lo alaba debe ser cumplido, la santidad de Dios debe ser satisfecha primero. Y nada puede satisfacer las santas demandas de un Dios santo con respecto al pecado, excepto la ofrenda sin mancha de Cristo.

### 17.6 - Marcos 15:37-38

Cuando todo se cumplió, «Jesús, dando una fuerte exclamación, expiró». Este grito fuerte era la prueba de que su muerte no era el resultado del desmayo y agotamiento de las fuerzas naturales. Se he dicho: “Jesús no murió porque ya no podía vivir, como todos los demás hombres”. Para que la santidad de Dios fuera satisfecha, y para que la salvación de los pecadores fuera posible, él tenía que morir, pero nadie le quitó su vida, él la dejó a sí mismo.

Inmediatamente el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El velo separaba el lugar santo del lugar santísimo. Hablaba bien de la presencia de Dios, pero mostraba que el hombre estaba excluido de ella. Este era el carácter de la época de la ley: Dios presente, pero el hombre incapaz de acercarse a él. El velo rasgado proclamaba que el judaísmo había terminado; pero, además, nos dice que Dios puede ahora, en toda justicia, revelarse en gracia y llevar al hombre las buenas nuevas del perdón; y que el hombre mismo puede acercarse a Dios sobre la base de la preciosa sangre de Cristo.

### 17.7 - Marcos 15:39

Terminada la obra de la cruz, la primera voz que se escucha como testigo de la gloria de la persona de Cristo es la de un gentil, precursor del nuevo día en que una gran multitud de gentiles reconocerá al Salvador como Hijo de Dios. Este centurión ciertamente había sido testigo de muchas muertes en el campo de batalla, pero nunca había visto una muerte como la de Cristo. Reconoce que Aquel que puede entregar su espíritu dando una fuerte exclamación, debe ser más que un hombre. Así que puede decir: «Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios».

### 17.8 - Marcos 15:40, 41

Algunas mujeres devotas que habían seguido al Señor y le habían ayudado con sus posesiones en los días de su carne, son honradas con una mención. Por amor, habían seguido al Señor durante su vida de servicio, no lo habían dejado en el momento de su muerte en la cruz y miran cuando su cuerpo es colocado en la tumba. Es fácil pensar en su falta de inteligencia, mientras que están muy por detrás de ellas en su amor lleno de devoción.

### 17.9 - Marcos 15:42-47

Si estas mujeres devotas se distinguen en el día del peligro, cuando los discípulos habían huido, así también, un consejero honorable se encarga de ir y pedir el cuerpo del Señor para darle sepultura. Era un verdadero creyente que esperaba el reino de Dios; sin embargo, su elevada posición social puede haberle impedido identificarse con Jesús en su humillación y asociarse con sus humildes discípulos. Pero, como sucede tan a menudo, la intensidad del mal obliga a la fe a manifestarse, y aquellos a quienes podríamos haber considerado espiritualmente de poco peso, se declaran resueltamente a favor del Señor, mientras que otros de quienes hubiéramos pensado que darían el ejemplo, fracasan por completo.

Así se cumple la palabra de Dios: aunque los hombres le han dado su sepulcro con los impíos, él ha estado con el rico en su muerte (Is. 53:9). Y si a los hombres se les ha permitido clavar a Cristo ignominiosamente en una cruz, para que se cumpla el consejo de Dios, se provee –una vez completada esta gran obra– que su cuerpo sea sepultado con todos los honores que se le deben, y que los hombres malvados no puedan infligir más afrentas sobre él.

## 18 - La resurrección y la ascensión (cap. 16)

### 18.1 - Marcos 16:1-3

Por tercera vez, estas tres mujeres devotas –María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé– son puestas ante nosotros. Aparentemente ya habían comprado hierbas aromáticas para embalsamar el cuerpo del Señor, una vez terminado el sábado. Era una incredulidad pensar en encontrar el cuerpo del Señor en la tumba, e ignorancia en tratar de mantenerlo allí. Pero al Espíritu de Dios se deleita en separar lo precioso de lo vil, y a detenerse en el amor y la devoción que las llevó a comprar especias y a venir a la tumba temprano en la mañana.

En el camino se preguntan unas a otras: «¿Quién rodará la piedra de la puerta del sepulcro?». Para el espíritu razonador del hombre natural, siempre hay una gran piedra delante de la tumba de Cristo. Lejos de Dios, el hombre caído encuentra una dificultad insuperable en la verdad de la resurrección. Los filósofos griegos, como los de hoy, profesan creer en la inmortalidad del alma, pero se niegan a aceptar la resurrección del cuerpo. Para la mente humana es agradable pensar que el alma

sigue viviendo después de dejar el cuerpo; pero si el cuerpo ha de ser resucitado, es obvio que requiere la intervención del poder de Dios; y la inteligencia humana rechaza el pensamiento de ser dependiente de este Dios que se odia. Dejar a Dios a un lado –la resurrección es imposible; introducir a Dios y su poder– todas las dificultades desaparecen, la piedra es rodada.

## 18.2 - Marcos 16:4-7

Cuando llegaron al sepulcro, estas mujeres descubrieron que Dios las había predecido, y que la piedra estaba rodada; no para que el cuerpo del Señor pudiera salir del sepulcro, sino para que los discípulos pudieran entrar en él y ver que el lugar donde había sido colocado estaba vacío. Ninguna piedra, por grande que fuera, puede retener el cuerpo del Señor en la tumba.

Cuando entraron en el sepulcro, se encontraron inmediatamente delante de un mensajero celestial, que tranquilizó sus corazones y calmó sus temores diciéndoles: «Buscáis a Jesús, el nazareno, el que fue crucificado; no está aquí, ha resucitado; mirad el lugar donde lo pusieron». Estaban buscando a Jesús, y en esto, a pesar de mucha ignorancia e incredulidad, todo estaba bien. ¿Qué estamos buscando? ¿Es Jesús el objeto de nuestro corazón? Se ha dicho: “Es la consagración del corazón al Señor lo que trae luz e inteligencia al alma” (J.N. Darby). Cuán a menudo nuestra ceguera a la verdad y nuestra incapacidad de distinguir entre lo justo y lo falso vienen del hecho de que no tenemos este ojo simple que tiene a Cristo como su único objeto. A menudo buscamos nuestra propia voluntad y exaltación en lugar de Jesús y su gloria. La medida en que “buscamos a Jesús” es la medida en que recibimos la luz. Podemos buscar muchas cosas que son buenas en sí mismas, pero que no son Jesús; podemos buscar almas, el servicio, el bien del hombre y la prosperidad de los santos; pero si “buscamos a Jesús”, cada una de estas cosas encontrará su verdadero lugar, y tendremos la luz para nuestro camino. Al buscar a Jesús, estas mujeres reciben la luz del cielo, y son enviadas a hacer un servicio para el Señor.

Ellas debían entregar este mensaje «a sus discípulos y a *Pedro*». Es conmovedor observar que esta mención especial del nombre de Pedro se encuentra en el Evangelio que da más detalles sobre su caída. Si el mensaje se hubiera dirigido simplemente a los discípulos, Pedro podría haber dicho: “No es para mí, ya no soy discípulo”. La mención expresa de su nombre excluye tal pensamiento. Los discípulos deben aprender que, aunque todos abandonaron al Señor y huyeron, y aunque Pedro lo negó, el corazón amoroso del Señor no ha cambiado para ellos. Ahora que ha resu-

citado, como en los días de su vida aquí abajo, irá «delante» de sus discípulos para mostrarles el camino. «Lo veréis», se les dice, y todo sucederá «como os dijo». De manera más general, ¿no podemos decir que, a pesar de la ruina de la iglesia responsable, la dispersión y las deficiencias de los hijos de Dios, llega el momento en que el Señor resucitado y glorioso reunirá a todas sus ovejas a su alrededor? Entonces lo veremos cara a cara, y todas las palabras que él ha dicho se cumplirán.

### **18.3 - Marcos 16:8**

Las mujeres habían visto la tumba vacía, habían escuchado al ángel, pero no habían visto a Jesús. En el Evangelio según Lucas, leemos: «Pero a él, no lo vieron» (24:24). Sin la presencia de Cristo mismo, la gran piedra rodada, la tumba vacía y la visión de los ángeles solo nos dejan temblando y perturbados.

### **18.4 - Marcos 16:9-11**

Ahora sabemos que el Señor ya se le había aparecido a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. Ella, que era la testigo del poder del Señor sobre los demonios, ahora se convierte en testigo de su poder sobre la muerte. Anuncia la buena nueva de la resurrección del Señor a los discípulos que estaban de luto y llorando. ¡Ay! Ellos escucharon el mensaje, pero no lo creyeron.

### **18.5 - Marcos 16:12, 13**

La breve alusión a la aparición del Señor a los dos discípulos que se dirigían a Emaús nos dice que su testimonio tampoco fue recibido.

### **18.6 - Marcos 16:14-18**

Finalmente tenemos el relato de la aparición del Señor a los once, tal como estaban en la mesa. El Señor les reprocha su incredulidad, que él atribuye a la dureza del corazón de ellos. ¿No se puede atribuir gran parte de nuestra incredulidad a la dureza de nuestros corazones, que tan a menudo no responden a su amor y no son muy sensibles a su palabra?

Sin embargo, aunque el estado de sus corazones fue revelado, el Señor inmediatamente los envía a predicar el evangelio. Tal vez podríamos pensar que tanta incredulidad y dureza de corazón demostraron que eran completamente inadecuados para el servicio de predicador. Pero esta misma manifestación del estado de sus corazones en la presencia del Señor era una preparación para el servicio. Es cuando descubrimos algo del verdadero carácter de nuestro corazón y aprendemos que no somos nada dentro de nosotros mismos, que Dios puede usarnos para la bendición de otros.

Tenían que ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda la creación. «El que crea y sea bautizado, será salvo; y el que no crea, será condenado». Sería contrario a la verdad deducir de este pasaje que el bautismo tiene poder para salvar ante Dios, porque lo esencial es creer en el evangelio. Por lo tanto, no está escrito: “El que no ha creído, y no ha sido bautizado, será condenado”. Alguien dijo: “La incredulidad era el mal fatal que había que temer por encima de todo lo demás. Si un hombre es bautizado o no, si no creyera, sería condenado”. El bautismo es importante porque es la señal visible ante los hombres de la fe que solo Dios ve. El que profesa creer, pero se niega a ser bautizado, prácticamente trata de ocultar su profesión de fe para permanecer en buenos términos con el mundo. Se puede dudar con razón de la realidad de la fe de un hombre así. El verdadero creyente confesará su fe separándose del mundo. El bautismo es el signo de la muerte, este gran separador. Al ser bautizado, el creyente deja el mundo para entrar en la esfera cristiana en la tierra entre los hijos de Dios.

El Señor les dijo a sus discípulos que señales acompañarían a los que creyesen. En el nombre de Cristo, ellos echarían fuera demonios, hablarían nuevas lenguas y sanarían a los enfermos. Notemos que el Señor no dice que estas señales acompañarán a todos los que creyeron, o que siempre permanecerán. Es importante distinguir entre los dones-señales de los que habla el apóstol en **1 Corintios 12:29-30**, y los dones para la edificación (**Efe. 4:11**). Los dones de la Epístola a los Corintios fueron dados a la Iglesia primitiva como testimonio público, para atraer la atención de un mundo incrédulo. Los dones para la edificación del Cuerpo fueron dados por la Cabeza glorificada. La Iglesia, habiendo fracasado completamente en su responsabilidad y estando arruinada, el Señor deja de llamar la atención sobre ella por medio de signos milagrosos y externos. Pero, aunque la Iglesia esté despojada de sus ornamentos externos, el Señor nunca deja de cuidar y alimentar su Cuerpo; por lo tanto, los dones de la Epístola a los Efesios van hasta el final.

**18.7 - Marcos 16:19, 20**

Habiendo dado sus instrucciones a sus discípulos, el Señor fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Su obra en la tierra, como Siervo Perfecto, ha terminado. Sin embargo, coopera con sus discípulos, confirmando la palabra = Palabra que predicaban con los signos que la acompañaban.